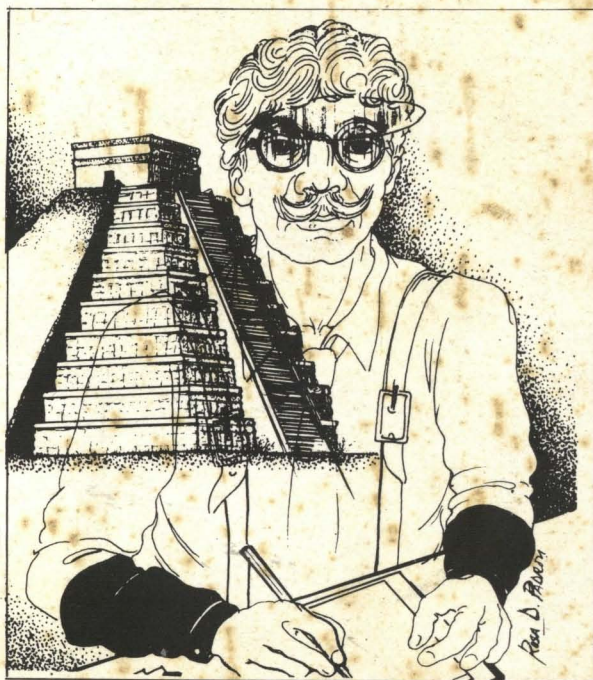


JUAN VEGA YEDRA

El Sr. CÓNsul
de
CANARIAS
en
MÉXICO

(anécdotas de un canario en el exilio)

1939 - 1.975



Ediciones  C.E.S.C.

1.984

El Sr. CÓNsul
de
CANARIAS
en
MÉXICO

El Sr. CONSUL de CANARIAS
en
MEXICO

Por
JUAN VEGA YEDRA

Portada
Rosa Delia Padrón

Ilustraciones
Antonio Sánchez

Ediciones  C.E.S.C.

1.984

1.ª Edición 1.984

Copyright D.R. - JUAN VEGA YEDRA
EDICIONES C.E.S.C.

Impreso en COFIMA - Depósito Legal G.C. 985 - 1984

DEDICATORIA

A MEXICO mi segunda patria

Mi reconocimiento al

compañero y amigo

PATRICIO PEREZ MORENO

por su valiosa ayuda en

la revisión del libro

y a los

pintores teldenses

ROSA DELIA PADRON y

ANTONIO SANCHEZ

autores, la primera de

la portada y el segundo de

las extraordinarias ilustraciones

que le dan factura, esplendor y alegría

a los textos.

INTRODUCCION

En la primavera de 1936 ejercía mi profesión de Maestro Nacional en un pueblecito de la provincia de Madrid. Como miembro del C.N. de la Federación de Trabajadores de la Enseñanza y militante del Partido Socialista Obrero Español desde 1930, intervine en las elecciones generales de aquella fecha en la candidatura presentada por el Frente Popular de la provincia madrileña y en el sector oeste de la misma. De todos es sabido que esas elecciones fueron ampliamente ganadas por la coalición de las izquierdas aún contra la voluntad del gobierno que las presidía, que era marcadamente del polo opuesto. (Portela Valladares).

Me preparaba para pasar mis vacaciones de verano en Canarias cuando recibí una llamada de la FETE de Madrid comunicándome la tremenda noticia: un grupo de generales del Ejército se había sublevado en Africa contra los poderes legalmente constituidos. Este hecho y sus consecuencias son hoy del dominio público y no necesita comentario. Nuestro sindicato y el partido nos llamaron a la lucha para defender al Gobierno y esta se convirtió en una lamentable y funesta guerra civil. Intervine en ella como miliciano en los combates de: Navalperal de Pinares, ataque a Avila, la retirada de la Calzada de Oropesa y en el madrileño barrio de Usera donde fuí herido. Restablecido me incorporé de nuevo a la lucha pero como soldado de la quinta del 31 en la 105 Brigada mixta, interviniendo en los combates sobre Quijorna y Brunete. Nuevamente herido se me envió a Valencia. Estando en esa ciudad me presenté al curso rápido de oficiales que se impartía en Paterna. De allí salí con el grado de Teniente de Transmisiones para el frente de Guadalajara. Más tarde fuí destinado al Gabinete de Cifra y Claves del Estado Mayor del Ejército de Tierra y permanecí en este puesto hasta que finalizó la contienda.

Emigré a Francia por los Pirineos en Febrero de 1939 y, burlando la estrecha vigilancia de la gendarmería francesa, logré establecerme en Meaux hasta mediados de ese año. Las organizaciones mundiales de ayuda a los refugiados españoles me trasladaron a Burdeos en Julio, y embarqué en el navío francés "MEXIQUE" que nos llevaría a México. Con ese episodio comienza el relato anecdótico de este modesto trabajo apostillado: "Anécdotas de un canario en el exilio", 1939-1975. ¡Treinta y seis años de destierro!... ¡Toda una vida! . . .

Durante la larga y forzoza expatriación -mitigada por la cordialidad y ayuda del pueblo mexicano- fuí ordenando recuerdos y observaciones sobre esa tierra privilegiada. un puñado de las cuales publico ahora en este pequeño libro.

Aprendí mucho de los mexicanos, especialmente, el valor de la libertad sin cortapisas, el sentido real de la democracia, su indiscutible respeto a la amistad; pero donde más los admiro y seguiré admirando, en su política. ¡Mas de setenta años de revolución en los que el concepto vital de esa palabra haya variado para ellos. Con Presidentes -cada seis años- de distintas maneras de pensar. buenos, malos, medianos, honestos, deshonestos, muy inteligentes o poco sabios, la Revolución Mexicana se ha impuesto a todas y cada una de las vicisitudes que les ha deparado su geografía. ¡Siguen siendo independientes y todos, de arriba a abajo, están dispuestos a luchar por esa sagrada independencia.

En esta veintena de anécdotas vividas por mí, trato de dar al lector una pincelada de como ví yo a los mexicanos; de sus reacciones y costumbres; de lo que tuvimos que hacer los exiliados españoles para lograr un espacio en su estimación y adaptarnos a su muy especial idiosincracia.

Esparcidas por revistas y periódicos de Latino-América escribí en aquellos días -también en estilo anecdótico- una serie dedicada a los sucesos de la guerra civil. Quizá algún día las recopile y publique en Canarias.

Pero lo que nunca pensé es que de los sucesos desarrollados en nuestras islas desde 1975 -fecha en que regresé a mi tierra- hasta hoy, me sugiriesen la idea de escribir otro anecdotario "después del exilio"... que podría encabezarse con un casticismo muy canario:

¡¡ÑIO!!!... ¡CUANTO TIESTO, CRISTIANO! . . .

Parafraseando una expresión mexicana diremos:

¡PUES, QUIEN SABE, MANITO! . . .

PALABRAS LIMINARES

*“Este amigo que ansía emular a Dantón
y que todas las noches por la tertulia viene . . . ”*

¡Versos de Montiano Placeres! Evocación íntima de aquellas reuniones nocturnas, en su sosegado despacho de Telde, donde unos jóvenes llenos de ilusiones, de ansias inciertas de futuro, de triunfos presentidos, buscaban la doctrina del maestro, la guía segura de su incipiente quehacer literario. ¡Cómo se prolongaban la charla, el coloquio, los decires contrapuestos, en las horas avanzadas de la noche, deambulando por las calles de nuestra ciudad, por las plazas de San Juan y de San Francisco, para terminar, la mayor parte de las veces, en el rincón formado por la norteña torre de la iglesia mayor y su fachada sugerente! Las horas corrían sin sentir, en un revoloteo de frases críticas, de versos propios y ajenos, de agudezas amables, como en un torneo singular de inteligencia y de ingenio, cortado, a veces, por silencios meditativos, que realzaban el suave rumor de los árboles vecinos.

Destacaba en esa tertulia deambulatoria por su ímpetu y su fogosidad exacerbados, el entonces joven Vega Yedra, de quien el gran Montiano subrayó su fantástica violencia, en el soneto a él dedicado, con claro afecto y cuyos primeros versos he citado al inicio de estas palabras. Vale decir al respecto que en otros escritos, compuestos por el poeta para diversión y honor de convivios amicales, trazaba, en cuatro rasgos, un certero retrato espiritual del amigo:

*“Juan Vega Yedra,
.....
.....
es el ardor
en la pelea; el amor
al desheredado de la fortuna;
el odio al burgués;
su pluma es una
piqueta . . . ”*

La madurez de Montiano, su imperturbable “bonhomíe”, hallaba siempre la frase benévola que moderaba la fantasía inquieta de los jóvenes contertulios. Ahí están los dos tercetos de la composición aludida, en que el poeta, con una especie de premonición, (el vate es un adivino) aleccionaba al amigo, y que al correr del tiempo y los sucesos, resultó ser tan estremecida como reveladora.

Transcurridos los años, este Juan Vega, fogoso, arriscado, henchido de savia juvenil, soñador de acres aventuras políticas, desde su México del exilio, nos trae un puñado de escenas y episodios, en que nos relata sorprendentes avatares, cobrados en el largo distanciamiento de la tierra natal.

Y cuando cabía esperar de su pluma fácil y ardiente, un libro cáustico, de amargura y desencanto, de violencia antigua, nos pone en las manos unas páginas donde campean, por la ma-

yor parte, el humor y los recuerdos agradables, escritas con estilo sencillo y ameno, sin arambeles retóricos. No percibimos la tristeza y angustia del destierro, sino de un modo somero, exterior, como si el escritor temiese remover posos que permanecen ya totalmente sedimentados.

A mi memoria acuden ahora versos de otro camarada de la tertulia, por desgracia desaparecido hace tiempo:

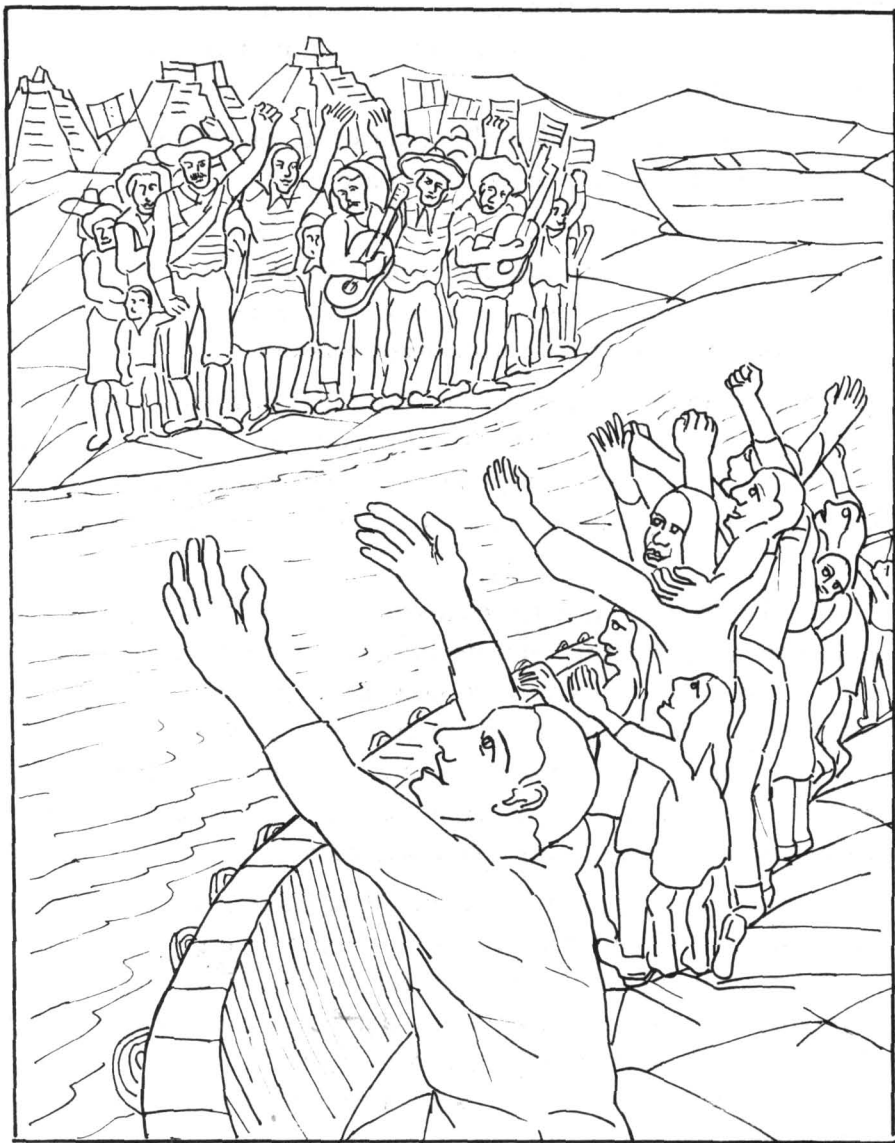
*“Bálsamo es el dolor, que en los agravios
goce hay también, si la esperanza vive:
jamás la sensación está en los labios
sino en el corazón que la percibe.*

Así, imagino yo, que esa pesadumbre agarrotadora que añora el terruño lejano y los viejos rencores de un ayer bélico, lleno de sufrimientos y fatigas y peligros, se han transmutado en una mesurada actitud ante la vida, sugeridora de una fecunda paz interior.

En las páginas de estos recuerdos, los retratos de personajes singulares y las descripciones de tierras, ciudades y paisajes insólitos se suceden atrayentes. Resalta aquí su vena de narrador conspicuo, de agudo veedor de la realidad, tanto física como espiritual. Habría que demandar al buen amigo mayores empeños literarios, pues para ello acredita suficientes cualidades que le proporcionarían, de seguro, éxitos estimables.

Como ya he apuntado, apenas se advierten en estas líneas signos de escondido resentimiento o de desilusión y desesperanza. A pesar de los golpes terribles del Destino, a pesar de las dificultades, riesgos y contingencias del largo caminar, sospecho que, por modo admirable, en contra de la lección admonitoria de nuestro Montiano, a Juan Vega Yedra no le ha abandonado el Ensueño, permaneciendo incólume su encanto.

Patricio Pérez Moreno



“ EL MEXIQUE ”

Julio de 1.939.- Refugiados en Francia después de la pérdida de Cataluña, esperábamos en Meaux, Seine et Marne, los resultados de las gestiones hechas para que nos incluyeran a mi esposa y a mí, en alguno de los viajes que, con destino a México, organizaba el gobierno de la República Española establecido provisionalmente en Francia, conjuntamente con la embajada de México en aquel país.

Nos aceptaron e incluyeron en las listas de aspirantes. Había que concentrarse en Burdeos y presentarse en las oficinas del Consulado Mexicano; desde allí nos enviarían al puerto de POUILLAC, en la desembocadura del río Garona para abordar el vapor francés “MEXIQUE” que nos llevaría a Veracruz.

Pero lo que no nos dijeron es que antes de que pudiéramos ser considerados viajeros definitivos, nos someterían, en el Consulado, a un examen con el fin de ser clasificados, aptos o no,

para adquirir la categoría (!) de “refugiados políticos” (categoría que, de allí en adelante, iba a ser nuestro carnet de identidad para el futuro) y que nos permitiría rehacer nuestras vidas en el país azteca. El General Cárdenas y su gobierno nos abrían generosamente las puertas pero sus “achichinques” organizaban de otra manera esa decisión.

La cola de aspirantes frente al Consulado era, a las siete de la mañana, imponente, pues para conseguir una de las dos mil quinientas plazas -que tenía el barco- concentraron más de tres mil quinientas personas. Entre los que entraron a las oficinas consulares en primer lugar, saludé a un viejo amigo y compañero de partido el que, al salir, un rato después, me hizo señas de que le siguiera hasta la calle. Nos alejamos un poco de la cola y me dijo:

- Pronto serás llamado y quiero que sepas lo que pasa ahí dentro. Te recibirán dos personas, mujer y hombre, mexicanos, que te harán un interrogatorio breve y rápido, pero con un propósito muy claro. Desean saber lo que tú y los tuyos piensan en política, de la guerra civil, de su final y de los hombres más importantes que la han dirigido y de la actitud de los gobernantes soviéticos al respecto. De como respondas a sus preguntas, serás aprobado o no. Como tu sabes, el actual embajador de México en Francia es un conocido intelectual comunista y se supone que las dos personas que hacen el interrogatorio, también lo son. Ella, actriz, de origen polaco o ruso, muy guapa; él, su marido, es un oficial del Ejército mexicano. Tratan, por todos los medios a su alcance, de dar entrada al país, preferentemente, a los militantes comunistas españoles y, si esto no es posible, que sean, al menos, simpatizantes. La selección se hará con ese criterio. Así que ya sabes a que atenerte si, como su-

pongo, tienes interés en emigrar a ese país. Lo mismo de Stalin, que de Lenin, que de la URSS y su Ejército Rojo; que de los camaradas de nuestra patria: Pepe Díaz, La Pasionaria, Jesús Hernández, etc., que del Socorro Rojo, de Mundo Obrero y demás tópicos del P.C.E. son temas que se supone conoces y admiras. Por lo demás, Indalecio Prieto, Julián Besteiro, Juan Negrín, y aún el mismo Largo Caballero, han sido elementos funestos para nuestra guerra. Y te advierto, no trates de engañarlos porque ellos saben -me recalcó- a que partido perteneces y desde cuando; que cargos has tenido en la guerra; tus actividades profesionales y sindicales. Manejan un completísimo informe sobre tí y los tuyos. Muéstrate tal como eres pero simpatizante de todo lo que huele a Comintern, Cominform y demás zarandajas de color rojo subido que siempre han sido en España el “leit motiv” de sus propagandas. Y cuando salgas de esa diminuta GPU, aprobado o no, haz lo que yo estoy haciendo ahora contigo: comunícalo a cuanto correligionario conozcas que están en la cola de aspirantes a emigrar. Eso sí, lo más discretamente que puedas hacerlo . . .

Momentos mas tarde enfrentábamos, en las oficinas consulares, el Tribunal (!).

Al fondo del salón en un pequeño estrado y bajo las banderas de las Repúblicas mexicana y española, dos personas, un hombre y una mujer, nos miraban inquisitivamente. Ella, espléndida belleza nórdica, -¿Walquiria acaso?- ojos azules de mirar desafiante, rostro primorosamente maquillado como corresponde a una artista de teatro y cine que era y que es, enseñaba por debajo de la mesa un par de piernas de antología y unos muslos blanquísimos que se vislumbraban apenas, y por arriba de la mesa mostraba una pechuga generosa y exhuberante que no se

vislumbraba, ¡vive Dios!, sino que se veía, sin lugar a dudas. Indudablemente la señora era el centro de atención en aquel tribunal. Su voz, de tonos cálidos y atrayentes; su actitud de protagonista de algo; su sonrisa estereotipada, teatral, le otorgaba una superioridad indiscutible sobre los espectadores que, en este caso, éramos nosotros.

- ¡Salud camaradas! - exclamó, mientras examinaba el expediente que tenía ante sus ojos.- Veo en esta documentación que ustedes son profesionales de la enseñanza. Esto me agrada mucho, pues nuestro país necesita de profesores, de verdaderos pedagogos . . .

Hojeando las páginas de la carpeta que tenía sobre la mesa, prosiguió:

- Son ustedes -(nombre, apellidos, edades, títulos profesionales, estado civil, lugar de nacimiento y de estudios, destino durante la contienda, etc. . .)

Ante nuestro asombro repasó toda la historia de nuestras vidas, que por lo escuchado, conocía mejor que nosotros mismos. ¿De dónde había obtenido unas fichas tan completas? . . .

-Los dos pertenecen al Partido Socialista Obrero Español desde hace muchos años y a la Federación de Trabajadores de la Enseñanza. Durante la guerra civil han desempeñado cargos de mucha confianza, tanto en el frente como en la retaguardia. No me cabe duda que son ustedes elementos valiosos para México. Todos estos datos se adaptan a las normas que nuestro Gobierno nos pide para los aspirantes a entrar en nuestro país. No obstante, vamos a preguntarles algunas cosas más para completar nuestro informe:

Y empezó una larga inquisitoria.

- ¿Qué piensan sobre la conducta, en esta guerra, de Francisco Largo Caballero?... ¿de Indalecio Prieto?... ¿Julián Besteiro?... ¿Juan Negrín? . . .

- ¿Qué de la conducta de la Unión Soviética en vuestra guerra? . . .

- ¿Qué del Camarada Stalin? . . .

- ¿Qué de esto?... ¿de aquello? . . .

No es necesario decir que contestamos adecuadamente a todas las preguntas en la forma recomendada por nuestro viejo amigo y correligionario. Queríamos ir a México, nos interesaba salir del terremoto europeo que ya estábamos sintiendo bajo nuestros pies . . .

De las respuestas que dimos se deducía, sin lugar a dudas, que, aunque éramos y seguiríamos siendo miembros del PSOE, nuestras simpatías estaban del lado del P.C. ruso, de su “maravillosa” revolución, de la “dictadura del proletariado” (?) y de sus altos dirigentes.

Satisfecha la indagatoria que, a juicio de la dama inquisidora, era muy necesaria para que el Gobierno del General Cárdenas autorizase nuestra entrada al país, recibimos al día siguiente, en el hotel donde nos hospedábamos, la orden de traslado a Pouillac a fin de que nos fueran acomodando en el “MEXIQUE”, buque alquilado por el aún, nuestro gobierno y que, como ya he dicho, estaba anclado en sus muelles.

Sin proponérselo, se hizo efectiva la consigna entre los afortunados de no hacer comentarios sobre lo ocurrido en el consulado mexicano de Burdeos hasta que el barco estuviera ya navegando rumbo a las costas mexicanas.

Una mañana de los primeros días del mes de Julio el “México” levantó anclas y se deslizó suavemente por el cauce del Garona hasta su desembocadura en el Océano Atlántico después de una triste despedida acompañada de discursos y canciones populares y un melancólico batir de palmas de los compatriotas que se quedaron en tierra, muchos de ellos por no haber contestado “debidamente” las preguntas formuladas por aquella dama que, ella sí y su marido también, viajaban a bordo, en la cubierta de primera clase del barco, con alguno de los más connotados “comunistas”, para quienes se había reservado en exclusiva. Los dos mil y pico “refugiados” nos acomodamos, como se pudo, en la cubierta general, en los salones de tercera clase; en los rincones más absurdos como lavaderos de ropa, bodegas de carga y otras dependencias. Los camarotes en uso fueron reservados para damas y niños.

A pesar de tantas incomodidades -comer en tres turnos, falta de cuartos de aseo, etc.-... los “afortunados viajeros” desplegaron, desde el primer momento un buen humor y una cordialidad increíbles y se mantuvo ese tono durante todo el viaje. La cubierta principal fue dividida y rotulada con nombres de barrios madrileños muy conocidos. A mano, se hicieron letreros de “PUERTA DEL SOL”, señalada a estribor y a mitad de la cubierta; en el lado opuesto, babor, se estableció LA PLAZA MAYOR; a popa, LAVAPIES y a proa LAS VENTAS. El centro del barco, donde se agrupaban en tertulias profesores, médicos, periodistas, ingenieros, etc. se denominó CIUDAD UNIVERSITARIA. Pronto se reguló el tráfico con letreros muy bien pintados, flechas indicadoras, alto y siga, señalizando así LA CASTELLANA, LA GRAN VIA, LA “CA” ALCALA y otras calles. Hubo necesidad de hacerlo así para poder pasear de día a lo lar-

go de la cubierta sin que nos estorbáramos los unos a los otros pues los paseantes eran demasiados para tan poco espacio.

Se improvisaron espectáculos: Teatro, Zarzuela y hasta un “tablao” que amenizaba el famoso Niño de los Diamantes. Casi todas las noches, después del espectáculo, se organizaban verbenas con “organillo” -que nadie supo de donde sacaron- en alguno de los barrios improvisados de aquel Madrid flotante que navegaba hacia un destino no muy claro . . .

Se podía hablar de todo menos de política o de la guerra pasada. Pese a los esfuerzos y a la pesada labor del “agi-prop”, no lograron, en todo el viaje, reunir ninguna “célula” los comunistas navegantes. Cuando lo intentaban, surgían de algún lado las consignas en contra, que malograban el intento.

Entre los viajeros había de todos los estamentos sociales; profesores, campesinos, médicos, mineros, ingenieros, burócratas, albañiles, periodistas. etc... Como afirmaba nuestra maltrecha Constitución “trabajadores de todas clases” que habíamos defendido, juntos, a la República y que, durante los días de navegación mantuvimos la más cordial y amistosa relación humana.

Entre las señoras que viajaban en el “MEXIQUE” iba una que merece especial mención y a quien deseo rendir en este modesto trabajo mi homenaje y recuerdo emocionado: Doña Sofía Blasco, hija del escritor Eusebio Blasco y a quien durante la contienda en España se le conoció por el sobrenombre cariñoso de “La Madrecita” que le dieron los soldados republicanos en los frentes donde Sofía acudía, de vez en cuando, a llevarles un poco de ternura y optimismo. De aspecto voluminoso y arrebatadora simpatía personal, con una cultura excepcional, dominando varios idiomas, Sofía Blasco había paseado la bandera republicana-

na por todos los foros posibles de Europa, llevando en sus labios la verdad de nuestra lucha; había pedido solidaridad y ayuda para la causa republicana en la mayoría de las capitales del aterrado viejo continente en una peregrinación incansable y tenaz.

Sofía nos contaba anécdotas de sus numerosos viajes. Me llamó la atención la siguiente:

Una de las veces que habló en París (dominaba perfectamente el francés) logró reunir en un lujoso salón un grupo de “madamas” de alto copete a las que contaba la difícil situación en que se hallaban los voluntarios franceses que integraban un Batallón de combate de las Brigadas Internacionales a quienes ella había visto, después de un violento ataque, socorrer a un grupo de niños huérfanos llevándoles sus raciones de chocolates, la leche que disponían para ellos y el pan y las galletas de su dotación alimenticia . . .

- ¡Miles de niños, señoras, sin pan, sin leche, sin carne! -clamaba la Madrecita angustiada- ¡yo os conmino a acudir en su ayuda!. Su situación es verdaderamente trágica, lastimera... ¡pasan hambre!, señoras... ¡pasan hambre! . . .

Entre los concurrentes, -contaba ella,- había una apergamizada “madame” muy enojada, que cargaba en sus brazos uno de esos ridículos perritos primorosamente peinados, adornado con lacitos y cintas de colores, que ladraba continuamente interrumpiendo la conferencia. La “madame” alzó su brazo pidiendo hablar después de la dramática exposición de la Madrecita.

- ¡Madame Sofiá!, avec les petites chiens, ¿qu'est-ce que vous avait fait en L'Espagne? . . .

La Sra. Blasco, indignada ante la inoportuna pregunta de la viejita, le gritó desde el estrado:

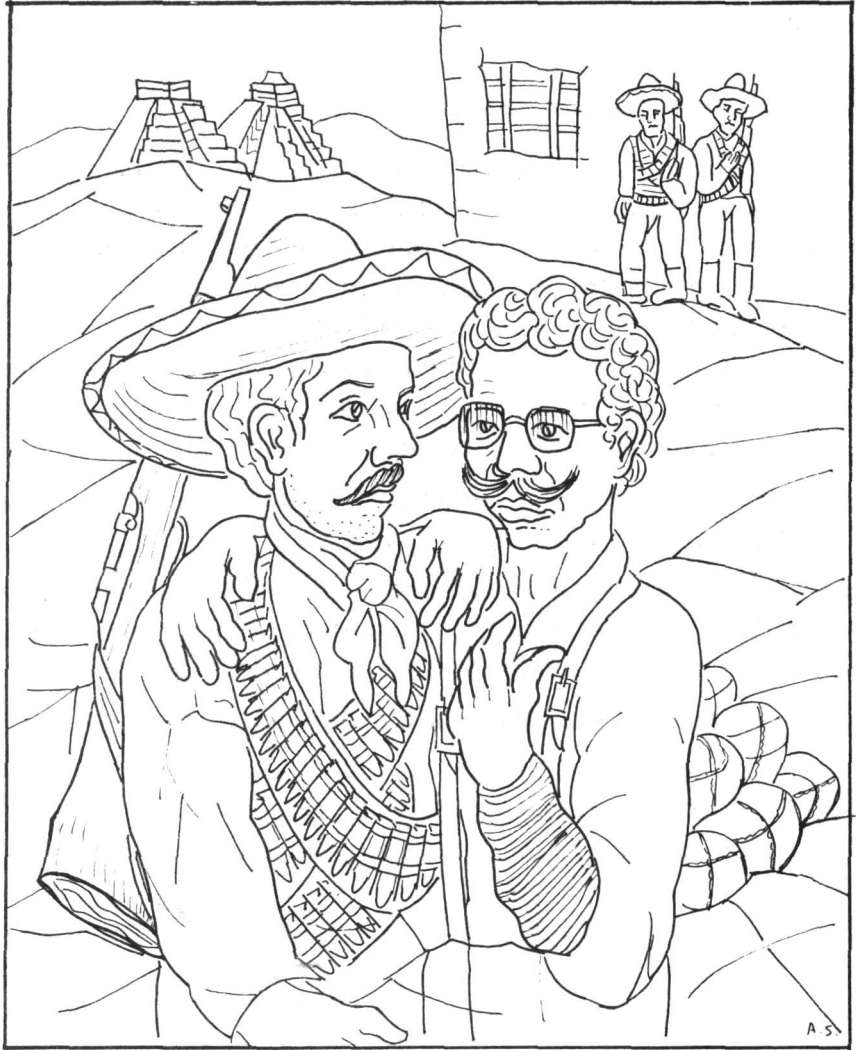
-¡Pas de chiens, madame, pas de chiens!... ¡Nous les avons tous mangés, madame! . . .

El “MEXIQUE” llegó por fin a Veracruz. El día anterior circuló la noticia de que los “camaradas” pedían a todos los viajeros que al llegar al Puerto donde nos recibiría una banda de música tocando, entre otras cosas, la Internacional y para mostrar nuestro agradecimiento a México, todos los viajeros levantarán el puño y entonarían el himno comunista cuya letra, en la versión del P.C. había sido profusamente repartida a bordo. La reacción no se hizo esperar y surgió otra consigna de inmediato:

- ¡Hombre al agua el que levante el puño!...

La banda de música, organizada por los republicanos salió a nuestro encuentro tocando el himno nacional mexicano y el de la República Española que todos cantamos con la cabeza descubierta. Atronaron los aplausos desde el muelle y desde el barco.

¡No hubo necesidad de tirar a nadie por la borda!.



EL SR. CONSUL DE CANARIAS EN MEXICO

Habíamos llegado a México en Julio de 1.939, con escaso margen de tiempo para librarnos del nuevo conflicto mundial que se perfilaba dramático y sumamente peligroso. La guerra estalló en Septiembre de ese año.

Después de arreglar nuestros documentos migratorios en Veracruz partimos hacia la capital. Nuestra meta más urgente era conseguir trabajo. El desconocimiento del medio y la tremenda propaganda que en nuestra contra habían hecho los franquistas radicados en el país, hacían más difícil ese propósito. La mayoría de los paisanos residentes nos miraban a través de la óptica que esa propaganda les proporcionaba y veían en nosotros feroces guerrilleros “rojos” (como nos llamaban) y dispuestos a promover otra revolución en México. Corría la leyenda de que cada uno de nosotros traíamos en la maleta, rifles, bombas de mano, pistolas y toda clase de armas agresivas. Cuando pedía-

mos trabajo a algún paisano, nos recibían con las uñas, dispuestos a defenderse de una posible agresión.

Nuestra pacífica actitud, nuestro modo de actuar y sobre todo nuestra auténtica indignación ante tal falsedad cambiaron, poco a poco, el panorama. Pero los primeros encuentros con los paisanos fueron en algunos casos muy duros. Lo que queríamos estaba bien claro: olvidar las pasadas fatigas y peligros de la guerra civil y dedicarnos al trabajo en paz para sacar adelante nuestras familias.

Yo tenía noticias de que en México residía un pariente muy cercano a mi familia, y si lograba encontrarlo podría, quizá, ayudarme a resolver el problema. Pero ¿cómo dar con él?. No sabía más que su nombre y que estaba en la Capital.

Dediqué a esa búsqueda mis esfuerzos. Resultado de ellos fué que un día encaminé mis pasos a una cantina “de las de lujo”, que se llamaba, y así se llama todavía, “La Opera”, situada en la calle 5 de Mayo de la Capital azteca, en busca de otro canario que era su gerente: D. Mateo Baute y León.

Entré por primera vez en un establecimiento mexicano de aquella categoría. Una de las características de este tipo de tabernas, -cantinas-, es, que se permitía la entrada en ellas solamente al sexo fuerte; para la mujer, estaba estrictamente prohibida.

“La Opera” cuya existencia databa desde que Don Porfirio Díaz fué dueño y señor del país, tenía un aspecto formidable; la barra y contra-barra de cedro y caoba, primorosamente talladas; los espejos que enmarcaban esas ricas maderas, eran auténticamente lunas francesas de la más alta calidad; las botellas que la llenaban de lado a lado, tenían las mejores y más caras marcas del mercado mundial de bebidas alcohólicas; de los artesonados

techos colgaban arañas de cristal de Bohemia y los asientos y respaldos de los cubículos distribuidos en los salones estaban forrados de piel de un color a tono con la decoración. La clientela, “ad hoc”, se relacionaba íntimamente con ese aspecto: alta burguesía; ricos propietarios; industriales; profesionales de la política, justificados por la cercanía del Congreso y el Senado; banqueros y “coyotes” que rendían culto a Baco en aquél suntuoso y exclusivo templo.

Pregunté a uno de los “meseros” por el Sr. Baute:

- ¿Ve usted, más allá de la barra, aquel pasillo? En él está la oficina de D. Mateo- me dijo.

Un poco intimidado por el boato de aquella tasca de lujo me acerqué al pasillo temiéndome un recibimiento poco amable. Sentado frente a un escritorio estaba un hombrón en mangas de camisa, blanca, cruzada por tirantes azules; manguitos negros cubriéndole las bocamangas; abundante cabellera entrecana, visera de plástico verde protegiendo los ojos; frondoso bigote de puntas enhiestas que apuntaban insolentes hacia una frente amplia y generosamente descubierta sobre la que se sostenían los lentes sujetos por un cordón elástico a la cabeza. Cabalgando sobre la oreja derecha se veía el mango de un “palillero” de hueso con su correspondiente pluma.

Sin levantar la vista de sus papeles dijo:

- Sí señor estoy a sus órdenes, ¡dígame! . . .

- Sr. Baute, soy canario recién llegado al país y deseo saludarle- dije, al mismo tiempo que le alargaba mi tarjeta.

Se puso en pie inmediatamente.

- ¡Perdón paisano! -me dijo- ¿Es usted de los llegados últi-

mamente? ¡Me alegro mucho en conocerle! -y me alargó su mano en un gesto cordial y amable- ¡Siéntese por favor! . . .

Me tranquilizó e impresionó su vozarrón fuerte, sonoro, de inflexiones amables, sin agresividad, con esas suaves modulaciones del lenguaje canario... que hacía tanto tiempo que no oía.

Tuve la suerte de que allí trabajaba el pariente que andaba buscando. Los tres brindamos ese día por nuestras queridas islas y me preguntaron y pregunté. El Sr. Baute era natural de Granadilla, Tenerife. Había emigrado muy joven a Cuba y desde allí vino al país azteca donde se había arraigado y formado familia. Yo conté mis aventuras de la guerra civil, el viaje a México, gracias a la bondad del General Cárdenas. El Sr. Baute me presentó a varios diputados y funcionarios del gobierno que allí acostumbraban a tomar la copa y empezó una amistad con aquel “guanche” cordial y generoso que mucho me ayudó a resolver mis problemas del exilio, amistad que duró muchos años.

Uno de los días que yo echaba “el ancla” en “La Opera” para saborear un genuino tequila con sal y limón, oí a un veterano cliente preguntar cariñosamente:

- ¿Dónde está el Sr. Cónsul de Canarias? . . .

Intrigado por la pregunta, inquirí de Don Mateo la causa.

- Verá usted paisano. Cuando yo vine a México estaba en todo su apogeo la revolución iniciada en 1.910. La situación del país era muy conflictiva, especialmente para los extranjeros. Escaseaba el trabajo y había que ingeniárselas para subsistir. Con ayuda de buenos amigos logré montar un pequeño negocio de fabricación de “pasturas” para el ganado. Compraba y empacaba productos vegetales que vendía a los ganaderos de aquí, del Distrito Federal y cuando podía lo llevaba hacia las provincias

que estaban alejadas de la pelea revolucionaria. Un día tuve la oportunidad de conseguir un par de vagones para embarcar pasturas a Torreón, ciudad que, como usted debe de saber, está en el Estado de Coahuila, al norte de país. Me fuí con la mercancía hasta allá, tanto por tratar de venderla lo mejor posible como por ese afán aventurero de conocer lejanas ciudades, otros Estados... Llegué a Torreón con mis dos vagones de “pastura”, tan acertadamente, que dos días después cercaba, atacaba y tomaba la plaza el famoso general guerrillero Francisco Villa. Alojado en una fonda barata propiedad de un gallego, conocido mío, supe que una de las primeras providencias tomadas por el General Villa fué la de detener a todos los “gachupines” que vivían en Torreón y ordenar que se procediera a su fusilamiento, pues él consideraba que todos los españoles eran enemigos de la revolución. En la redada caí yo y todos los que estábamos alojados en la fonda del gallego. Nos encarcelaron en una escuela vacía, pues ya no cabíamos en la cárcel local, donde esperábamos, en cualquier momento, ser llevados al “paredón”. Casualmente pasó frente a la ventana del salón donde me encontraba, un oficial villista con el que entablé conversación. Le expliqué que yo había venido a Torreón a vender unos vagones de “pastura” que tenía en la estación y que deseaba vendérselos al Ejército revolucionario ya que no había tomado partido por ninguno de los dos bandos en lucha, pues era canario y no gachupín, razón por la que se me había detenido. El oficial se me quedó mirando y me dijo:

- ¿Cómo que tu no eres “gachupín”?... Bueno, en realidad no hablas como ellos pero entonces ¿de dónde eres? . . .

- Ya le dije, mi teniente, soy canario, de las Islas Canarias...

- Y eso, ¿dónde “chingados” está? . . .

- En Africa, mi teniente, muy lejos de España . . .

- ¡A ver! ¡Barájamelas más despacio! Si no eres “gachupín” y si eres eso que tu dices... canario... ¿Cómo puedes probarlo? . . .

Yo vi que se me abría una puerta a la libertad y le dije, poniendo el acento más convincente que pude:

- ¡Mire, mi teniente!, pídale usted al maestro que le preste un mapa de Africa y yo le indicaré en donde están las Islas Canarias.

- ¡Hombre, eso me parece justo! -y llamando a uno de sus soldados le dijo que fuera por el maestro y que se lo trajera con un mapa de Africa.

Poco después llegaba el maestro con uno de esos mapas grandes que cuelgan en las paredes de todas las escuelas. El maestro extendió el mapa y yo le indiqué al teniente donde estaban las Islas Canarias:

- ¡Vea mi teniente! estos puntos son las Islas Canarias y acá arriba, con todo este mar por medio, está España . . .

- Bueno, pero tu hablas español ¿no? . . .

- Sí mi teniente pero usted también y usted no es “gachupín” . . .

- ¡Cierto, manito!, espera un poco, voy a ver a mi general...

Recogió el mapa, el maestro me hizo una seña amistosa y yo me quedé esperando, angustiado, lo que saldría de todo aquello. Una hora más tarde regresó el teniente:

- ¡Te salvaste canario!... Hablé con el General. Le expliqué tu historia, lo de tus pasturas, lo de tus Islas y me dijo: Mi

teniente si ese “gachupín” no es “gachupín” sino canario y trae pastura para la caballada, pues suéltalo, págale la pastura y que, si puede nos traiga más pues andamos escasos de ella . . .

Y fué así como me escapé de ser fusilado. Mis amigos, que conocen esta historia, hace poco hicieron una fiesta y me nombraron, como puede usted ver en ese pergamino un poco en broma:

AL SEÑOR CONSUL DE CANARIAS EN MEXICO



UN GRAN PERIODISTA MEXICANO

“EL UNIVERSAL” era, sin duda alguna, el mejor periódico que entonces se editaba en la Capital mexicana; junto con “EXCELSIOR”, -el otro gran periódico de la época-, constituían el verdadero “cuarto poder” que bajo el imperio de las mejores plumas del país lo mantenían en constante ebullición y avance hacia la meta de una posible democracia que por el momento se podía calificar de “dirigida”. Desde 1.910 en que se abre el período revolucionario derrocando la dictadura de Porfirio Díaz las distintas facciones en lucha; las tremendas e increíbles batallas; el liderazgo campesino a cargo de Emiliano Zapata; la guerrilla maniobrada por Pancho Villa; el Presidencialismo Constitucionalista protagonizado por Venustiano Carranza; la dirección burguesa encabezada por el líder máximo de la Revolución Francisco Medero y los avatares de las traiciones, levantamientos e insurrecciones, cuyo máximo exponente fué el general Victoriano Huerta, la República Mexicana se encaminaba impetuosamente a su

estabilización bajo la guía de esos dos periódicos liberales y el empuje del Partido de la Revolución más tarde convertido en el Partido Revolucionario Institucional (P.R.I.), que es, hasta este momento, el más fuerte de los que luchan por la hegemonía del poder público. Con el ascenso al poder del General Lázaro Cárdenas se terminan dos cuestiones pendientes de resolución por los revolucionarios: la sublevación de los “cristeros” y la incautación del petróleo. Cárdenas quería entregar ya el poder a los políticos civiles pero la guerra mundial le obligó a dejar su sucesión a otro general; Manuel Avila Camacho con quien se acaban los militares en la silla presidencial y entra el primer Presidente civil: Lic. Miguel Alemán Valdés.

Dirigía “El Universal” el decano del periodismo nacional, Lic. D. Miguel Lanz Duret, nacido en Campeche pero de origen francés. Mi trato con esta venerable figura de la información, hombre liberal de formación revolucionaria pero de procedencia pequeño-burguesa, surgió de la siguiente manera:

Manuel Lagraba, exiliado español, había trabajado en Madrid para la Agencia Informativa United Press. Al llegar a México se presentó en las oficinas de esa Agencia que dirigía un joven periodista, Jesús Hernández Tamez, y que estaba ubicada en el edificio de “El Universal”. En otra oficina particular en la que se daba servicio de noticias a los periódicos de los Estados (seis, entonces), el Sr. Tamez editaba una gaceta semanal en inglés para la colonia “gringa” que residía en la capital. Tenía, además, un taller donde se pintaban “tiras” semanales para los periódicos, tales como las de Tarzán y otras. Tamez preguntó a Lagraba si sabía de algún periodista joven que quisiera trabajar con él y me lo dijo a mí cuando yo estaba buscando trabajo. Me ofreció cuatro horas de jornada para atender el servicio a los pe-

riódicos de los Estados: de ocho a doce de la noche. En una de las ocasiones en que fuí a la United Press por causas derivadas de ese trabajo, Tamez me presentó al Director de "El Universal", el Licenciado Lanz Duret con quien departía algunas veces en francés, sobre la guerra española; de las personalidades que se acogieron al asilo mexicano, alguna de las cuales ya conocía, y otras, que yo fuí presentando para ver si lograban colaboraciones. En una ocasión hablando de mis islas me dijo que él había tenido en París un amigo al que respetaba mucho por ser un sabio antropólogo de renombre mundial M. Verneau, por el que tenía noticias de nuestro archipiélago.

- Casualmente, licenciado, he conocido al Dr. Verneau en una de sus estancias en Las Palmas trabajando en el Museo Canario hacia el 31 ó 32. Por razones de economía yo me hospedaba en el interior del edificio que el Dr. Chil y Naranjo había donado para el hoy magnífico Museo Canario, pues por su decisión quedó, hasta su muerte, como conserje, un pariente mío que había sido su valet. Esa circunstancia me sirvió para estudiar en la biblioteca del Museo, observando al mismo tiempo el trabajo del sabio francés con el que solía hablar en su idioma.

- Me alegro que lo haya usted conocido. Yo le estimaba mucho entre otras razones por su amistad con mi familia, ya que eran del mismo pueblo.

- Cualquier día de estos, charlaremos de Francia y del Dr. Verneau, -me dijo el Sr. Lanz Duret-.

Unos días más tarde mi patrón, el Sr. Tamez, me propuso colaborar unas dos horas más en el archivo de la Agencia para ponerlo en orden y clasificar sus innumerables expedientes, lo que acepté agradecido, y ello fué un motivo más para cultivar la

amistad de aquel hombre que tenía fama de ser algo huraño y furibundo derechista. Se me abrieron las puertas de la colaboración y ayudé a muchos compatriotas, de indiscutible valía, a tener ingresos mejores en las duras faenas de orientar a la opinión pública.

Una mañana, después de tomar el consabido café en la oficina del Sr. Lanz y en ocasión de estar haciendo para él un trabajo de selección, entró en la misma un ciudadano con la clásica “pinta” del gachupín bien acomodado. Maduro, la sonrisa contagiosa; bigotón a los Kaiser; sombrero de fieltro de los claramente caros; estatura aventajada; casimir a rayas de corte inglés y el clásico bastón con empuñadura de plata. Saludó afectuosamente al Lic. y tomó asiento a su mesa. El Sr. Lanz correspondió al saludo preguntando:

- ¡Estimado Sr. Suárez, cuánto bueno por aquí! ¿En qué puedo ayudarle? . . .

- Pasé a saludarle, D. Miguel y al mismo tiempo para saber como anda esa salud.

- Como usted puede ver, perfectamente. Gracias, y, ¿sus dolencias? . . .

- Por ahora todo marcha bien -agradeció el señor- ya estoy totalmente recuperado y organizo en estos momentos, un viaje a la madre patria. Quiero ver qué pasa allá. Ahora que ya ha terminado esa odiosa guerra civil me veo obligado a echar una mano. Echar mi cuarto a espadas en la marcha de los negocios de mi patria . . .

- ¡Eso me parece muy bien, Sr. Suárez! Que vaya usted a España a ayudar, que sólo Dios sabe lo que estarán pasando sus paisanos.

Al otro extremo del despacho yo seguía examinando sin hacer mucho caso de la conversación entre las dos personas. Pero de pronto, oí la palabra “exiliados” y algunos adjetivos incómodos y puse atención.

- Ya sabrá usted D. Miguel -decía el visitante- la clase de exiliados que nos ha metido acá el General Cárdenas. Al parecer puritita “chusma”. Comunistas y revolucionarios de lo peor. Entre esas gentuzas vienen, según mis informes, criminales anarquistas que tantas víctimas llevan cobradas en Cataluña. Por otra parte me han asegurado que muchos de esos españoles derrotados y que han llegado al país armados, han sido reclutados por el Partido Comunista mexicano que dirige, como usted sabe, Lombardo Todelano... Dionisio Encinas... Fidel Velázquez, etc. Los conocidos dirigentes de la izquierda de este país . . .

La perorata siguió y siguió. D. Miguel me miraba de vez en cuando y yo debía tener la cara ardiendo. Pero una elemental educación me impedía contestar adecuadamente a aquel energúmeno hasta que el Sr. Lanz Duret vino en mi ayuda diciéndole:

- ¡Sr. Suárez! Creo que está usted dejándose llevar por una información negativa sobre estas personas que acaban de llegar al país después de perder el suyo en una lucha desigual y sin que la razón esté por ningún concepto en favor de los victoriosos... La razón de la fuerza, Sr. Suárez, no puede admitirse hoy día en los países civilizados. Puede que la información sobre los anarquistas contenga algo de verdad pero estos son una minoría entre los asilados en nuestro país. Lo cierto es que esa mayoría a que me refiero, está compuesta por unas clases sociales lejos del anarquismo y, es mas, lejos incluso del comunismo. Profesores como Sánchez Román, Recasens Siches, sabios como el Dr. Bolívar, D. Blas Cabrera, D. Rafael Altamira y tantos otros de cuyos

nombres no me acuerdo ahora, no pueden ser lo que a usted le han dicho. ¡Sabe usted lo que digo, amigo Suárez!, que hasta ahora no habíamos conocido en México a los verdaderos españoles! Perdone que sea tan claro. La emigración española a México se ha contemplado siempre como el envío de la gente menos preparada de su país, de los desheredados de la fortuna que sólo venían con un propósito: abrirse camino en esta tierra de prodigio. Los exiliados que nos están llegando ahorita, Sr. Suárez, no vienen a crearse un porvenir -que, por otra parte ya tenían formado allá en su patria- ni a llevarse nada de esta tierra, sino todo lo contrario, vienen a traernos su generosa contribución a las ciencias, a las artes, a la enseñanza, etc. Y esta ha sido la visión más clara de nuestro actual Presidente. Constituyen una formidable fuerza creadora que beneficiará grandemente a nuestro país. Repito, estamos conociendo, con asombro una España increíble que desconocíamos. El franquismo que ustedes han aplaudido, más por ignorancia que por conocimiento, es una burda caricatura del fascismo internacional que está sembrando en Europa el terror y pretende apoderarse de la actual civilización para cometer un crimen de lesa humanidad. De los posibles delincuentes de que usted se queja, que hayan podido mezclarse en esta forzosa emigración amparada por el Gobierno del General Cárdenas, se encargará nuestra policía, que podrá tener muchos defectos, pero que tiene un especial olfato para ellos; de la masa de emigrantes españoles de ahora sólo podremos esperar una positiva colaboración en el desarrollo de nuestra cultura, que, dicho sea entre paréntesis, nos ayudará sobremanera . . .

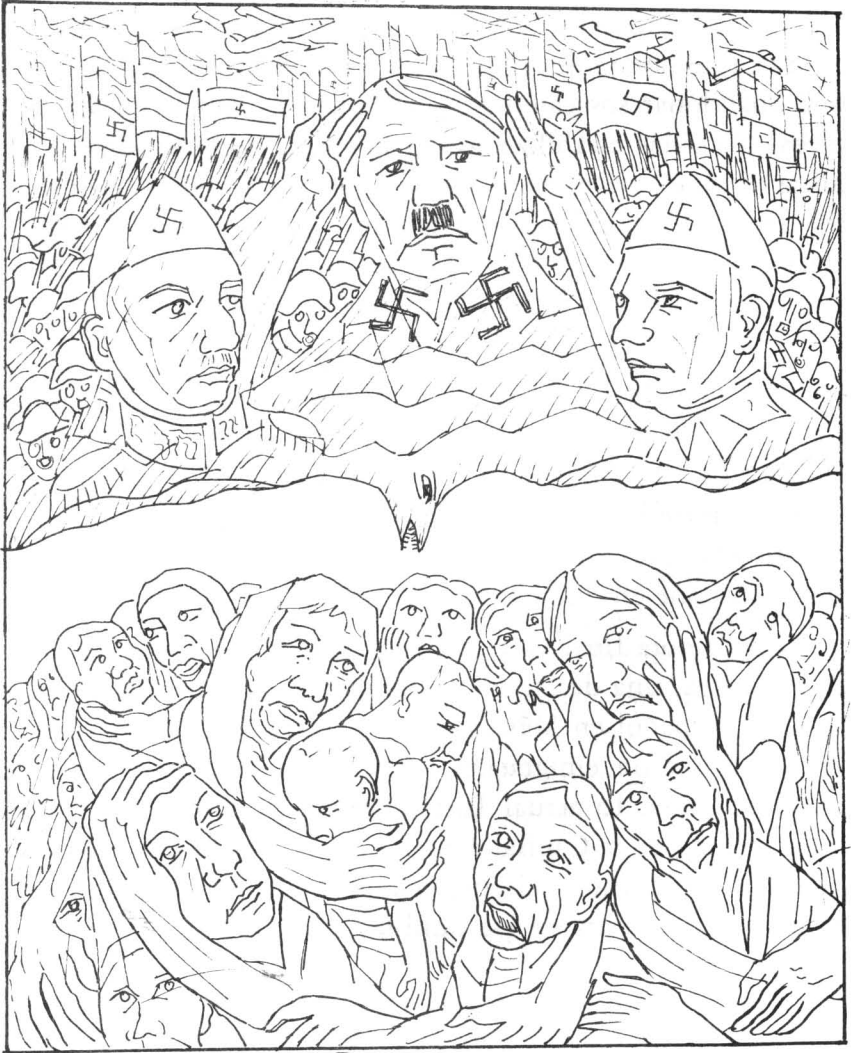
Las palabras del Lic. Lanz Duret fueron calmando mi indignación. Y como mejor pude fui tomándolas taquigráficamente en mi agenda de notas.

- ¡Entonces D. Miguel, usted cree!... -acertó a decir su oyente-.

- Sí, mi querido amigo. La mayoría de estos hombres que hoy nos ha traído el destino, no han venido como usted y otros, en busca de horizontes imposibles o difíciles en ella. Han tenido que abandonar sus cátedras, sus despachos, sus negocios o empleos, sus vidas estabilizadas sin grandes preocupaciones económicas porque se vieron impelidos a luchar contra los deturpadores de sus libertades, contra las injusticias sociales y contra el abuso de la fuerza, cosas todas por las que hemos luchado en nuestro país desde hace muchos, muchísimos años . . .

Cuando el Sr. Suárez se marchó, dí las gracias al Licenciado Lanz con palabras entrecortadas y ojos humedecidos. Aquellos conceptos vertidos por un periodista de la experiencia y talla del Director de “El Universal”, jamás se borraron de mi mente en los casi cuarenta años que duró mi exilio. Su certera visión confirmada, por los hechos, es una realidad actual que nadie niega ni pone en duda en la patria de Benito Juárez.

Como nota final y en honor a la verdad, debo añadir que el Sr. Suárez, una de las más importantes personalidades del capitalismo español en México, se convirtió con el tiempo en defensor de nuestra emigración y de sus ideales y nos tendió su ayuda generosa. La actual Torre de México, edificada en la más bella avenida de la Capital actual, en cuya base campea la maravilla del “Poliforum” ejecutada por David Alfaro Siqueiros, es un botón de muestra de ese cambio . . .



EL “CUATE” DE HITLER, FRANCO Y MUSSOLINI (Estampa)

La oficina donde trabajábamos estaba en plena calle del Uruguay, en lo que entonces se podía llamar centro de la ciudad. La rutina del diario quehacer me llevaba todos los medios días por esa calle hasta la de Abraham González y solía hacer ese trecho, no muy largo, en un tranvía que, en su recorrido, me dejaba cerca de mi casa.

Ese día subí al tranvía a pocos pasos de la oficina y me senté en uno de los dos asientos laterales que esos vehículos tenían a ambos lados de la entrada y de la salida, y que iba ocupado por una sola persona. Distráido con la lectura del periódico que acababa de comprar no me fijé en el sujeto que estaba sentado en la misma banca que yo y a muy poca distancia. A poco de arrancar tan bruscarmente como era de costumbre en esa clase de transportes, casi caí sobre el ciudadano que viajaba a mi lado. Cortésmente me disculpé y me puse a leer las noticias de la guerra mundial que para nosotros era el pan nuestro de cada

día, no sin haberme dado cuenta de que el sujeto apestaba a alcohol, llevaba el clásico pantalón caqui del ejército, vestía una chamarra de piel y una gorra de plato con la insignia de un alto Jefe militar, y sobre todo, exhibía por debajo de la chamarra, un “enorme” pistolón en una funda de cuero repujado. De momento no le dí importancia al incidente ya que me había disculpado por el pequeño encontronazo, pero mi alarma despertó cuando levantando la voz y con tono aguardentoso se dirigió a mi interpeándome:

- Usted es español, ¿verdad?, -preguntó con voz alcohólica-

- Sí señor. Soy español . . .

- Me alegro, -dijo acercándoseme, sin levantarse del banco-. Yo he vivido en España mucho tiempo como agregado militar de mi país. Conozco y estimo mucho a mi general Franco y soy, desde luego, franquista. -¡Pero franquista hasta las cachas! ¿sabe?- También he estado en Alemania e Italia y creo en el nazismo y el fascismo. Y, ¡viva Franco!... Usted es español ¿no?... Pero usted no será de esos refugiados que acaban de llegar ¿verdad?... porque yo creo que todos esos rojillos que acaban de llegar deberían ser fusilados... ¡viva mi general Franco! . . .

- Soy de las Islas Canarias, -dije muy convencido del resultado de mi afirmación frente a lo que insinuaba aquel energúmeno. Y por supuesto, me callé discretamente al bando a que pertenecía.

El sujeto siguió su perorata de borrachín, insultando a los rusos en la persona de sus dirigentes, a los ingleses, a los franceses, y proclamando, con voz tonante, su admiración por los tres dictadores europeos y manifestándome su predilección por el fusilamiento inmediato de todos los rojillos que habíamos llega-

do a su patria; e intentando que yo me declarara, a favor o en contra, del fascismo al mismo tiempo que acariciaba la culata de la pistola 45 con un gesto de suma fruición y mirándome con los ojillos exaltados en trance de paranoia.

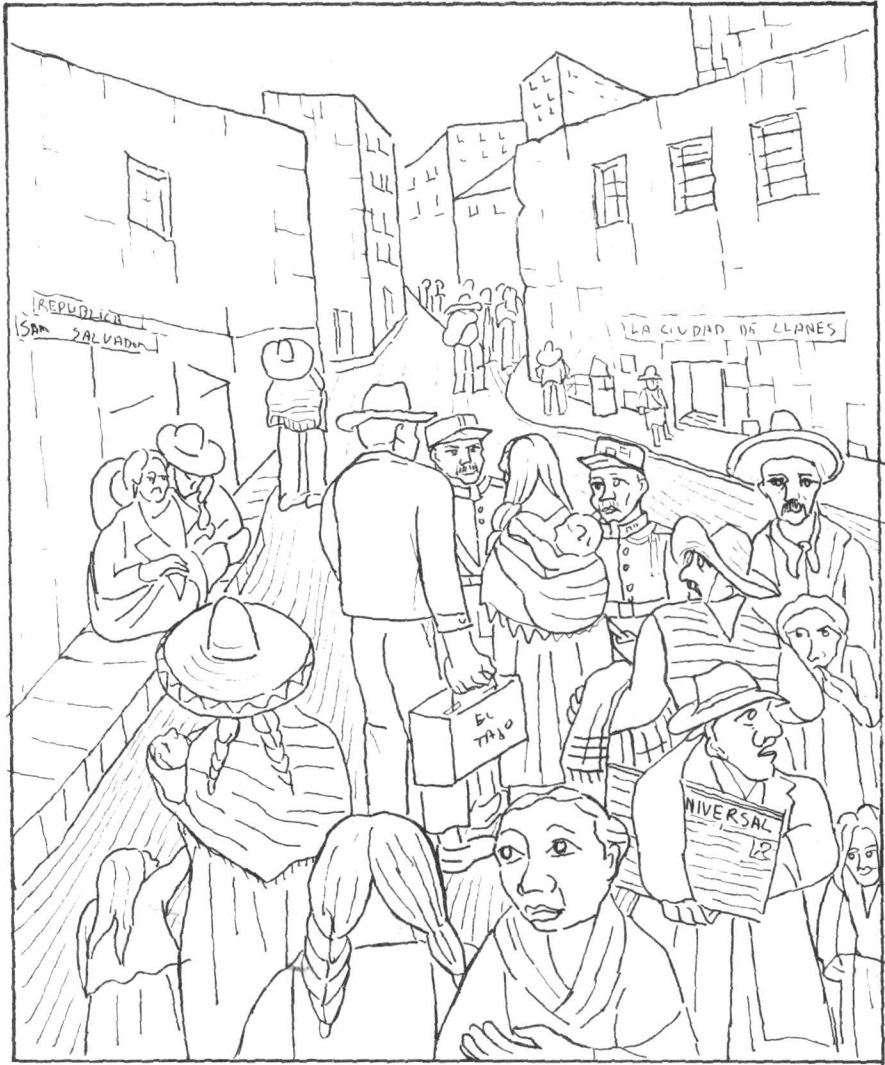
Aunque yo procuraba calmar mis nervios, el pánico se iba apoderando de mi voluntad y el deseo de esquivar aquella peligrosa situación se me hacía cada minuto más acuciante. Ni por un momento se me ocurrió tratar de agredirle o quitarle la pistola pues eso hubiera bastado, suponiendo que yo tuviera la suerte de conseguirlo, a meterme en un lío formidable. Así que sólo pensaba en zafarme del compromiso bajándome en una de las paradas del tranvía. Miraba a la gente que, poco a poco, se iba hacia el fondo del vehículo y se bajaban en cuanto podían. Miraba al conductor que, con los ojos en el espejo retrovisor me hacía señas. No me atrevía a levantarme y correr hacia el fondo porque pensaba que podía provocar la ira del borracho y éste sacar la pistola y hacerme fuego.

Y la voz del borracho repetía insistentemente:

- ¡Viva mi general Franco!... Y usted, amigo, ¿es también franquista? . . .

- ¡Hay que “afusilar” a los rojillos!, repetía.

Justo en la esquina donde está todavía hoy el edificio de la Telefónica el motorista levantó la mano, abrió la puerta delantera y me hizo una señal imperiosa. Me levanté en el acto de mi asiento y sin mirar para el borracho me lancé a la puerta abierta y de un salto me planté en la acera escurriéndome entre la multitud que circulaba por la calle, mientras a mis espaldas oía el cierre de la puerta, el sonar de la campanilla y el chirriar de las ruedas al ponerse el tranvía en marcha con la brusquedad de casi siempre . . .



BUSCANDO TRABAJO

Lo primordial del “refugiado político” español en México era conseguir un trabajo lo más pronto posible. Resolver una situación de clara indigencia para atender a nuestras familias al mismo tiempo que nos olvidáramos de la guerra y sus brutales consecuencias. Y a ello nos dedicábamos con afán; recorríamos la ciudad en su busca y nos ayudábamos mutuamente para abrirnos paso.

Tropezábamos, en muchos casos, con la enemiga de nuestros propios compatriotas, establecidos desde antes de la guerra y muy influenciados por la insidiosa propaganda del franquismo local, poderoso económicamente y que veía en nosotros elementos extremistas dañinos a la patria española y sus instituciones sociales y religiosas. No querían, ni podían, analizar las causas que habían provocado la contienda civil y nos negaban el pan y la sal con la saña propia del fanático analfabeto que predomina-

ba en ellos.

Por el contrario, el mexicano, sea cual fuera su manera de pensar nos recibía y atendía con su proverbial generosidad y simpatía. Para ellos éramos “refugiados” a quienes debían atender y ayudar; personas que habían luchado por la libertad contra la dictadura militar -tipo de gobierno que en su país fué abati-do hacía más de treinta años- y los otros, eran los “gachupines” descendientes directos de los españoles que los sojuzgaron durante siglos. Llegó a ser muy clara la diferencia. Para el mexicano, en general, el “refugiado” no era el “gachupín” y públicamente se ufanaban de no haber conocido al español auténtico hasta que nos trataron y conocieron.

Un día, en la sección de anuncios clasificados de “El Universal” encontré uno que decía: “Se necesitan vendedores. Ocurra a la fábrica “El Tajo” sita en tal parte... Supuse que al llamarse la fábrica “El Tajo” sus dueños serían españoles, gallegos tal vez, y aunque yo no había vendido nada jamás, encaminé mis pasos a la dirección del anuncio no sin temor de encontrarme con algún “enfermo político” capaz de rechazar mi petición de trabajo de manera poco conveniente.

Afortunadamente no fué así y, por el contrario, su dueño, gallego, como había supuesto, se mostró amable, cordial y dispuesto a echarme una mano cuando le expliqué mi absoluta falta de práctica en la venta.

- Va usted a visitar primero a los clientes que ya tengo -me dijo-. Son mayoristas del mercado “La Merced” desde hace mucho tiempo. Fácilmente levantará pedidos y mientras, “agarra” el aire . . .

Me dió una lista (nombres, direcciones, etc.). Me propor-

cionó una Guía de la ciudad, un bono semanal para el tranvía y me recomendó paciencia y sobre todo “procure no hablar de política ni de la pasada guerra civil”

El primer cliente de la lista estaba en la calle de República del Salvador. El nombre de su establecimiento era “La ciudad de Llanes” de lo que deduje que el dueño podía ser un asturiano. El almacén estaba enclavado en los bajos de un edificio muy antiguo y su aspecto, viejo y sucio. Consistía en un mostrador a todo lo largo que impedía el paso al interior donde se veían amontonadas, en profundidad, muchas cajas y una como mesa de despacho con muestras y cachivaches varios entre los que destacaba una corta barra de hierro que por uno de los lados tenía garríos y que se usa para abrir las cajas claveteadas. Sobre el mostrador y a un lado estaba una balanza, tipo Roberval, con dos platillos, uno para las pesas y otro para las mercancías.

Detrás del mostrador y hacia la derecha un ciudadano de amplio tórax, en mangas de camisa, hirsuta pelambreira y cuello de toro atendía a un grupo de compradores, inditas, de rebozo negro, largas trenzas y pies descalzos, que acomodaban la compra en sendos “ayates” especies de mantas, al tiempo que pagaban sus cuentas.

Me arrimé al lado opuesto y coloqué la maleta de muestras sobre el mostrador cerca de la balanza, en espera de que atendiera a sus compradoras. Terminado su quehacer, el ciudadano vino a donde yo estaba dirigiéndome una inquisitiva mirada, que nada bueno preconizaba.

- ¿Qué se le ofrece? -me dijo secamente-

Yo empecé mi exposición de motivos; visitarle en nombre de la fábrica “El Tajo” y por recomendación expresa del dueño,

para saber si le hacía falta algo de nuestra mercancía. Me dejó hablar sin interrupción y al terminar, mirándome con expresión dura me dijo:

- ¿Usted es rojillo, verdad? . . .

Sin alterarme, pero tragándome la injuria que encerraban aquellas palabras y aquel tono, contesté pausadamente:

- Yo soy blanco, como usted, y no he venido aquí a...

No me dejó terminar. Abruptamente y con toda la mala leche del mundo me interrumpió con estas palabras:

- ¡Yo no le compro nada a ningún rojillo hijo de p . . . ! ¡Y ya se está largando de aquí! . . .

Contesté, ardiendo de coraje:

- ¡Aquí, si hay algún hijo de p . . . es usted! . . .

Girando rápidamente se fué hacia la sucia mesa, se apoderó de la barra con garfios que sobre ella había y se dirigió hacia mí enarbolándola amenazante, profiriendo insultos y palabrotas y tratando de brincar el mostrador. En ese instante me apoderé de una de las pesas más grandes y sin pensarlo dos veces, al dar él el brinco hacia mí, le dí con ella un fuerte golpe en la cabeza. Cayó como un toro herido al suelo por delante del mostrador, donde quedó tendido y sin conocimiento con la cabeza abierta y sangrando.

Se armó el escándalo con los gritos de las inditas compradoras y las voces de las personas que entraban a ver qué había pasado y no tardaron en aparecer dos uniformados, -“cuicos” les dicen en México- que preguntaban por lo ocurrido. Mientras, yo traté de explicar los hechos. Me ayudaron mucho aquellas mujercitas que, a su modo, contaron al policía que aquel “gachupín”

me había insultado sin motivo de mi parte y que yo al verme agredido -todavía la barra estaba en la mano del sujeto- me había defendido con la pesa.

Los guardias sacaron a la gente mientras entraron los ambulantes de Cruz Roja y se llevaban al herido que aún no había recobrado el conocimiento y rogándome los acompañara. Recogí la maleta de las muestras y salí a la calle entre ellos, sin que me esposaran.

Mientras marchaba entre aquellos dos hombres, mi pensamiento volaba hacia mi casa y pensaba en las consecuencias de aquella inútil violencia. Probablemente, si había matado al asturiano, me enviarían a presidio y los míos pagarían duramente mi brutal acto.

Ya bastante alejados del lugar de los sucesos observé que uno de los guardias se adelantaba. El otro me tomó del brazo y bajando la voz me dijo:

- ¿Es usted uno de los “refugiados” que ha traído de España mi general Cárdenas? . . .

- Si señor, -contesté-, acabo de llegar de allá, después de tres años de guerra, casado, con una hija pequeña y ya ve... ¡me ofrecen este primer trabajo y mire por donde me ha salido!... ¿Lo habré matado?... ¡No sabe como siento este incidente! . . .

- Escuche bien lo que voy a decirle y no se preocupe por el “gachupín”; tiene la cabeza muy dura -me dijo-. Yo soy cardenista y simpatizante de la República Española y de su lucha. Veo que usted no es un delincuente común, ni mucho menos. Cualquiera tiene un día de mala suerte y más con estos brutos de “gachupines” que aquí tenemos.

Señalándome la calle transversal a la que nos aproximábamos, ancha y con mucho tráfico prosiguió:

- Esa calle es la Avenida 20 de Noviembre. Cuando lleguemos a ella mi compañero ya habrá doblado a la derecha; yo le soltaré para prender un cigarro. En ese momento usted se arranca a correr hacia la izquierda. En cuanto pueda, la cruza y sigue corriendo, oiga lo que oiga, sin volver la vista atrás y se mete por la primera lateral que pueda... ¡Buena suerte amigo! . . .

No tuvo que darme más instrucciones. Corrí y corrí con toda mi alma. Me salieron alas en los pies; a pesar de lo que pesaba la condenada maleta de muestras, ni la sentí. Oía gritos confusos que fueron apagándose. En la primera lateral que, más tarde supe era Mesones, me metí en el portal enorme de una vieja casona y me escondí detrás de la puerta. El sudor producido por la carrera y la angustia, me caía por la cara abajo.

Cuando consideré pasado el peligro, regresé a la Fábrica de jabón y relaté al dueño mi odisea. Renuncié al trabajo y marché a casa. Durante más de quince días no me atrevía a salir a la calle. Mi esposa me subía los periódicos que leía febrilmente en busca de la noticia. Nadie me buscaba, ni se ocupaba del suceso. Poco a poco me fuí calmando y mi temor se fué diluyendo en la diaria brega del vivir capitalino.

EPILOGO

Unos años más tarde de aquel episodio me disponía a entrar en el cine Alameda, con mi esposa. Aparcaba mi carro en la banqueta (acera) frente al cine, cuando ví venir hacia mí un "cuico". Pensé que me iba a pedir que quitara mi automóvil de aquel sitio por alguna causa prohibitiva que yo desconocía.

- ¡Qué húbole, poli!... ¿Estoy mal estacionado? . . .

- No, jefe, -me dijo- Déjelo como está, pero quiero preguntarle algo.

- ¿En qué puedo ayudarle? -le dije creyendo que me iba a pedir algo.

- ¿Recuerda usted, hace un par de años, más o menos, que usted tuvo un accidente, *una resbalada con jabón*, jefe, en la calle San Salvador . . .

- ¡Usted fué!... -su sonrisa me dejó conmocionado . . .

Le dí las llaves del automóvil a mi mujer, la puse al corriente de quien era y le pedí que no me esperara hasta muy tarde, pues tenía que pagar aquella deuda, aún pendiente.

La madrugada nos encontró al poli y a mí en los “caldos” de Indianilla (al lado de la estación de los tranvías de aquella época) allá por la colonia de los Doctores, ahogados de tequila, bien cenados en el Bar Manolo, acompañados de un mariachi y de algo más succulento, cantando las canciones populares del momento y rodeados de amigos del poli. Recuerdo que cuando la patrulla, a petición del “cuico” nos levantó para llevarnos a nuestros respectivos domicilios, yo tenía la gorra de él y su chaqueta y él llevaba la mía sólo que al revés. Y dábamos vivas a México y a mi general Cárdenas, aún cuando este último ya no era Presidente.

Este policía fué uno de los buenos amigos que he tenido en aquel gran país. Indagué con él, qué había ocurrido con el “gachupín” dueño de la tienda de jabones, y me dijo que sanó de la herida y había regresado a su país.



¡ TIEMBLA ! . . .

La Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, conocida en Latinoamérica con las siglas UTEHA, productora de libros en México y Buenos Aires era, en aquella época, la empresa editorial que contaba con la distribución mejor organizada del continente, pues poseía librerías propias en cada uno de los estados de habla española. Su propietario D. José González Porto editaba y vendía libros en “abonos” de ciencia, arte y técnica y se aseguraba su presencia en cada nación mediante la cadena de “LIBRERIAS GONZALEZ PORTO” abiertas en sus capitales. Además importaba libros de interés general de España, compraba derechos de autor y traducía lo que consideraba interesante en medicina, contabilidad, pedagogía, etc. . . .

La UTEHA tenía en México, capital, sus oficinas en un edificio ubicado en las calles del Dr. Pasteur esquina a Calzada de la Piedad, ocupando la totalidad del primer piso al que se ascen-

día por una escalera que remataba en el gran salón donde estaban las oficinas separadas del almacén por un panel de tres metros de alto por treinta metros de largo, dividiendo el piso en dos salones de unos cinco o seis metros de ancho cada uno.

El que se llamaba almacén, que daba a la calle, tenía luz por amplios ventanales y estaba lleno de grandes estanterías, centradas, de unos tres por dos metros de alto, armadas en hierro y madera, donde se guardaban, tanto los libros terminados como los solamente cosidos y en trance de encuadernar, y el papel, en hojas, fabricado expresamente para la empresa editorial.

En el otro salón gemelo estaban las oficinas generales de la Compañía donde un mostrador que corría a todo su largo dejaba un pasillo de un metro y medio y servía de separación para cada Departamento de trabajo: Primero las oficinas de planeamiento y confección del libro; seguía la Gerencia general del negocio, oficina del Contador y sus ayudantes y lo demás, constituían las oficinas de los colaboradores fijos de UTEHA, taquígrafas y mecanógrafas, dibujantes, etc. . .

En esa Editorial trabajaron muchos intelectuales de valía que llegaron a México como “refugiados políticos”. El Sr. González Porto, gallego muy audaz, poco ilustrado, pero muy inteligente, acogió aquella fuerza intelectual que pugnaba por abrirse camino en el difícil arte de ganarse la vida. Desfilaron hombres como Luis Recasens, Benjamín Jarnés, Rioja Lo Bianco, Agustín Millares, Blas Cabrera, José Franchy, Florentino Torner, Fariñas, Antonio Fleitas y otros que se me escapan al recuerdo. Unos, de planta, en trabajo especial, otros traduciendo, produciendo originales, y profesores, abogados y escritores que se ayudaban para salir adelante después de sus clases en la Universidad Autónoma

o cualquier otro trabajo que pudieron conseguir.

Mediante una recomendación de un amigo cubano conseguí ser corrector de pruebas, a tanto la página; más tarde, el gerente, un señor Hurtado de Mendoza, que se decía descendiente de canarios, me ofreció la corrección de estilo, pues según él, los traductores descuidaban la interpretación en español de lo que leían en otro idioma y terminé, a invitación del propio Sr. González Porto colocándome en el departamento de planeamiento y confección del libro, a las órdenes de un médico de origen español que el propietario se trajo de La Habana. El Dr. Fernández me enseñó lo poco que sé del negocio editorial: papel, imprenta, tipografía, tiraje y encuadernación. Aunque se ganaba menos que llevándome el trabajo a casa, el sueldo me permitía vivir desahogadamente y con cierta seguridad, pues las correcciones escaseaban algunas veces.

El sueldo se pagaba por quincena y el día en que sucedió lo que voy a referir era justamente un día quince. El pagador, sentado junto a la mesa del Gerente nos entregaba el correspondiente cheque y firmábamos la nómina que se nos presentaba. De pronto, una figura de metal representando a D. Quijote, que adornaba la mesa, de una altura de cincuenta centímetros aproximadamente, empezó a oscilar de un lado a otro como si alguien la estuviera moviendo. Nos quedamos mirándola, absortos, ante el raro fenómeno, cuando las muchachas empleadas, mexicanas todas, se levantaron de sus asientos y corriendo hacia la escalera gritaban:

- ¡Tiembra, tiembra!... ¡Todo el mundo a la calle!...

Sin pensarlo mucho y viendo el bamboleo de las lámparas del techo, corrimos en igual dirección. El piso del corredor se

movía igualmente y nos dificultaba la carrera haciéndonos perder el equilibrio.

Al llegar frente a la puerta del almacén encontramos al Jefe del mismo y a sus ayudantes, que, demudados, con el rostro cenizo y los ojos desorbitados, señalaban hacia dentro, donde las estanterías balanceándose y crujiendo amenazaban caer sobre las paredes laterales.

- Sr. Gerente, -dijo el almacenista- si esas estanterías ceden tirarán los muros del edificio y éste se derrumbará. ¿Qué hacemos? . . .

- ¿Qué le hemos de hacer?... ¡Por lo pronto, todo el mundo a la calle!

Bajamos a toda prisa las escaleras y salimos a la calle. El espectáculo era dantesco, aterrador. Las guarniciones de las aceras saltaban a impulso de las contracciones provocadas por el seísmo; el pavimento de asfalto se cuarteaba como si fuera gelatina; las altas bardas que protegían los patios del Hospital General, al otro lado de la calle, se caían a pedazos; los cables conductores de la energía eléctrica que movía los tranvías se partían produciendo chispazos azules y rojos; los cristales de las ventanas se rompían estrepitosamente; hombres, mujeres y niños arrodillados, abrían los brazos en patética imploración rogando a Dios y a la Virgencita de Guadalupe, -patrona de los mexicanos-, y yo creo que también a toda la corte celestial, que les perdonaran sus pecados y suplicaban que se acabara aquel tremendo temblor de tierra.

A ratos parecía ceder, pero repetía con mayor fuerza cada vez y volvía a embestir la tierra como toro embravecido. Subían de tono los llantos, rezos e imprecaciones (que de todo se escu-

chaba) y el temor de la gente. El miedo, el incontenible miedo, se apoderaba de la multitud y corría estremecido por las espaldas, “enchinando” la piel y atenazando el corazón. Pensé en los míos, que a pocas calles de allí, estarían pasando la misma angustia y salí disparado trastabillando por la violencia del temblor hasta la plaza de Río de Janeiro, donde, suponía, estarían, como siempre, esperándome al regreso del trabajo. Mientras corría por las calles ví las mismas escenas de pavor, los edificios bamboleándose y las personas arrodilladas en súplica implorante. Más de una vez creí que no iba a llegar a la Plaza pues las grietas y derrumbes se sucedían sin cesar.

Llegué, finalmente, a la plaza de Río de Janeiro. Era un pequeño parque con palmeras y árboles corpulentos. En el centro, una fuente llenaba el estanque donde los peces eran observados por los niños de la vecindad; navegaban barquitos de papel o de plástico y en días de calor intenso se bañaban los chiquitines pues el fondo tenía escasamente cuarenta o cincuenta centímetros de agua.

Los efectos del temblor casi habían vertido el agua del estanque sobre el verde césped; de los árboles se habían desgajado muchas ramas y las palmeras ondeaban su “plumero” de hojas al mismo tiempo que las campanas de la Iglesia próxima sonaban descompasadamente. Todas las madres se habían refugiado en la puerta de entrada a un edificio muy grande al que llamaban “casa roja”, no sé si porque en ella vivían muchos refugiados o por el color de sus paredes. En el grupo estaba mi gente y también muchas personas amigas, entre ellas, el ilustre sabio D. Ignacio Bolívar y el no menos ilustre canario D. Blas Cabrera que allí vivían con sus respectivas familias. Como ambos trabajaban para UTEHA y eran amigos de los que allí laboraban hijos,

me preguntaron lo que había pasado pues ellos sabían que el edificio de la editorial no era de fiar. Después de tranquilizarlos y charlar un rato y cuando ya parecía haberse terminado el terremoto nos fuimos a nuestra casa.

Siguió temblando todo el día pero con poca violencia y a intervalos más largos. Pero por la noche, muchos, muchísimos habitantes del Distrito Federal no durmieron en sus casas habituales. Todo el que pudo se fué al campo en sus autos a dormir en tiendas de campaña, pues el temor persistía como un dolor de muelas.

Días más tarde me encontré en la redacción de “El Universal” uno de los más viejos y leídos diarios de la capital, a un amigo periodista mexicano que bajo el seudónimo de “JUBILO”, publicaba una columna muy leída en el vespertino UNIVERSAL GRAFICO y al que había conocido y trabado con él muy buena amistad el día que llegamos al puerto de Veracruz.

Comentando el pasado terremoto y sus consecuencias me explicó que gracias al subsuelo del Valle de México y a que el temblor había sido “ondulatorio” y no “trepidatorio”, los daños no habían sido fatales para sus habitantes.

Y me preguntó:

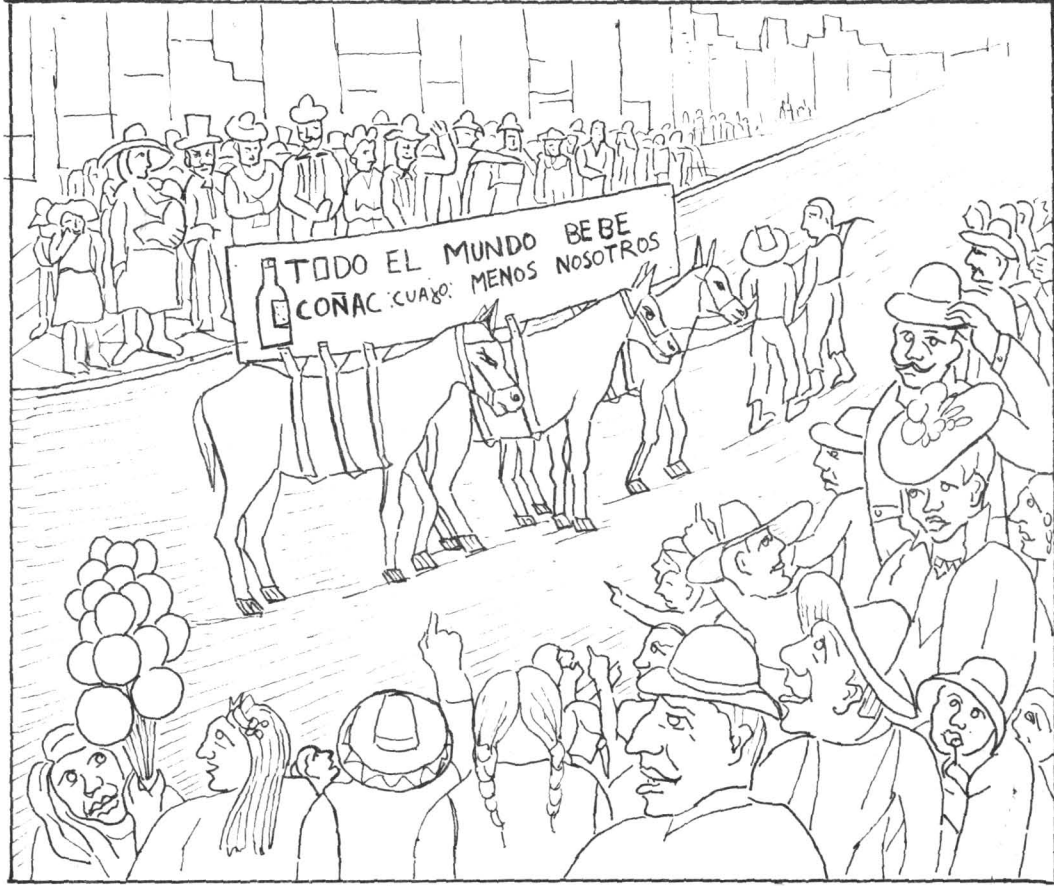
- ¿Qué opinión le mereció el “fenómeno telúrico”? . . .

- ¡Algo aterrador! -contesté-.

- Puesto a elegir entre ese temblor y un fuerte bombardeo como los que sufrió durante la guerra civil, ¿que preferiría? . . .

Recordando la sensación de impotencia ante el peligro de derrumbes de edificios, la magnitud de los temblores y la imposibilidad de “huir el bulto” escondiéndose en alguna parte, como se podía hacer en las trincheras o cambiar de sitio cuando se tenía como hacerlo, y por otra parte, evocando la alucinante mirada de aquellas personas que buscaban un lugar donde protegerse y proteger a sus hijos, exclamé sin poderme contener:

- ¡Prefiero, amigo JUBILO, veinte bombardeos! . . .



¡ OH LA PUBLICIDAD !

Trabajé algunos años en la empresa productora de vinos de un Secretario de Estado, -de cuyo nombre no quiero acordarme- como Supervisor de Ventas y Jefe de Publicidad. Todo el personal de esa Sección procedía de las filas de los “refugiados” políticos españoles comandado por un viejo amigo y correligionario, D. Antonio López, que fungía como jefe de Ventas de la Compañía. Eficiente y honesto a carta cabal, puso todo su empeño en hacer de aquel negocio, que iba de capa caída, un filón muy importante para su dueño, lo que consiguió con los años y el trabajo intensivo de él mismo y de los que con él colaboramos con todo entusiasmo.

Un día, Antonio me llamó a su despacho y me dijo:

- Tienes que ir a Tijuana, Baja California. Nuestro representante en aquel Estado (también refugiado) ha presentado la renuncia. Te haces cargo de la zona mientras buscamos un compatriota a quien enviar. Esa plaza, como sabes, es muy impor-

tante para nosotros por la enorme cantidad de turistas norteamericanos que van a ella cada semana, a las carreras de caballos, al Jai-Alai, a los toros y a divertirse en sus cabarets, cantinas y demás lugares de parrandeo. Es el único Estado de este país, en el que los establecimientos donde se venden licores, casi exclusivamente, necesitan un permiso especial muy costoso, y además de la venta semanal, se hace mucho contrabando de ellos para E.E.U.U. Necesitamos “situarnos” en ese mercado. Estudia las condiciones y propón un plan de trabajo.

Hablar de esa ciudad en la Capital, era hablar de todos los pecados y delitos conocidos en el mundo. Todo lo sucio, lo abyecto y deshonesto tenía allí su asiento. Drogas, prostitución, rateros y delincuentes en general; todo lo feo caía sobre Tijuana como una maldición.

Sí, efectivamente, mucho de lo que se decía contra ella era cierto, pero también vivían miles de trabajadores con sus familias, profesionales honestos y sobre todo mucho comerciante en pequeño que ofrecía al público paseante el millón de baratijas que la artesanía mexicana producía en la mayoría de los estados del país, a veces, verdaderas obras de arte, pues los indios y mestizos tienen un sentido nato de la belleza. Y combinan los colores y las luces con maestría increíble en un pueblo donde los indígenas, en su mayoría, son analfabetos.

La primera calle que se trazó en Tijuana fué la llamada Avenida de la Revolución y a lo largo de ella nacieron las grandes cantinas y las tiendas de artesanía y, lógicamente, el vicio, prostitución y las drogas. Al final de esta calle y en un lugar donde brotaba una fuente de aguas sulfurosas, se planeó y se llevó a efecto la construcción de un gran casino de juego, “El Casino de Agua Caliente”, que atrajo a Tijuana toda la gama

de jugadores y viciosos con mucho dinero, o con ninguno, que desplegaban allí todo lo fastuoso que da la abundancia de dinero y toda la picaresca que, por carecer de él, se unía a su carro para conseguirlo. Este Casino fué clausurado durante el Gobierno del General Cárdenas y hoy es Instituto de Segunda Enseñanza y Museo local.

En el año que E.E.U.U. promulgó la famosa “Ley Seca”, allá por 1.919, se robusteció el crecimiento de Tijuana con los contrabandistas de licor y la afluencia de bebedores, que de gran parte del país norteamericano acudían a la ciudad fronteriza a apagar su sed sin el peligro de ir a la cárcel por violación de la Ley prohibitiva. Más tarde se construyó el ya también famoso Hipódromo de las Américas, el palacio de Jai-Alai, las carreras de galgos y ¡como no! la Plaza de Toros (de la que hubo necesidad de construir otra mayor pues en la temporada se agotaban las entradas dándose el insólito caso de que Tijuana sea la única ciudad del mundo hispano que cuenta con dos plazas de Toros).

No quiero dejar de contar un diálogo, también insólito, que en la primera de esas plazas, hube de oír a un matrimonio norteamericano, que, acudía por primera vez a ese espectáculo: Acabada la lidia del primer toro y después de los toques de rigor, soltaron el segundo, que el “maestro” Armillita se preparaba a lidiar. Dió los lances de rigor, entraron los caballos y el mismo Armillita tomó las banderillas para ejecutar la faena. El “gringo” que estaba a mi lado con su señora, le dijo: En este momento fué cuando llegamos. Así que lo van a repetir. Yo creo que ha terminado para nosotros el “show”, “To move my dear”.

Fué así como Tijuana surgió a la vida municipal y con ella a

las complicaciones que de eso se derivan: agua, luz, pavimentos, construcciones, policía, etc., complicaciones que hasta la fecha no están solucionadas, pues la ciudad crece como un monstruo, imparable. El gobierno del centro vislumbró el filón de impuestos y el desahogo laboral que podía rendir y construyó la puerta de entrada al país; la dotó de aduaneros y policía especial de emigración, hiciéronse las elecciones municipales y se libró a esa frontera de ciertos peligros que ya se habían empezado a presentar, como el “filibusterismo” americano que trató, por los medios más sucios, de arrebatar a México aquella región (península de Baja California) que tiene Uranio y oro en abundancia, y formidables bahías como la de Magdalena capaz de albergar en su seno todas las flotas del mundo, pero, especialmente, la mejor presa para E.E.U.U.; el golfo de Cortés, protegido del Océano Pacífico y encajonado entre la mencionada península y los estados de Sonora, Chihuahua y Sinaloa.

El turismo, especialmente el norteamericano, se intensificó de tal manera que hoy se considera a Tijuana, la primera ciudad del mundo, en cantidad de turistas. Se calculan a “grosso modo” que entran y salen en una semana más de cincuenta mil personas, sobre todo cuando median días festivos. Sólo la ciudad de San Diego, a unas 15 millas de la frontera, envía a Tijuana miles de marines que en aquel puerto (segunda base naval norteamericana) hacen su entrenamiento y que los fines de semana van a saciar a la ciudad mexicana su sed de alcohol, de mujeres y drogas.

A esa bulliciosa plaza fuí con el encargo de conseguir un representante para nuestros productos. Pero... me gustó tanto que procuré y lo conseguí, ser designado para el cargo.

La tarea de abrir paso a nuestra incipiente industria vinícola

no tenía nada de fácil. Había pedido a la compañía que me autorizara una cantidad para la propaganda, autorización que me fué otorgada. Y me lancé a la pelea.

Organicé un buen grupo de chicas que hablaban el inglés y las uniformé de acuerdo con los colores de la etiqueta del producto que más interesaba vender en aquel momento. La etiqueta, era poco atractiva, pues los colores del nombre figuraban en blanco y negro. Las chicas hacían breves preguntas a los futuros bebedores y les daban una botellita de muestra que la gente, en general, agradecía. Hicimos spots en radio, con músicas especiales, se organizaron concursos en los periódicos locales y se fijaron en las paredes láminas de buen tamaño con el nombre del coñac. Muy parecido a lo que ahora hacen los politiquillos de turno para agarrarse a la teta del presupuesto.

Entre los atractivos que los ingeniosos mexicanos presentan al embobado turista, figuran unos pequeños carricoches de dos ruedas decorados con motivos del país, al que estaba uncido un borriquillo pintado con franjas blancas imitando una cebra africana. Subían al turista y su familia para fotografiarla y que se llevaran un recuerdo de su estancia en México. Contraté con uno de aquellos fotógrafos el alquiler de tres borricos para un día festivo. Les fabricaron unas angarillas especiales que colocaron al lomo de los animales llevando una pancarta de tres metros por uno, con la siguiente inscripción en inglés y español:

¡TODO EL MUNDO BEBE COÑAC (Aquí el nombre del producto) MENOS NOSOTROS!. . .

A un lado iba pintada una botella a buen tamaño tal y como aparecía en las tiendas de licores. El equipo de burros y pancartas conducido por dos mocetones se paseó varias veces por to-

da la Avenida de la Revolución dando lugar a risas, comentarios y protestas, hasta que la policía local los obligó por orden del Alcalde, a retirar el anuncio y los burros. Fuí a verle y preguntarle por qué se había ordenado esa retirada y riéndose me explicó que, en primer lugar, no tenía autorización municipal y en segundo que la gente del pueblo estaban disputándose por causa de él ya que algunos lo consideraban un insulto pues de una manera u otra, allí se decía que los que no consumían ese coñac eran unos burros.

Al día siguiente la prensa local, oportunamente “untada” con el dinero de la Compañía, se enzarzó en comentar el sistema de propaganda de los burros y por varios días el tema fué trabajado a fondo. Como todo el mundo sabe, esto se hace en todos los países y en todas las propagandas comerciales o políticas, especialmente las mendaces.

PICARESCA Y FANATISMO

Destinado por la empresa en la que prestaba mis servicios a la zona de Baja California, senté mis reales en la ciudad de Tijuana por dos razones: una, por la bondad de su clima, y la otra, por ser la plaza de mayor importancia turística de todo el Estado.

Conseguí en un Motel, bastante céntrico, dos habitaciones amplias comunicadas entre sí y con baño independiente, donde instalé oficinas y vivienda. El dueño era un tipo raro que desde el principio me llamó la atención. “Gachupín”, leonés, de aspecto muy castellano, sobrio en el hablar, alto, flaco, narigón, con un aire socarrón que se acentuaba cuando hablaba, pues ponía los ojos en blanco como perdidos en sus cuencas, en tanto que, en las comisuras de los labios, aparecía una sonrisa sutil y estereotipada. Desde luego no inspiraba ninguna confianza. Estaba casado con un monstruo “cárnico” que pasaba de los cien kilos; amplias caderas y prominente pechuga, tenía sin



embargo la cabeza pequeña y el rostro agraciado con un par de ojos muy bonitos que aparentaban mansedumbre y agradable trato hasta que el alcohol, al que eran muy aficionados ambos cónyuges, les destapaba el canal de la bronca. En tales casos, lo mejor que se podía hacer era alejarse de la pareja, meterse en la habitación y taparse los oídos con algodón. Especialmente la dama, disponía de una bien orquestada sinfonía de adjetivos y vocablos que sonrojaban hasta las paredes del inmueble.

Alguna vez, me invitaron a comer con ellos, y ¡vive Dios!, que el leonés y su opulenta costilla sabían comer. Pero mientras en él no se notaba el efecto de chorizos y lonchas de jamón serrano y otras succulentas viandas, a ella le aumentaban las grasas a ojos vista . . .

Algo había en aquella pareja que despertaba mi curiosidad. D. Joaquín, que así se llamaba el leonés, no hablaba, musitaba. Su voz rara vez subía de tono, era como un susurro; sus ademanes, pausados, solemnes, parsimoniosos, recatado el gesto, incluso, cuando disputaba con Pilar, su mujer. Las peores palabrotas del idioma salían de su boca como leves suspiros manchados por la rabieta. Ella, en cambio, tenía el decir gracioso, atrayente y cantarino de las mujeres de la meseta central de México.

En estado normal, es decir, sin alcohol en el cuerpo y sin motivo de bronca, movíase por todo el edificio del motel balanceando su retaguardia sin malicia y canturreando satisfecha y contenta, bromeando con los y las huéspedes, que de todo había en aquella casa.

Pero a doña Pilar se le subían fácilmente las copas, o si se quiere expresarlo más acertadamente, los vasos de aquel vinillo rojo, también castellano, que a su marido le mandaban desde la capital. Salían a relucir pretéritos, presentes y futuros enojos y

entonaba la melodía de los insultos a su maridito, con voz que retumbaba por los pasillos del establecimiento vomitando entonces las palabrotas más soeces y vulgares de que disponen el lenguaje español y el mexicano.

Salían poco, o nada. Su vida estaba condicionada por un extraño enclaustramiento. La sirvienta les iba por la compra del día y ellos encargaban lo demás al supermercado desde donde les era enviado al Motel.

De pronto, D. Joaquín desaparecía de la escena y pasaban semanas y aún los meses sin que se le viera el pelo. En este intervalo, doña Pilar era la dueña y señora del negocio y a fé mía que lo aprovechaba bien, pues no había huésped varón que no fuera invitado a paladear un vaso del vinillo de la tierra que se guardaba en la bodega del “castillo” de D. Joaquín. No se oían escándalos de borrachos y doña Pilar cantaba a todo volumen, las populares canciones del músico-poeta Agustín Lara.

Una vez, después de una de esas ausencias de D. Joaquín, descansaba en mi habitación de regreso de la calurosa capital del Estado, Mexicali, cuando oí llegar a nuestra puerta una ambulancia tocando su característica sirena. Me asomé a la ventana y ví bajar de ese vehículo a nuestro hotelero con la cabeza y una pierna vendadas. Salí presuroso al patio de entrada y le pregunté qué le había pasado. Tratando de no darle importancia dijo:

- ¡Un accidente, un pequeño accidente! . . .

En la cara del hotelero noté algo así como preocupación. Sus ojos miraban con recelo a su alrededor. No dejó de extrañarme su actitud pero pensé que estaba aún bajo los efectos del shock y sin preguntarle nada más, me retiré a mis habitaciones.

Durante los primeros días del accidente, no salió de su cuarto para nada y a las preguntas sobre su salud, respondía doña

Pilar con un invariable:

- ¡Sigue mejor!... ¡Gracias! . . .

Un día le vi venir por el pasillo hacia mi cuarto de trabajo, rengueando apoyado en un bastón. Como otras veces entró en él, encendió la radio y con ligero ademán se sirvió una copa de coñac, escanciando de paso otra para mí. Seguro de ello, me dispuse a oír la explicación de su “accidente”. A partir de la tercera copa, y sin dejar de llenarla de vez en cuando, me hizo el siguiente relato que me llenó de asombro y de indignación ante el cerril analfabetismo de algunas gentes de mi país.

- “Emigré a Cuba desde temprana edad huyendo del servicio militar y de la imposición de mi madre que, a toda costa, quería hacer de mí un sacerdote. En la perla antillana hice de todo para subsistir, desde robar fruta en los mercados hasta timar a los guajiros con joyería falsa. Aprendí a jugar haciendo trampas, hice estafas, me compliqué en robos de mayor importancia y por último para librarme de la policía que ya me estaba dando alcance, entré de sacristán en una iglesia del interior, donde mis conocimientos del seminario me sirvieron para ganarme la confianza del cura. Limpié los cepillos y me quedé con limosnas que se ponían a mi alcance; en fin, cometí toda suerte de fechorías dentro y fuera de la iglesia. Allí hice amistad con un cura que fué expulsado y excomulgado de España por delitos contra la honestidad. Y juntos planeamos lo que fué y es todavía mi negocio. El quedó en Cuba y yo salí para este país de México donde hasta hoy me ha ido muy bien”.

Casó en la Capital con Pilar, que, por entonces era muy guapa y exhuberante mestiza sin muchos escrúpulos, grandes deseos de vivir bien y disfrutar de las comodidades que da el dinero abundante, y a la que dejaba sola, con su madre, cuando

emprendía sus correrías.

- “En ese tiempo el territorio mexicano disponía aún de muchos ranchos propiedad de españoles que habían logrado escapar de las “razzias” de los indios y mestizos que hacían la revolución. En estos ranchos casi siempre hay una pequeña iglesia o capilla particular en las que se dicen misas y se efectúan otros cultos al amparo del silencio de los mismos trabajadores tan fanáticos o más, que los propietarios. Yo tenía una larga lista de ellos y cuando lo consideraba oportuno, me instalaba discretamente en los pueblos cercanos con mi ayudante, un joven hampón a quien había entrenado para ese cometido; éste, se acercaba al rancho, y entraba en contacto con el dueño o alguien de su confianza, para comunicarle que estaba en el pueblo cercano un “padrecito” español recién llegado de la madre patria, pidiendo limosna para la construcción de una iglesia o catedral en la provincia de donde “casualmente” era oriundo el “gachupín”, dueño del rancho, y en honor del santo que, sabíamos, era de su devoción o de su mujer. Prevenía al ciudadano en cuestión, que había que guardar el más absoluto de los secretos pues el “padre” carecía de documentación para estar en el país. Averiguaba si algún otro sacerdote iba por allí a decir misa algún día de la semana para no entrar en contacto con él y lograba una invitación para mí. Iba yo, pues, a cuerpo de rey, decía misa todos los días que me permitía el tiempo “libre” disponible; confesaba a todos los habitantes del rancho, obteniendo, de paso, para ellos, todas las indulgencias que me pedían. De casi todas estas visitas salía una jugosa limosna para el propósito explicado con detalles, planos, etc. El origen de este Motel en que vivimos fué una de esas visitas. Acababa de morir la esposa del rancharo y había dejado una “manda” muy considerable para

un proyecto parecido al que yo exponía. Mi visita se consideró casi milagrosa y la “manda”, en oro, me fué entregada. Como aquello se salía de lo normal en mi negocio y de ser descubierto corría grave peligro, tanto del “gachupín” engañado como de las voraces autoridades pueblerinas, decidimos “emigrar” a esta alejada región y establecernos aquí. Eso me daba una base de operaciones muy alejada de las probables represalias. Pero es el caso que en esta última correría de la que había obtenido algún botín y cuando estaba en la capital, allá en Tepito (barrio de rompe y rasga muy conocido por todos los malhechores de la gran urbe) corriéndome una pequeña parranda, alcanzó a verme un “pelado”, trabajador del último rancho donde había operado. Avisó a sus “jefecitos” que también por allí se enborrachaban y por poco más me matan”.

Ya en estado de embriaguez, me enseñó la sotana, el chambergo y las demás cosas que usaba para sus fechorías.

Todo aquello me pareció increíble. Y, desde luego, admiré el valor personal de aquel sujeto, que sabía muy bien donde había metido sus pies, pues aquellas fechorías en México, cuando menos, no se las perdonarían jamás. Y aquel atentado no era más que un aviso de lo que iba a ocurrirle en cuanto lo localizaran.

Por la mañana se me acercó para pedirme que no hiciera ningún uso de su relato. Había decidido pasar ese mismo día la línea fronteriza y perderse en los Estados Unidos por una temporada.

Algún tiempo después me fuí del Motel y más tarde, supe que el pícaro de D. Joaquín abandonó a Pilar dejándole el establecimiento... y los hijos que le había hecho.



¡ DEME USTED FUEGO POR FAVOR !

En el mero centro de la ciudad, en lo más castizo del viejo y querido Distrito Federal, en la calle Bolívar, campeaban los letreros anunciadores de los más bulliciosos cafés de aquel entonces y de entre ellos destacaba el de uno que se hizo famoso por la concurrencia, casi en exclusiva, de los refugiados políticos españoles: EL TUPINAMBA.

Nadie ni nada que tuviera algo que ver con nuestra emigración forzosa podía estar ajeno al movimiento político, intelectual o profesional que bullía en esa gran tertulia cafeteril a la que tan aficionados hemos sido, somos y seremos los españoles en general. Allí concurrían los militares de “carrera” o de a dedo; allí los artistas de teatro o cine, maduros o por madurar; allí los toreros de cartel o los maetillas; allí los cantaores o cantaoras, los diputados o aspirantes, ministros o exministros. Todos pasábamos una vez al día, por lo menos por el TUPINAMBA, después de la comida en tertulia de su grupo y a discutir sobre

nuestro pasado, presente y futuro. Se gritaba, se gesticulaba, se maldecía y se expresaban las más inauditas profecías sobre la segunda guerra mundial y lo que más nos interesaba, sobre el próximo final de la dictadura franquista, con vocablos rotundos, contundentes, apuntalando las afirmaciones, dudas y negaciones con esas poderosas palabrotas con que se adorna nuestro idioma.

Se cuenta que todas las mesas del TUPINAMBA tenían uno o varios hoyos en su marmórea superficie, producto del contundente gesto de apoyo con el índice sobre ellas, al afirmar con denuedo y apasionada esperanza la frase: “¡mañana cae Franco!”, durante casi cuarenta años por cada uno de los miles de compatriotas exiliados.

Reunidos en una de esas mesas tres amigos queríamos hablar sobre un asunto que nos interesaba. Juan Mingorance, pintor, un antiguo residente que simpatizaba con nuestra causa: el señor Zarraluqui y yo. Pero la algarabía y el espeso humo del tabaco eran tan considerables que decidimos salirnos del café y nos dirigimos a una cantina de muy buen ver que estaba media calle más allá en el cruce con la de Uruguay. La cantina se llamaba “La Villa de Madrid”. Como todas las cantinas de cierta categoría, además de bien presentada disponía de los consabidos cubículos independientes donde nos acomodamos y pedimos unas “teporochas heladas” o sea, cervezas en jarros bien fríos. Nuestro cubículo estaba cerca de la puerta de entrada y frente por frente del mostrador o barra. El “barman” era un gachupín clásico: “Barbicerrao, cejijunto y coñidicente” cuya definición es la que hacen los mexicanos, mordazmente, de nuestros compatriotas del norte de España acentuando la “c” con impecable remedo e ironía. Frente a él y de pié en la barra, se encontraba un sujeto de tipo militar, con pantalón caqui, chamarra de piel y

enseñando la funda de una “pavorosa” escuadra 45 reglamentaria. Ante sí tenía un vaso clásico de tequila, su pedazo de limón y el salero. Se le notaba a la legua que el hombre estaba “pasado” de copas, pues refunfuñaba palabras incoherentes y encendía cigarrillo tras cigarrillo, balanceándose sobre sus piernas.

Un cubículo más allá del que ocupábamos nosotros, un señor de avanzada edad saboraba una cerveza fría. Estaba en mangas de camisa, usaba lentes, era casi calvo con los pocos pelos que le quedaban blancos en su totalidad. Ofrecía el aspecto de un escribiente o contable de algún banco de los que por allí solían ser bastantes. Fumaba un cigarrillo.

Cuando ya el “barman” nos había traído las cervezas y nos disponíamos a charlar de nuestros asuntos, observamos como el grandullón de la pistola se dirigía al anciano señor con un cigarrillo en la mano y con voz aguardentosa le pedía fuego.

- ¿Me dá usted fuego, por favor? . . .

- ¡Cómo no, sí señor! -y prendiendo un cerillo le dió fuego.

Sin dar las gracias, el sujeto aquel regresó a la barra y sobre el cenicero, ostentosamente, apagó su cigarrillo y lo tiró al suelo.

Con toda parsimonia sacó otro e hizo la misma petición balanceándose pesadamente.

Satisfecho, sonriente y aire burlón se acercó al pobre señor que en nada le había ofendido y le pidió fuego, otra vez:

- ¿Me hace el favor de encenderme el cigarrillo? . . .

- ¡Sí señor!, le dijo tembloroso el anciano.

- ¡No tenga miedo, hombre de Dios! No le voy a hacer nada. Sólo quiero que me encienda el cigarrillo que se me apagó.

Cuando regresaba a la barra se encontró con la novedad que ya no había cenicero para apagar el cigarro y levantó la voz reclamándolo.

Mientras eso ocurría el hombrecillo dejó su asiento y la cerveza y se lanzó a toda prisa hacia la calle en previsión de que aquel badulaque siguiera molestándole amenazante.

El “barman” regresó con el cenicero limpio y se lo puso delante sin mostrar mayor preocupación. Le sirvió un nuevo tequila en tanto que el empistolado reía a carcajadas y hacía jocosos comentarios sobre el miedo del viejito.

Nosotros empezamos nuestra conversación todavía indignados por lo que habíamos visto y con los nervios tensos.

El “héroe” se volvió hacia nosotros, farfullando algo que no podíamos entender. Con la copa en la mano se acercó a nuestro cubículo por el lado en que estaba el Sr. Zarraluqui, el vasco-navarro, que sin quitarle ojo prosiguió la conversación.

- La señora de quien le hablé, desea, Sr. Mingorance, que usted le haga dos retratos uno de ella y otro de su hija. Las condiciones . . .

El borrachito interrumpió la conversación diciendo:

- ¿Ustedes son gachupines, verdad?... ¿Qué les ha parecido el vejete miedoso? Todos los gachupines son iguales de cobardes. . .

Nuestro amigo, vasco al fin, tenía la misma corpulencia que el grandullón y brazos y manos de jugador de pelota vasca. Sin perder la calma ni moverse de su asiento le dijo:

- Nosotros, ni somos gachupines, ni nos parece bien esa “pinche” valentía que usted ha mostrado con un hombre mucho

más viejo. Usted está borracho, carga una pistola reglamentaria y abusa de ella. Sólo que no lo hace en su sano juicio y con un hombre de su edad y corpulencia. Aquí, estamos tratando un asunto que no le compete y le ruego que se vaya a la barra y no nos moleste . . .

El animal aquel bramó:

- ¡Pues si usted no está de acuerdo, vaya y chingue a su m . . . ! -y tratando de sacar la pistola de la funda, continuó con voz estropajosa:-

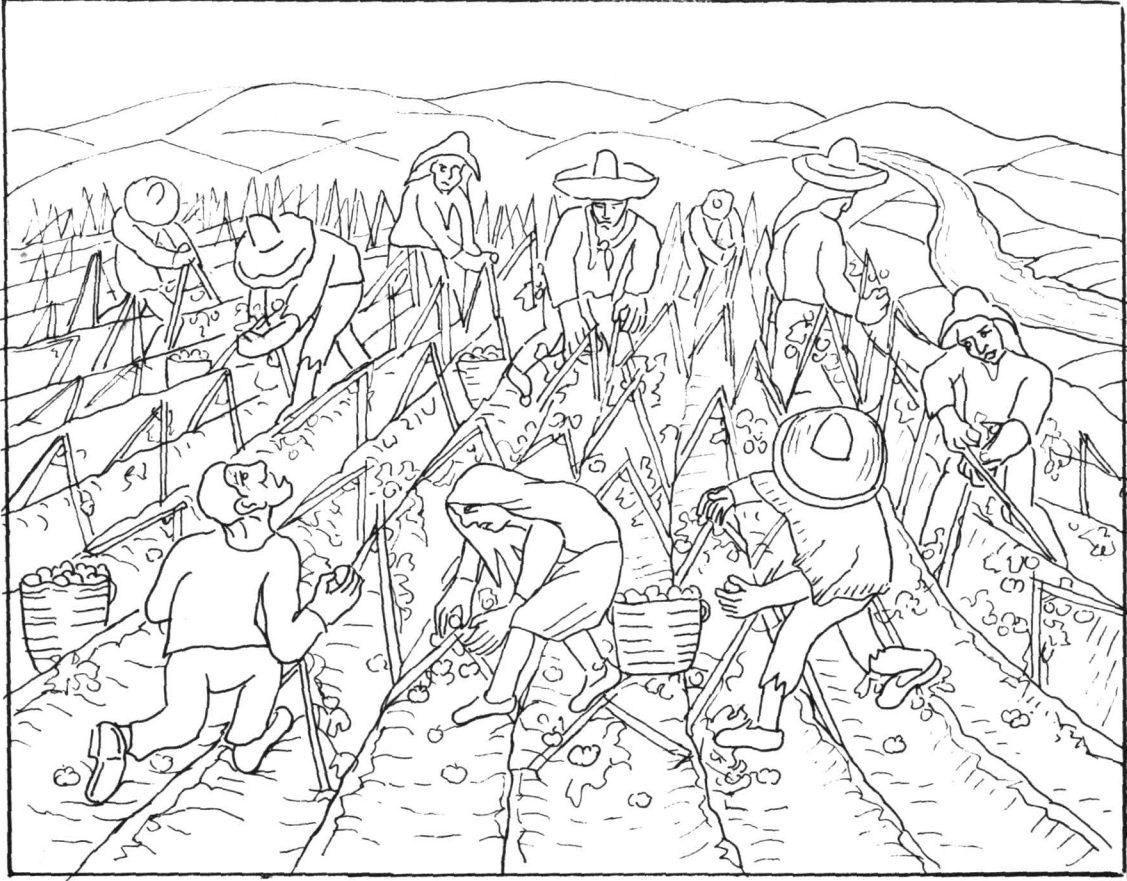
- Y ahora lo voy a matar, gachupín hijo de . . .

El señor Zarraluqui no le dejó terminar su perorata. Con rapidez increíble atenazó al borrachito por la muñeca y le retorció el brazo hasta hacerlo arrodillarse. Con la otra mano le quitó la pistola de la funda, nos la entregó a nosotros pidiéndonos que la descargáramos, tanto de la recámara como del cargador. Lo hizo ponerse en pié dando alaridos de dolor, le devolvió el arma ya vacía y lo empujó hasta la puerta de salida y de un fuerte empellón lo lanzó contra la gente que pasaba, yendo a caer en mitad de la calle.

El cantinero sonriente nos dijo:

- Afortunadamente ya quedan pocos de estos militarotes en el país. Son los residuos de la revolución, que aún subsisten. Pero les recomiendo que ahora se marchen, pues este sujeto es capaz de venir con gente de su calaña y corren ustedes el riesgo de ser detenidos y molestados.

El Sr. Zarraluqui le entregó al “barman” las balas que le habíamos quitado de la pistola, y nos fuimos a tratar nuestro negocio en otro sitio alejado de la cantina “La Villa de Madrid”.



ECHANDO TOMATEROS

Finalizaba la segunda guerra mundial y los negocios fáciles iban siendo cada vez menos fáciles. Mi excelente amigo norteño Roberto Rodríguez Iruretagoyena me invitó a dar un paseo hasta la ciudad de Monterrey en su automóvil. Unos escasos 800 Kilómetros. ¡Cómo quien dice, ahí a la vuelta!... Acababa de regresar de su tierra natal, Sonora, y había visto como la cosecha de legumbres de aquel estado era vendida a los yanquis en unas condiciones óptimas, pues la que ellos hacen anualmente al lado de la frontera con México, se perdió totalmente por unas intempestivas nevadas y el gran estómago de la nación más poderosa del mundo necesitaba de la cosecha del vecino -¡que siempre pagó bastante mal!- y por la que en esos momentos estaban pagando muy buen precio. Y esa situación le sugería una gran idea, según él.

En nuestras conversaciones sobre mi tierra, yo le conté que Canarias era una gran región productora, no sólo de plátanos,

sino también de tomates (en México al tomate le llaman “jitomate”) para la exportación a Europa. Pero le expliqué la diferencia de sistemas en la plantación. En nuestras islas la planta del tomate se eleva del surco por medio de cañas o carrizos a los que se amarra durante su crecimiento, quedando el fruto sin contacto directo con el suelo. En México la planta se desarrolla a nivel de tierra y de humedad, lo que le ocasiona podredumbre al fruto, que además es atacado por insectos de todas clases, ocasionando fuertes pérdidas en la cosecha.

Hacia la mitad del camino hicimos parada forzosa para comer y descansar en Ciudad Mante, famosa por su gran ingenio Azucarero, uno de los más importantes del país y sus enormes extensiones de caña de azúcar.

Después de comer me llevó a saludar y conocer a un pariente suyo que había comprado en la región unas trescientas hectáreas de monte bajo y las estaba acondicionando, poco a poco, para su explotación.

Sin entrar en detalles con el pariente le pidió que le vendiera o alquilara dos hectáreas para hacer un experimento de plantío de tomates con destino a la exportación por la frontera Este de los Estados Unidos.

El pariente, contento de tener alguien de la familia cerca, se las ofreció y le dijo que localizara donde las quería. Buscamos un sitio muy cercano al río y lo señalizamos y medimos. Alquilamos un par de tractores para el desmonte y olvidando el viaje a Monterrey nos instalamos en Ciudad Mante en el único Hotel que allí tenía aire acondicionado pues el calor era “salvaje”. Contratamos unos cuantos peones y como si fuéramos viejos expertos agricultores iniciamos lo que debía ser, a nuestro juicio,

un buen negocio.

Los tractores eran manejados por nosotros y la peonada se ocupaba de recoger el desmonte, elegir los varejones cuyas características les dimos, y barbechar la tierra que tenía un mantillo increíble pues jamás fué cultivada. Conocí entonces cantidad de bichos raros de aquella tierra tropical que huían delante del tractor o que, si eran aprovechables como carne, caían ante los perdigones de nuestras escopetas. Todos los días llevábamos al hotel carne fresca de faisán, armadillo, guajolotes silvestres y palomas torcaes.

Un día me llevé un susto de padre y muy señor mío.

Trabajaba con el tractor arrancando y removiendo el monte bajo, cuando tropecé con un árbol de mediano tamaño que traté de arrancar. Resistía mi maniobra, pero cedió al fin. Al levantarlo se me vino encima enredando sus raíces y ramas en las cadenas de tracción del vehículo, y para desembarazarme de él, dí marcha atrás. En esto salió de entre sus ramas una serpiente de buen tamaño agitando sus cascabeles furiosamente. Erguida, medía más de un metro, pero a mí me pareció un monstruo antdiluviano, enorme, horroroso y amenazante. Paré en seco el tractor y me dispuse a tirarme de él para emprender vergonzosa fuga, cuando sonó un trallazo producido por un varejón lanzado poderosamente y con extraordinaria puntería por uno de los peones que quebró en dos la maldita culebra. Bajé del tractor, todavía tembloroso y me acerqué donde agonizaba el animal y le dí las gracias al peón que, tan oportunamente le acertó con la vara.

- ¿Quiere conservarla, patroncito?, -me dijo sonriente- Esta noche en mi casa se la arreglo para que la conserve como recuerdo. Acepté agradecido y aquella cascabel estuvo colgada en la

puerta de mi cuarto por mucho tiempo, y aún muerta, dió más de un susto.

Teníamos prisa por hacer nuestro experimento en el tomate y aceleramos la terminación del desmonte de la primera hectárea. Volteamos la tierra, la surcamos y preparamos el riego. Se hicieron almácigos utilizando semillas canarias compradas en Estados Unidos; instalamos una motobomba apropiada a orillas del río y después de trasplantadas las matitas enseñamos a los peones mexicanos a deshijarlas oportunamente, a clavar los varejones formando un ángulo entre surcos y a sujetarles los soportes de carrizo a ambos lados para, más tarde, poder amarrar a ellos las ramas ascendentes; les dijimos cómo y por qué había que azufrarlas y en fin todo cuanto yo me acordaba de como lo hacían los agricultores de mi pueblo.

El éxito fué fulminante. El fruto nació y se crió grande y hermoso en una cantidad increíble. Trabajamos en la recolección más de dos meses enviando camiones y más camiones de tomates a Nuevo Laredo y otras poblaciones fronterizas con buen resultado económico para todos. Por indicación de Roberto y su pariente habíamos cosechado un tomate tempranero y entramos al mercado “gringo” antes de que ellos empezaran a recolectar sus cosechas. Pero el trabajo era durísimo en aquel clima infernal. Nos molestaba hasta la camisa veraniega y los tábanos se nos posaban, en el cuerpo desnudo, por centenares. Logramos combatir esa plaga con el D.D.T., que, entonces, empezaba a usarse, pero la feroz mordedura del sol implacable nos obligaba a trabajar de las cinco de la mañana hasta las once para volver al tajo a las seis de la tarde. Los nativos aguantaban bien esa mordida del astro rey pero nosotros éramos gente de sombra.

Económicamente nos fué muy bien pero al año siguiente eran tanto los cosecheros de tomates de Ciudad Mante que los precios se derrumbaron en la frontera y hubo que tirar gran parte de la cosecha por falta de mercado.

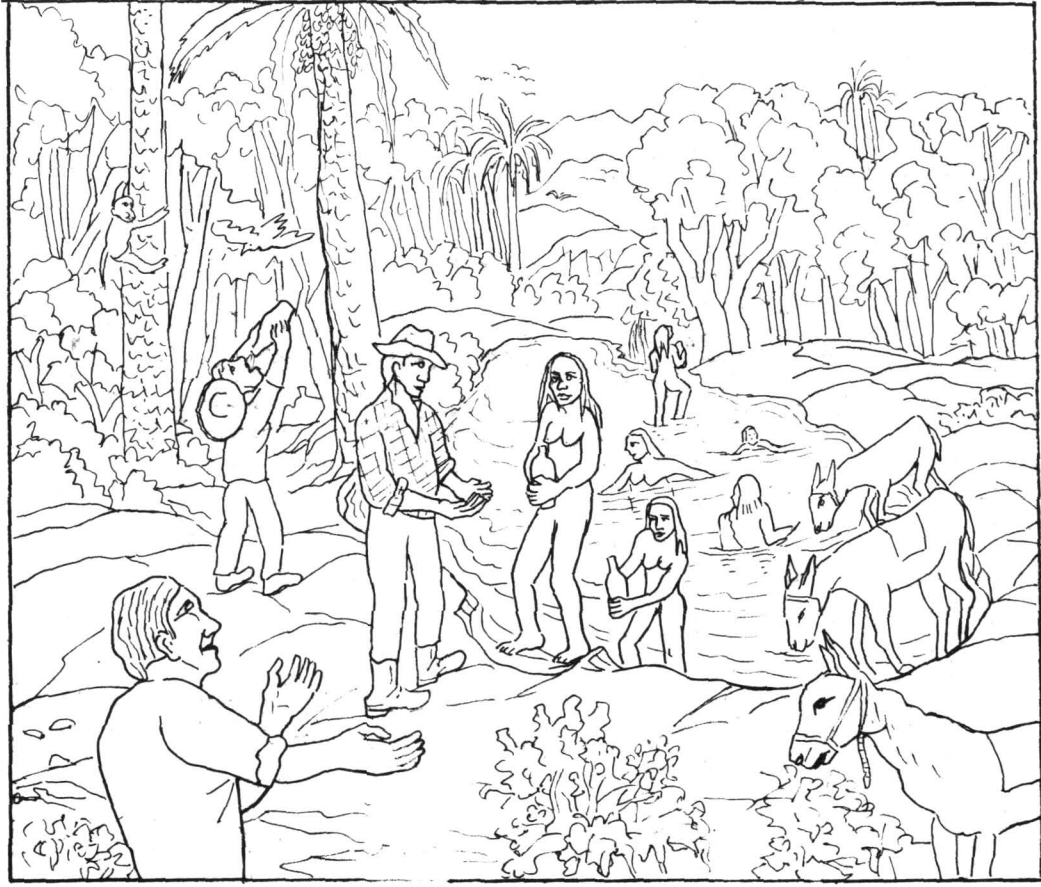
Una mañana muy temprano, estábamos Roberto y yo preparando la faena del día y mientras nos limpiábamos la cara del sudor me apoyé en una pared de piedra que habían levantado los muchachos para hacerse una sombra donde fumarse un cigarro en los descansos. Estaba pegado a ella y de pronto Roberto cesó en su charla mirando fijamente a un punto detrás de mí.

- ¡No te muevas, ni te asustes! -me dijo- detrás de tí y entre las piedras de esa pared está saliendo una coralillo. No hagas ningún movimiento extraño hasta que yo te diga, ¡salta!; tírate entonces al suelo de frente, y gatea hacia mí lo más rápido que puedas . . .

Yo presentí que el animal estaba cerca de mí y esperé la voz de mi amigo tenso y un poco asustado. De pronto Roberto me dijo:

- ¡Ahora!, y me tiré de bruces al suelo al mismo tiempo que sonaba un tiro. Me levanté en el acto y ví a Roberto con la pistola en la mano y una pequeña serpiente con manchas rojas y negras que estaba muerta en el suelo. Sentí un escalofrío por toda la espalda y un temblor en mis piernas.

- ¡Mírala!. Su picadura es mortal si no se acude rápidamente a inyectarse el antídoto que aquí no hay. Si te hubiera picado ahora hubiera terminado tu aventura política en tierras mexicanas. No habrías podido llegar a tiempo al hospital del pueblo.



COQUITO DE ACEITE

De abundante cabellera entrecana, a pesar de sus 52 años, corpulento, un tanto barrigón, vestido a la usanza del norte, -pues norteño era sin lugar a dudas- camisa a cuadros, pantalón vaquero y sombrero tejano con botas de alto tacón, Roberto Rodríguez Iruretagoyena, mestizo de criollo y vasca, fué uno de los mejores amigos que tuve en el exilio. Con su vitalidad y simpatía impresionantes; arrollador carisma; vozarrón y carcajada estruendosa, Roberto llamaba la atención donde quiera que estuviese; comía más que “una lima nueva” especialmente carne. Los “tibones” y “agujas” eran su debilidad gastronómica acompañados, si era posible, de un buen tinto español. No gustaba de licores fuertes, como el tequila, el mezcal o el coñac. Pero la cerveza “las teporochas” bien frías, le hacían feliz.

Gran compañero de viajes, entretenía con sus relatos y descripciones, productos de su imaginación desbordada. Roberto era el clásico mentiroso que creía sus propias mentiras. Dotado de

extraordinaria memoria, jamás se olvidaba de lo que había dicho ni de las personajes tratados en su agradable conversación.

Cuando tenía dinero era generoso y presumido, pero cuando no lo tenía se comportaba igual con el dinero de los amigos; prometía devolverlo tan pronto pudiera, lo que no hacía jamás, pues, desde su desenfadado punto de vista, le faltaba siempre la memoria.

México, capital, vivía por aquellos días la euforia de los negocios fáciles, generados por la guerra mundial. Se compraba y se vendía todo. Tratábamos de imitar a los judíos, pero sin el olfato y habilidad de ellos. Desde catres de campaña para el ejército yanqui, ginebra prefabricada en casa por personajes políticos exiliados, hasta cobre electrolítico, aceros inoxidables o barcos, tanques, todo era objeto de especulación callejera, o, como más nos gustaba a los españoles, de ofertas y demandas sentados en los cafés. Se hacían éstas de artículos y productos que, en muchos casos, jamás habíamos visto.

Una gran fábrica de jabón pidió a Roberto un producto que él conocía muy bien: coquito de aceite. Es el fruto de una palmera tropical del que se obtiene un aceite especial para fabricar jabón de tocador. Por el norte del país, donde él había nacido, se producía esta palmera, y me propuso ir a Sonora, en su búsqueda. Pero quiso la casualidad que alguien le informase que esa producción ya estaba comprometida, pero que donde había mucho coquito en estado silvestre era en las costas de Oaxaca, más al sur. Hicimos averiguaciones y encontramos en la Capital a unas personas dueñas de terrenos en esa zona del país, que nos ofrecieron el producto en cuestión. El único inconveniente estaba en que ni el oferente propietario ni nadie de su familia había estado nunca en esos lejanos terrenos; sí, eran pro-

pietarios de las tierras, pero no tenían más dominio sobre ellas que unos viejos papeles casi ilegibles, escritos en la época de la Colonia. Uno de los copropietarios nos recomendó ver un representante suyo que vivía en un pueblecito de la sierra de Oaxaca: Tututepec. La única forma de ir era la vía aérea desde la capital del Estado. Viajamos por carretera 600 Kms. hasta esa ciudad. Dos días más tarde abordamos un “anciano” avioncito que hacía la ruta Oaxaca-Pochutla-Tututepec-Pinotepa Nacional. Los pilotos, resultaron ser dos refugiados españoles que allí se ganaban la vida exponiéndola todos los días.

El fuselaje de aquel aparato de dos motores, tenía la forma de un cajón alargado con bancas adosadas a los laterales y en las que tomaron asiento seis mujeres indígenas y un niño. Nosotros tuvimos que viajar en la cabina de mando pues el resto iba ocupado por cestas, gallinas, telas, sacos, etc. Antes de arrancar, uno de los pilotos pidió a voces al mecánico del taller de aeropuerto, un alambre para amarrar una pieza del tren de aterrizaje. (i)

Una vez en el aire pronto llegamos a un punto en que la visibilidad quedaba anulada por una espesa cortina de nubes, por lo que el avión empezó a dar vueltas en círculo. Preguntamos y el copiloto, andaluz él, nos dijo:

- Tenemos que esperar a que el viento se lleve esa nube porque este vehículo no tiene más techo. Detrás de esa niebla hay un picacho de la Sierra Madre por entre los cuales podremos pasar al otro lado . . . (i)

Finalmente, cuando el tiempo despejó, el viento hizo lo que había predicho el copiloto paisano de Curruto de la Cruz, y el cacharro aquel sobrevoló la serranía.

Entre montañas y profundos barrancos, divisamos un punto que nuestros conductores nos señalaron:

- ¡Ahí está Pochutla!, la tierra del mejor café del mundo. ¡Pronto aterrizaremos! . . .

- ¿En dónde? -pregunté incrédulo-, ¿en ese hoyo? . . .

- ¡Si, ahí! Ahora lo verá usted.

El avión entró casi en picado iniciando una primera espiral para librar las abruptas paredes montañosas; en la segunda, enfiló hacia un pequeño valle sobre el que se asentaba el caserío pues no otra cosa era Pochutla. Corrió por la pequeña pista, metió los frenos y, a escasos veinte metros de la barranca que la cortaba, giró sobre sí mismo para quedar parado frente al barracón del aeropuerto.

Casi todo el pasaje, con sus cestas, sacos y animales domésticos bajó en Pochutla y los pilotos nos invitaron a tomar una taza de café cuyo olor y sabor no tenían comparación. Nos explicaron:

- Esta montañosa región produce mucho y muy buen café. Café que no se conoce en México porque toda la producción está vendida, por cosecha, a empresas norteamericanas. Para llevárselo han hecho ahí abajo un puertecito al que llaman “Puerto Angel”. Pequeños barcos de cabotaje vienen por él en la época correspondiente y traen productos “gringos” que necesitan cosecheros.

Yo miraba las montañas y trataba de adivinar como saldríamos de allí. De que los pilotos lo harían estaba seguro; ellos iban y venían por la ruta desde hacía bastante tiempo, pero,

¿cómo?... No tardamos en saberlo a costa de pasar un miedo espantoso. Ascendieron en espiral, como habían bajado, hasta salir del agujero mientras nosotros sentíamos que se nos iba la cabeza y se nos revolvía el estómago; eran las mismas evoluciones que habíamos visto en los combates aéreos en nuestra guerra. ¡Auténtica maniobra de un caza en combate!

Enfilaron la nave hacia el mar que se veía allá abajo y descendimos hasta poca altura sobre la costa y en dirección al norte. Más de una hora sobrevolamos una gran extensión poblada de miles de palmeras que Roberto reconoció como las productoras del famoso “coquito” que necesitábamos. Todo el paisaje era verde. Un verde tierno que empezaba a la orilla del mar justo donde se desdibujaba el blanco perfil de lo que se suponía era la playa, ascendía a la derecha hacia la serranía altísima, cambiando los tonos de verde claro hasta el oscuro de los bosques. Ya cerca de nuestro destino divisamos un enorme río que se deslizaba en la llanura poblada de palmeras y enlazaba con el mar.

- Es el río Verde... -nos informó el piloto-, uno de los más grandes de toda esta zona.

Pasando el río y su desembocadura, el avión enfiló de nuevo hacia la sierra sin variar la altura. De pronto vimos un claro en el bosque; un simple desmonte en el cual pastaba abundante ganado vacuno.

- ¡Ese es el aeropuerto de Tututepec!

- Y, ¿ahí vamos a aterrizar?... ¿con ese ganado pastando tranquilamente? . . .

- ¡Fíjese como!... -dijo el piloto y, descendiendo vertiginosamente dió un pase sobre la pista haciendo rugir los motores. El ganado salió de estampía, el aparato viró y regresó al punto don-

de empezaba la pista, tomando tierra a unos metros del acantilado cortado a pico sobre el mar. Rodó por aquel pedazo de bosque afeitado y cubierto de alta hierba, parando, casi en cuesta, al lado de un cobertizo rústico sobre el cual un letrero de madera pintado a mano, decía pomposamente: AEROPUERTO DE TUTUTEPEC. A la sombra del cobertizo un ciudadano vestido de negro, mal encarado, barbón, empistolado, nos miraba y levantada la mano saludando. El piloto aclaró:

- El pueblo está a media hora de aquí, ahí arriba... -y señalaba la sierra-. El señor que nos espera es el jefe del Aeropuerto, recepcionista, Presidente Municipal, maletero, Juez de Paz y representante de nuestra compañía. El los llevará al pueblo y les proporcionará alojamiento. Pasado mañana regresaremos para recogerlos, les rogamos nos esperen aquí.

Pié a tierra nos encaminamos hacia el Sr. Jefe del Aeropuerto, Don Feliciano, a quien saludamos. Era la persona a quien deberíamos entrevistar para el negocio. Nos dijo haber recibido carta desde la capital y que estaba a nuestras órdenes. Mientras recibía del copiloto la saca de la correspondencia, paquetes, documentos, etc... Roberto me hizo un comentario en voz baja que me puso alerta:

- ¡No me gusta nada este “indio tepuja” vestido de luto! ¡Se me antoja que es de los que dicen en mi pueblo: “que se cagan en el muerto y en los cuatro que lo llevan”! ¡Pónte “aguizado” canario! . . .

El avión, con sus tripulantes, levantó el vuelo y partió hacia su última etapa: Pinotepa Nacional, pueblecito del vecino estado de Guerrero, famoso por los temblores que en su zona se producen con mucha frecuencia, y destino final de aquella alucinante ruta.

A un lado del campo de aterrizaje se veía la mole de un gran avión de transporte que, ya sin motores, estaba abandonado. El Sr. Feliciano nos informó que el tal avión se quedó allí después de un peligroso aterrizaje en el que perdió parte del tren y el ala derecha.

A la vera del cobertizo esperaban tres caballejos, desnutridos y esmirriados que debían transportarnos al pueblo. Fuera ya de los límites del campo, se veía una choza de techo cónico cubierto de hojas de plátano secas y paredes embarradas a cuya entrada cocinaba, en el suelo y con leña, una indita rodeada de dos niños pequeños.

Con el Sr. Feliciano a la cabeza y en fila india tomamos la vereda que nos había de llevar al pueblo y que conforme se adentraba en el espeso bosque, se convirtió en un túnel de frescura que nos defendía del intenso calor. Loros, papagayos y monos sostenían en la enramada una algarabía formidable durante casi todo el trayecto. A la mitad del camino, más o menos, encontramos una especie de estanque o charca en la que se bañaban cinco o seis mujeres y algunos niños, todos en completa desnudez. A petición del Sr. Feliciano nos dieron de beber en unas jícaras que llenaron del chorro que surtía aquel charco, mientras los caballejos bebían directamente en él.

Media hora después de la penosa subida llegamos a Tututepec. Unas doscientas o más chozas de palo y barro y techo cónico, recubierto de hojas de palma, que se arremolinaban alrededor de una iglesita sin pretensiones. Un edificio de mampostería al fondo de la plaza: el Ayuntamiento. La tienda de “abarrotes”, la casa de D. Feliciano y un galerón también de mampostería, la escuela, en cuyo palo-bandera ondeaba la enseña nacional, completaba el paisaje “urbano” de Tututepec.

Don Feliciano nos llevó a la tienda, que era a la vez fonda, donde nos presentó al dueño; un burgalés, pasadito de años, simpático y tan deseoso de hablar con un paisano que abandonó la venta en manos de su mujer para venir a sentarse a la mesa donde tomábamos un tequilita con sangría y pedíamos algo de comer. Nos atendió muy bien, dentro de sus escasas provisiones y a mis preguntas nos respondió y contó que llevaba viviendo allí más de treinta años; que tenía dos hijos varones que estudiaban en la capital; que cada quince días venía un avión de carga a traerle lo que necesitaba y se llevaba los puercos, guajolotes (pavos), ganado menor, etc... que él reunía de lo suyo y de lo de sus vecinos.

Le informamos de nuestros propósitos. Arrugando el poblado entrecejo nos dijo:

- Efectivamente, Feliciano representa a esos señores de la capital que jamás han venido hasta aquí. Feliciano es el cacique de esta contornada. Amo de vida y haciendas, ha dispuesto, desde siempre, de lo que producen esas tierras que nadie planta ni cultiva. El “coquito de aceite” y el “ajojolí” silvestre, lo cosechan los inditos y mulatos residentes en esta zona con su consentimiento, pero con la obligación de vendérselo sólo a él. No creo que pueda interesarle lo que ustedes pretenden. En fin, traten las cosas con mucho cuidado y no olviden que en esta tierra se practica el “venadeo”. (Consiste el “venadeo” en disparar sobre el enemigo sin ser visto por la víctima).

Aquella noche dormimos muy preocupados y acordamos que Roberto hablara con él en su casa y tanteara el terreno. Así lo hizo y del resultado de aquella entrevista privada dejamos el pueblo al día siguiente después de despedirnos del burgalés. Re-

gresamos al campo aéreo a esperar allí el retorno del avión. El calor era insufrible y el río Verde estaba cerca. Nos acercamos a la orilla derecha donde vimos unas cuantas mujeres y niños bañándose y lavando ropa. Les compramos un pedazo de jabón y tal como nos habían parido nuestras madres nos metimos al agua a retozar y refrescarnos. La otra orilla estaba como a unos doscientos metros. Observé que en ella se movía algo como troncos de árboles y pregunté a uno de los chicos que nadaban cerca de nosotros, si había algún aserradero río arriba y si bajaban los troncos aprovechando la corriente del río. Me dijeron que no y entonces señalé hacia lo que parecían troncos que se movían como impulsados por la corriente, diciéndoles:

- ¿Y esos que se mueven allá lejos? . . .
- Eso no son troncos señor, son lagartos . . .
- ¿Qué? ¿Lagartos?... ¿Quieres decir, cocodrilos, caimanes? . . .
- Si señor, ¡pero no hacen daño! . . .

A toda prisa nos vestimos y salimos “tumbando caña”, hacia el campo de aterrizaje.

¡Habíamos hecho un viaje muy pintoresco: arriba en el pueblo un cacique que “venadeaba” a los que venían a estorbarle y acá, en el río, “lagartos” que no hacían daño! . . .

Para acabar de tranquilizarnos nuestro “cajoncito con alas” no llegó y ya en la noche no teníamos deseos de volver al pueblo. Así que revisamos el fuselaje del avión de carga abandonado y decidimos pasar la noche en su interior. La indita y su marido, que vivían en la chocita al lado del cobertizo, nos vendieron una tortillas de maíz, unos frijoles cocidos y una taza

de café de olla, que por aquella zona es muy sabroso. Nos sentamos en la cabina de mando y nos dispusimos a descansar, pero haciendo guardia por turnos. Disponíamos de sendas pistolas escuadra de 32 mm. con dos cargadores de repuesto que habíamos comprado en Oaxaca. Precaución muy necesaria, según mi compañero, en aquel viaje a plena sierra. La primera guardia la hice yo; la segunda Roberto y a la tercera ya cerca de las dos de la mañana, empezó a moverse el fuselaje y a crujir como si alguien tratara de entrar a él. No necesité despertar a Roberto. Uno a cada lado de la puerta esperábamos defender nuestras vidas. Pero ni entraba nadie ni se paraba el movimiento y los crujidos. De pronto todo quedó en calma. Por las ventanas laterales escudriñamos la oscuridad. Nada se movía. Pistola en mano nos bajamos del avión y recorrimos los alrededores de la nave y, segundos después volvió a brincar y a crujir el fuselaje.

Roberto exclamó:

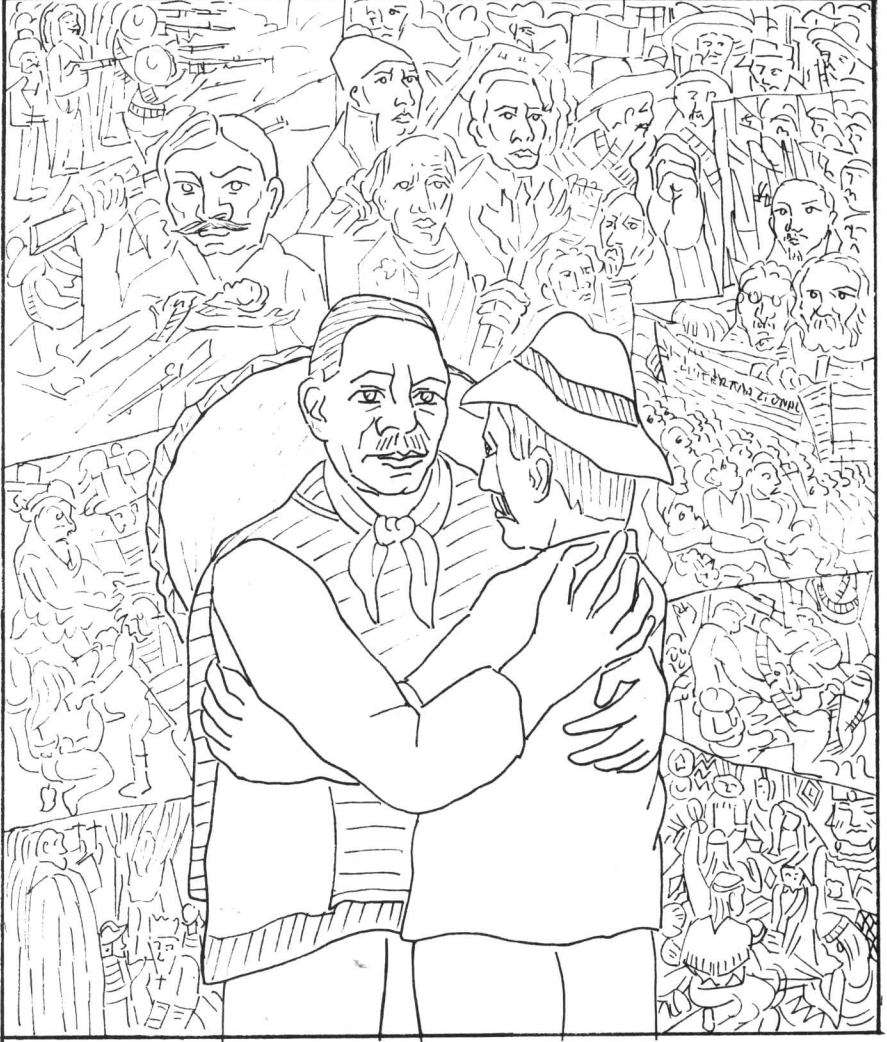
- ¡Es un terremoto! ¡Maldita sea! ¡Es un terremoto! . . .

Y soltamos la carcajada. Decidimos quedarnos ya en tierra a esperar el amanecer que no tardó en llegar entre temblores y pausas, iluminados los cielos por una inmensa llamarada roja como sólo se ve en el trópico.

A mediodía llegó el avioncito que nos llevó de nuevo a la ciudad de Oaxaca . . .

EL COMPADRE

Entre mis buenos amigos mexicanos se contaba D. Carlos Villareal. Mestizo de india y español, cincuentón, viudo, de pelo entrecano, bigote recortado, algo barrigón pero todavía con buen aspecto. Hombre honesto y muy trabajador, fué muchos años Agente de Seguros lo que le permitió amasar una pequeña pero jugosa fortuna, tener una casa propia en la Colonia Chapultepec-Morales, ser socio del Centro Asturiano (por parte de su padre) disfrutar de un buen “carro” y un pequeño apartamento de veraneo en Veracruz (por parte de su madre) amén de otras comodidades de pequeño burgués. Su vida transcurría entre sus clientes antiguos y modernos, comida en el Restaurant del Centro, alternada con el Restaurant Catalán (ambos de mucha fama entre el público capitalino), partidas de dominó allí mismo y las comodidades de su casita que atendía una sirvienta, india michoacana, que lo era desde cinco años antes de que falleciera su esposa. Aficionado a la caza fuimos, más de una vez, a tirar a



los patos en las lagunas cercanas a la Capital.

Villareal solía llegar a su casa hacia las diez de la noche, cenaba frugalmente, oía las noticias de última hora que emitía la XEW, leía una hora y se acostaba sin mayores preocupaciones. La noche a que voy a referirme era muy calurosa. El Sr. Villareal regresó algo más temprano que de costumbre pues había andado mucho durante el día y sentía la necesidad de una ducha antes de acostarse. Abrió el cancel del jardín y observó con disgusto que Guadalupe, su sirviente, se había olvidado de encender la luz exterior de la puerta de entrada. Apretó el conmutador y la lámpara no se encendió de lo que dedujo que, o había una avería o un apagón general como otras veces. Penetró al recibidor y tampoco aquella lámpara se encendió. Llamó a voces a Guadalupe y en la oscuridad, tanteando, se dirigió al despacho donde tenía una linterna eléctrica pequeña propia para estos casos en el cajón central de la mesa. Alargó la mano hacia el cajón y sintió la frialdad de su pistola automática, antes de tocar la linterna. En ese momento un poderoso haz de luz rasgó las tinieblas y una voz masculina desconocida le conminó imperiosamente:

- ¡No se mueva, -levante las manos! . . .

Sin inmutarse, D. Carlos, agarró la pistola y se volvió lentamente hacia la puerta de la sala, donde un sujeto le amenazaba con un formidable cuchillo y avanzaba hacia él.

- ¡Repito que no se mueva y levante las manos!... ¡Entrégue todo el dinero que tenga y no le haré nada! -resongó el ladrón-.

- ¡El que tiene que no moverse es usted!... ¡Y levante las manos!... -dijo Villareal apuntándole con la pistola.

Sorprendido el ladrón, lanzó el cuchillo a Villarreal que lo esquivó ágilmente. Mientras llevaba la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacaba un revólver. Antes de que pudiera hacer uso de él, Villarreal disparó sobre el ratero que se desplomó en el suelo como fulminado por un rayo, dejando caer la linterna y la pistola.

Rápidamente se dirigió a la cocina donde encontró a Guadalupe tirada en el suelo amordazada. Le quitó la mordaza y la desató preguntándole:

- ¿Qué pasó Lupita?, ¿qué le hicieron?, ¿está herida? . . .

- No, señor, sólo magullada. Estaba aquí en la cocina preparándole al señor el vaso de leche y sus panecitos dulces, cuando entró ese hombre y me amenazó con un cuchillo. No preguntó nada sino me amarró y me puso ese pañuelo en la boca para que no chillara. Apenas lo acababa de hacer cuando oímos la llave en la puerta de afuera. Quitó el fierro del contador de la luz y todo se quedó a oscuras. Luego se escondió aquí hasta que usted pasó para el despacho llamándome y no sé más sino que sonó como un balazo y pensé si lo habría matado a usted, señor.

D. Carlos levantó el interruptor, encendió las luces y se dirigió al teléfono desde donde llamó a la Jefatura de Policía y también a su compadre, D. Terencio Muñiz, alto cargo del gobierno. Luego le dijo a Lupita:

- Dentro de un rato llegará la policía. Dígale todo lo que me ha contado a mí. Probablemente yo saldré con ellos. Aquí se queda usted a cargo de la casa hasta que yo regrese. A los amigos que llamen cuénteles lo que ha pasado, ¿entendido Lupita? . . .

- ¡Si, señor! . . .

Momentos después llegó la policía judicial (una de las muchas organizaciones policíacas que hay en el D.F.) tomaron fotos, levantaron el cadáver y se llevaron detenido al Sr. Villareal.

De acuerdo con las leyes del país el ciudadano que mata a otro ha cometido un delito. Aclarar que el delito se ha cometido en defensa propia cuesta tiempo, dinero y malos ratos. Y aquí es donde entra en juego la figura que encabeza esta anécdota. El Compadre.

El Compadre, así con mayúsculas, no es, en México, solamente el padrino de un hijo o hija nuestro en el bautizo. Es ser o tener un verdadero amigo en cualquier terreno que se ofrezca; un amigo capaz de ayudar a uno en no importa que situaciones difíciles se encuentre; un compromiso serio, una especie de código de honor que confiere derechos y obligaciones insoslayables a ambas partes. Entre los derechos está el de ayudarse mutuamente el uno al otro en cualquier contingencia y entre las obligaciones las de proteger al ahijado en todos los momentos que lo necesite como si fuera un hijo propio.

El compadrazgo y la amistad son virtudes indiscutibles entre los mexicanos sea cual sea la clase social a que pertenezca.

Un estupendo escritor, Marco A. Almazán, maestro del humorismo mexicano, autor de la regocijante obra "EL REDIEZCUBRIMIENTO DE MEXICO", al describir magistralmente el compadrazgo en México, dice:

"... el compadrazgo reviste atribuciones mucho más amplias que la de un simple parentesco espiritual. En otros países el compadre es meramente el padrino del hijo nuestro, o bien el

progenitor de una criatura a quien nosotros apadrinamos en la pila bautismal.- Es, por decirlo en términos comerciales, un simple aval...” “En México los compadres son mucho más que eso. Además del lazo espiritual que los une, se establece una relación de ayuda, y más que de ayuda de defensa mútua”... “El compadrazgo está muy encima de cuestiones legales, de normas éticas o de convicciones políticas”... “El compadre es el único ser a quien el mexicano no le mienta la madre”.

Y D. Carlos Villareal tenía muchos compadres entre sus paisanos que acudieron de inmediato al quite en aquel desgraciado accidente. Antes de las primeras veinte y cuatro horas del percance ya estaba nuestro amigo en libertad condicional y dedicado a sus labores hasta que su caso se viera en los Tribunales correspondientes.

Asumió la defensa del Sr. Villareal uno de los pocos abogados exiliados en México que abrió su despacho en la ciudad después de revalidar su título. Era un canario: José Junco Toral, Diputado de la perdida República Española, por el P.S.O.E. de Las Palmas. Algunos compadres y amigos de D. Carlos le pedimos que lo defendiera pues también era amigo suyo. Su discurso o alegato ante el Tribunal que vió la causa meses después, basado en el legítimo derecho de defenderse causó muy buena impresión entre los abogados mexicanos y la prensa del país.

En varios casos parecidos al de esta anécdota los conceptos, sobre este tema de la legítima defensa, expresados en aquel entonces por nuestro compañero y paisano Junco Toral, han vuelto a salir a la luz pública. Hace escasamente un año, se aprobaron leyes reconociendo ese derecho.

Pero el Compadrazgo forma parte desde hace muchos años de la “Jurisprudencia” popular de ese gran pueblo. Para mí representa la quintaesencia de la amistad tal y como se comprende y practica en la República Mexicana.



PELEA DE GALLOS

Habíamos decidido hacer un viaje al norte de país, a la ciudad de Torreón en el estado de Coahuila, para asuntos de negocios. En México, en aquella época al menos, la rutina del empleo a sueldo se deja en manos del mestizo o del indio. Rara vez se ve un criollo o extranjero que trabaje por un jornal, ni semanal ni mensual. El mestizaje de cierta preparación ocupa desde los altos puestos políticos, o los jefes o gerentes de grupos industriales, o cargos gubernamentales. Un viejo amigo que ocupó siempre cargos públicos de bastante importancia decía que “vivir fuera del Presupuesto era vivir en el error”. Entra un gobierno nuevo cada seis años y todos los cargos, o casi todos, se renuevan con los amigos, los parientes o los correligionarios del PRI (Partido Revolucionario Institucional) que ayudaron a la elección del mandamás de turno. Por eso, Roberto, que era criollo, trabajaba siempre en negocios propios, sin jefes que obedecer, ni salarios que esperar. Unas veces le iba bien y otras mal, pero nunca le

faltaba un algo que vender, ni una comisión que ganar.

Esta vez, como antes dije, íbamos a Torreón a tratar de hacer un negocio. Cientos de kilómetros de carretera no le arrebatarán a ningún mexicano que, dicho sea de paso, es el mejor conductor de automóviles del mundo y el que más kilómetros aguanta sin cansarse. A Torreón había más de 900 kilómetros de carretera que mi amigo se hizo de una sola jornada. Lógicamente, al llegar a la ciudad yo, que no había manejado el vehículo ni un solo kilómetro, estaba derrengado, hambriento, sediento y con enormes deseos de llegar a un confortable hotel para tomar un baño y un descanso de alguna horas, tumbado en la cama.

Pero al llegar a la ciudad vimos que la gente, en grandes grupos, se dirigía a la entrada de lo que debía de ser un Estadio de deportes. Y mi querido amigo se acordó de que esa noche se jugaba allí un decisivo partido de beisbol entre los dos mejores equipos de ese deporte en México. Encaminó el automóvil a la puerta del Estadio, sacó dos entradas y en vez de la mullida cama que venía añorando desde algunas horas antes, me encontré frente a unos graderíos llenos de aficionados a un deporte que yo no conocía, ni había visto jugar nunca.

Con la mirada buscó un palco que, por supuesto, él conocía y satisfecho de lo que había visto me pidió que lo siguiera. Llegamos a la puerta cerrada de uno de ellos y la abrió sin titubear, con grandes gritos, llamando a los que dentro estaban. Bien surtidos de bebidas y alimentos, trasegando vinos españoles y “delicatesen” enlatadas de la mejor calidad y procedencia, nos acogieron con gran camaradería y nos invitaron abrazando a mi compañero quien me fué presentando aquella tropilla de “bons vivants” que allí se habían congregado para asistir al famoso partido.

Eran personas que vivían en la ciudad y que Roberto conocía muy bien, y que a juzgar por las muestras lo estimaban mucho. Por lo pronto, se empezó a cumplir para mí uno de los sueños de mi viaje: comer y beber.

Empezó el partido que mi amigo me iba explicando. Aquel Estadio se convirtió en una casa de locos; vivas, muertas, aplausos, silbidos, flamear de banderas de todos colores a los sonos de pequeñas bandas de música que tocaban sin parar aires deportivos de la tierra. Jolgorio general. Se me fué el deseo de dormir y participé con todos en defender los colores que ellos defendían, el lamentar lo que ellos juzgaban lamentable y en alegrarme con sus alegrías. A ello contribuyó, en no poca escala, aquel tintorro riojano que fluía sin cesar yo no sé de donde, y la beatífica disposición de mi estómago que poco a poco se fué calmando con las vituallas trasegadas.

Terminó el partido con la victoria del equipo local, lo que ya fué el “desideratum”. Uno de los que allí estaban, criollo, se llamaba como yo y recordó a todos que era día de nuestro santo y nos invitó a comer en su finca cercana a la ciudad, pegada a Torreón, pero en otro Estado limítrofe. Se llamaba Gómez Palacio, de la que él era, nada menos, que el Alcalde y propietario de una bodega de mucha fama. Allá nos trasladamos todos.

Estaba, por supuesto, su familia y sus amigos políticos y habían preparado una comida muy del país, cuyo plato principal era carne de res, “agujas”, rociadas con salsa picante que las hacía muy deliciosas. El festejado mandó traer de la bodega un aguardiente añejado que nada tenía que envidiar a cualquier buen coñac. El nombre del licor era “GOTA DE ORO” y realmente tenía un color dorado y un sabor y olor exquisitos.

Concluída la comida, el grupo, del que ya formábamos parte Roberto y yo, nos fuimos de la finca llevando varias botellas de "GOTA DE ORO" para asistir a un palenque privado de Torreón donde se nos invitaba a presenciar y jugar peleas de gallos.

Desde la administración del general Cárdenas todos los juegos de azar estaban prohibidos en el país, y entre ellos las peleas de gallos. Pero éstas se celebraban en todas las fiestas y ferias tomando la precaución de hacerlas discretamente y sin la presencia en ellas de niños y mujeres.

Cuando llegamos al "palenque" ya estaban jugando. Establecido en el patio de una casa solariega muy grande, el anillo para las peleas se formaba en el suelo. Yo nunca fuí aficionado, en mi tierra, a ese tipo de espectáculos, pero allí, y bajo el impulso de aquel estupendo aguardiente me sentí muy entendido en ellas y al ver que los gallos llevaban afiladísimas navajas de acero amarradas a sus patas por expertos (Roberto era uno de ellos); que a los gallos los hacían pelear en un pequeño círculo que formaban los mismos espectadores; que los "echadores" sujetaban sus respectivos animales y los hacían encolerizarse antes de la pelea, poniendo uno frente al otro y luego los soltaban y los dejaban pelear un rato para volver a recogerlos del suelo, limpiarlos, untarle en las afeitadas crestas pimienta, picantes, chiles, lo que los ponían furiosos, perdí un poco mi ecuanimidad normal y empecé a gritarle a los "echadores" que dejasen a los animales que pelearan a gusto y hasta creo que agarré a uno del público increpándole porque daba órdenes a su experto "echador" para que recogiera su gallo -que iba perdiendo-. Alguna majadería se me escapó en la euforia del alcohol ingerido, porque el señor en cuestión se enderezó y echó mano a la cintu-

ra donde portaba tamaño pistolón mirándome con muy mal ceño y en plan de hacerme callar de manera más que convincente.

Me sentí levantado del suelo y llevando hacia atrás de las filas de espectadores seguido por aquel sujeto y por varios de los amigos de Roberto que fué el que me levantó en vilo. Algo instintivo me obligó a callarme sin dejar de mirarle y el Alcalde, mi tocayo, intervino diciéndole a mi agresor:

- Perdone, mi general, el señor está un poco bebido y no conoce nuestras costumbres. Es de los “refugiados” españoles que ha traído al país el General Cárdenas con motivo del final de la guerra civil. Procede de una región española donde también juegan gallos: de las Islas Canarias. Por lo visto allí las peleas se hacen de otra forma y el vino le ha hecho protestar de como lo hacemos nosotros y desde luego sin ánimo de ofensa a usted, mi general. Es un profesor y es educado. Tan pronto lo gremos que se le pase la ofuscación le dará una excusa . . .

El ciudadano era nada menos que el General Jefe Militar de la Plaza. Se percató de lo que pasaba y sonriendo dijo al Alcalde:

- Está bien, D. Juan, si usted lo fía y es su amigo, aquí muere la cosa. Pero cuando se le bajen las copas al “españolito” dígale que quiero hablar con él.

- ¡Sí mi general, descuide, se lo diré!

Me dieron un par de tazas de negro y oloroso café de olla, que tan bien se hace en todo México y una hora después ya estaba en mis cabales y pude apreciar lo que habían hecho por mí mis nuevos amigos y especialmente Roberto, que me libró de las tremendas consecuencias de mi actitud.

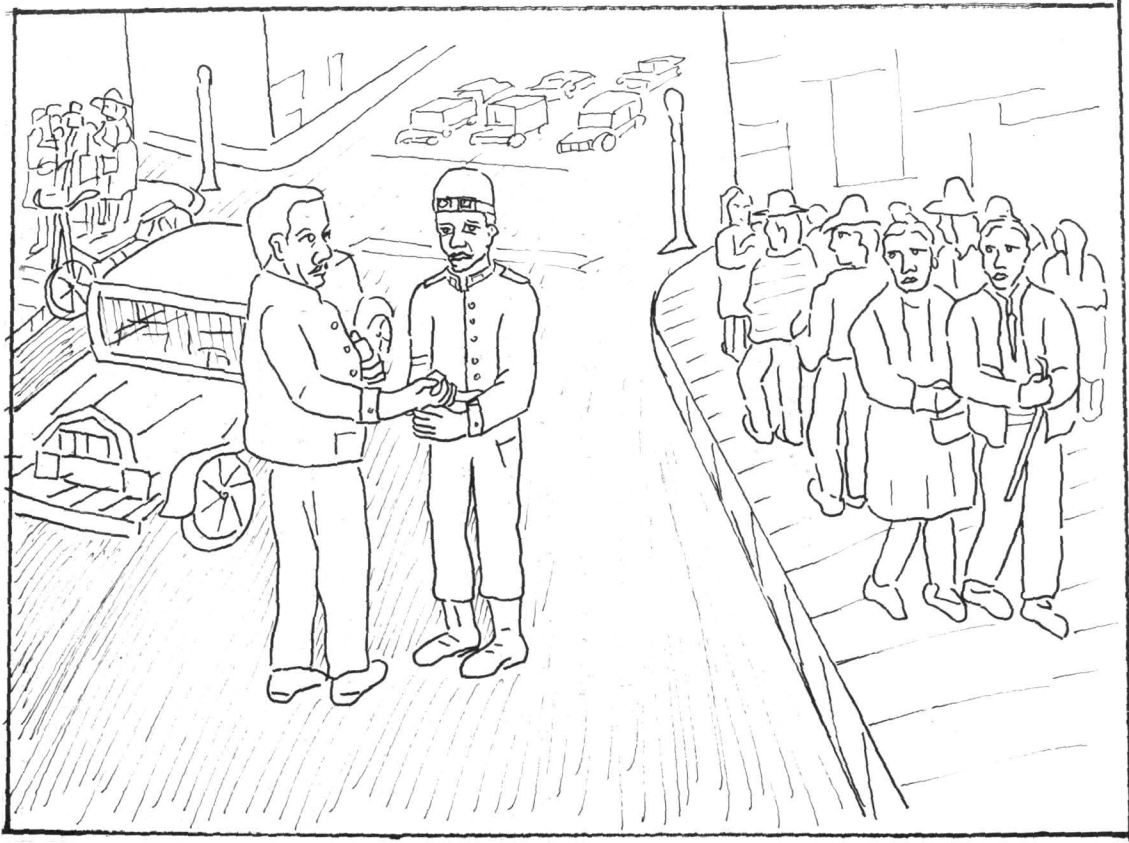
Juré no probar una copa más y dar mis disculpas a aquel ciudadano cuya autoridad en los lugares de su mando no tiene discusión.

Terminadas las peleas, y normalizadas las cosas me presenté al general, me disculpé con él y le pedí perdón por mi absurda actuación. Hablamos de España que él conocía; de la guerra; del General Cárdenas de quien era muy amigo y compañero de armas. En otro aspecto se identificó y me dijo:

- ¡Hermano! En nuestro país y entre nosotros queremos mucho a los españoles liberales que han venido a nuestra Patria. Pero cuídese mucho de no provocar una situación como la de hoy pues tenemos fama, de muy ligeros para resolverla por la vía rápida . . .

LA MORDIDA (Estampa)

En el país mexicano el término “mordida” en sentido peyorativo significa soborno. Pero un soborno de características especiales que se ha convertido en una costumbre tan profundamente arraigada en la mente de los ciudadanos que se le ha calificado, de forma jocosa, como “una Institución Nacional”. Mordida es, según la expresión popular, la oportunidad que se le brinda al ciudadano de librarse por poco o mucho dinero, según sea el caso, de ciertas molestias como la de tener que ir a la oficina de multas de tráfico para pagar la que le acaba de imponer el agente por transgredir las normas o reglamentos en vigor; mordida puede ser también sobornar al funcionario que retarda la solución de un problema que estaría resuelto fácil o rápidamente si él lo impulsara como es debido sacando el mejor provecho de su intervención. Y mordida puede ser, igualmente, la cantidad que un alto representante de una gran empresa vendedora o constructora de máquinas para la guerra o para la indus-



tria, ofrece a un poderoso intermediario para inducirlo a manio-
brar a su favor en determinados centros oficiales. Pero llámesele
como se quiera: soborno, cohecho o “mordida” todo ello consti-
tuye una inmoralidad más o menos castigable, y se produce en
todos los países del mundo.

Pero en México la “mordida” tiene más arraigo entre la
gente común porque “el mordelón” clásico suele ser el modesto
representante de la policía de tránsito o la municipal, o el em-
pleado de pocos ingresos que soluciona, por necesidad, muchos
inconvenientes; el perder un día en ir a pagar una multa por es-
tar indebidamente estacionado o aparcado, por haberse pasado
un alto con la luz roja, por tener que sacar una licencia de chó-
fer; por obtener rápidamente un certificado de nacimiento o de
defunción; o para no estar en la “cola” cuando hay que pagar
la luz, el agua, el teléfono o simplemente sacar las entradas para
ir al cine con la novia, etc... con lo que dicho está que el daño a
terceros es mínimo y uno consigue librarse de esos trastornos que
le amargan la existencia. Y en general, el mordelón es más obje-
to de burla simpática que de animadversión furibunda.

D. Guadalupe de la Rosa sale de su casa un poco tarde para
incorporarse a su despacho pues los “tequilitas” que tomara
como aperitivo a la riquísima “barbacoa” o “mole” que le sir-
vió la señora por ser hoy el día de su santo, le cerraron los ojos
más tiempo del que él acostumbra, y su “secre” -Rosita, un
modelito de secretaria- le ha llamado acuciosamente para notifi-
carle que D.^a Tere Valenzuela, una dama entradita en años, pe-
ro de muy buen ver, como dice él, lo está esperando para
arreglar aquel asuntito que hay pendiente . . .

D. Lupe se lava la cara para despejarse un poco, se atusa el
bigote, se pasa el peine por la encrespada cabellera, entra en su

“carro” y arranca “hecho la mocha” por la gran avenida de los Insurgentes calculando lo que tardará hasta la calle de Puebla donde tiene instaladas sus oficinas de Agente Inmobiliario. Pero don Lupe se olvida de que las calles suelen tener semáforos de señales en casi todas las esquinas, que estos están bajo la vigilancia de los “cuicos” de tránsito municipal, auxiliados por los “motoristas” del mismo servicio. La luz verde se apaga poco antes de llegar a la esquina y el rojo palpita inmediatamente. D. Lupe no tiene tiempo de frenar como es obligatorio y pensando en D.^a Tere y sus encantos, se pasó el alto, el “stop” como dicen los letreros... Suena el silbato del policía y el motorista lo alcanza.

- ¡Ay caray!, -dice D. Lupe,- ya me chingaron estos condenados “cuicos” . . .

El motorista se baja calmosamente de su máquina, la afianza en el pavimento y cuaderno y lápiz en ristre se acerca al auto de D. Lupe serio, circunspecto y lo requiere:

- ¡Jefe! se ha pasado usted el alto - dice con voz de circunstancias-.

- ¡Hombre sí!, tiene usted la razón, mi comandante, pero es que tengo mucha prisa por llegar a mi oficina... (pausa) -Se miran en silencio, se miden, se auscultan con los ojos... Y surge la demanda de D. Lupe:

- ¡Oye manito! -suplica, entregándose,- ¡No seas mala gente! Dejame ir que pierdo un buen asunto. -D. Lupe percibe la contestación en la sonrisa picaresca del “poli”. - Le alarga la mano cerrada y el otro mira cautelosamente hacia ambos lados de la calle, -puro formulismo-, coge lo que D. Lupe le da y cierra su cuaderno de multas. Se cala los guantes, mientras dice con-

descendientemente:

- ¡Por esta vez, vale, mi jefe, pero tenga cuidado! . . .

D. Lupe suspira, le da las gracias con la mirada también y arranca otra vez “hecho la mocha”.

La “mordida”, la tan difamada mordida, ha cumplido su cometido. Don Guadalupe llega a tiempo a su oficina; no tiene que ir a “tránsito municipal”; la falta cometida no consta en su expediente para obtener algún día otra licencia de manejar y el “poli” se ha ganado unos pesos, que deberá compartir con alguien para seguir en su puesto... ¡Y todos contentos! . . .

Esta es, sin duda, la clásica, modesta y sufrida “institución de la mordida” a nivel de pueblo común y corriente.

Las otras mordidas, las terribles “tarascadas”, no se llaman mordidas y no se institucionalizan; se nacionalizan e internacionalizan y se llaman simplemente “Comisiones” . . .

Circula en México el siguiente cuento:

Un alto dignatario de la Iglesia mexicana, visita una oficina del gobierno para resolver un asunto particular. Pide una entrevista con el jefe del negociado y mientras espera a ser llamado escucha, indiferente al parecer, las conversaciones de los empleados que allí laboran. Naturalmente esas conversaciones versan sobre la presencia del eclesiástico. Algo inusitado en México. Aunque la conversación se hace en voz baja, oye lo que se dice:

- Mira, ese obispo o lo que sea, qué rubicundo y satisfecho parece. Lo que ganará el buen señor. Y nosotros aquí apenas alcanzamos a malvivir con nuestros escuálidos sueldos . . .

Y hacen comentarios sobre los sueldos de la gente de esa clase... redondean cifras a percibir poniendo tres o más ceros detrás de la unidad . . .

Llaman al Sr. Obispo, que entra a la oficina del jefe, en donde permanece bastante tiempo.

Al salir saluda a los empleados y le dice:

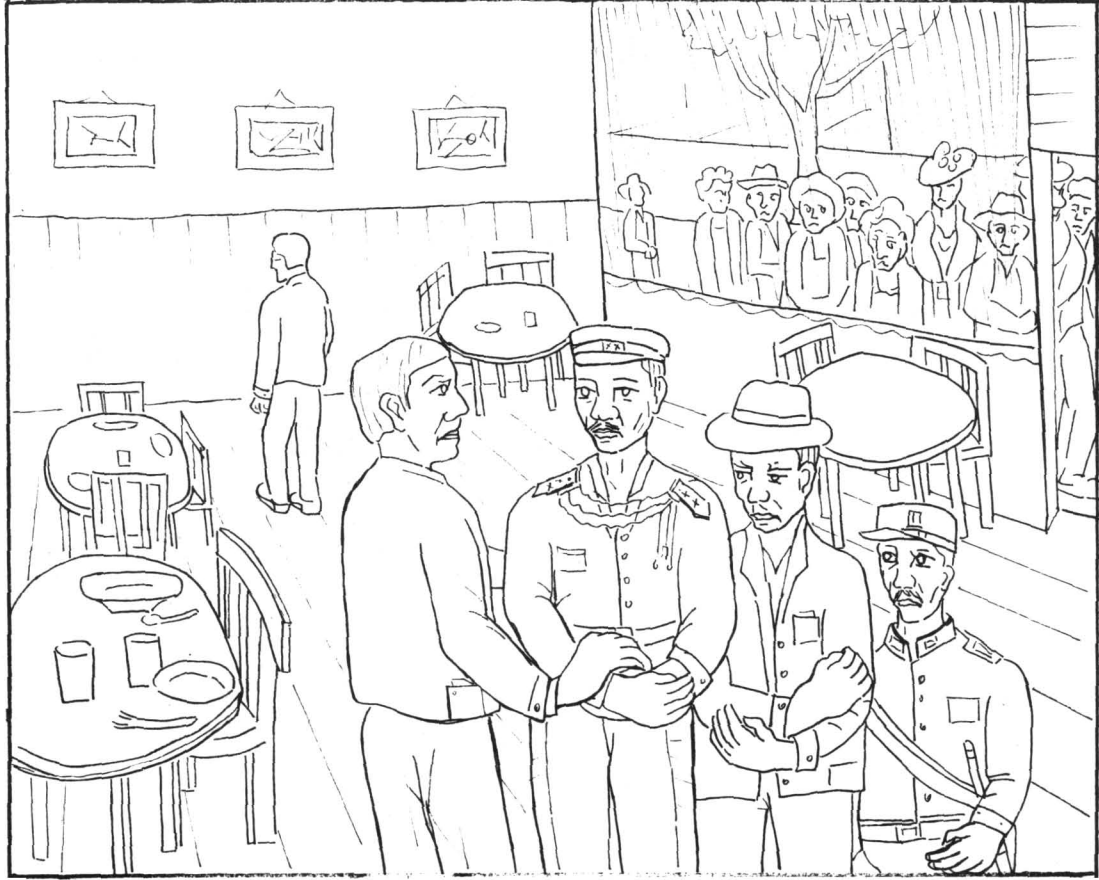
- ¡Hijos míos, antes he oído vuestra conversación, sobre mis posibles ingresos y la vida que debo darme con ellos. Voy a decirles que mi sueldo como obispo no pasa de 500 pesos mensuales que, como ustedes saben no es mucho. Ahora, yo, como mi carrera así lo requiere tengo varias dignidades en el ejercicio de mi cargo, dignidades que he ganado en mis años de sacerdote y me permiten obtener alrededor de 1.200 pesos al mes. Veamos ahora -y se dirigió a uno de los empleados- usted ¿cuánto gana mensualmente?

- Mire, padre: yo gano aquí por ocho horas de trabajo, escasos 300 pesos al mes y... si tuviera dignidad, como usted dice me llevaría la chingada . . .

DOS GENERALES AMIGOS

En mis cuarenta años de exiliado político en México tuve el honor y la suerte de ser amigo de miembros del Ejército Federal de aquel país. Sin menospreciar a nadie, destacan en mi recuerdo, dos generales con quienes me unió una amistad sincera y afectuosa. De ellos, de su conducta como personas y como militares, aprendí muchas cosas sobre humanismo, don de mando, respeto a las instituciones y un claro sentido de la democracia en los cuarteles y fuera de ellos sin menoscabo de la actitud disciplinaria entre subordinados y superiores.

Ambos pelearon contra la dictadura de Porfirio Díaz y a favor del pueblo llano. Ambos fueron, ante todo y por sobre todo, revolucionarios en la lucha que empezó en 1.910 y llegó hasta la elección del General Lázaro Cárdenas durante cuya presidencia puede decirse que se acabó la mencionada revolución. Y los dos eran soldados de carrera: uno, el general D. Eugenio Millá Tamayo y el otro D. Alberto Salinas Carranza.



En honor del primero hay todavía, para quien quiera verlo, una placa en la plaza principal de la linda ciudad colonial Chiapa de Corzo, en el Estado de Chiapas, en la que se lee lo siguiente: “Al Teniente Eugenio Millá Tamayo por su heroica defensa de la plaza contra las fuerzas federales en 1.919”.

Del otro, he visto en su despacho diplomas por ser uno de los pioneros de la aviación militar y haber destacado en los primeros intentos de bombardeo en algún frente hacia 1.920.

Millá Tamayo era, cuando lo conocí, General Brigadier y jefe de la Policía Federal de Caminos. De origen muy humilde, racialmente negro, hijo de un médico valenciano y de su cocinera, nació en Mérida, Yucatán. Si su color era realmente de negro africano, sus facciones podían igualarse a las de un huertano de la vega levantina. De sus características morales, dígalo el sobrenombre con qué sus subordinados, en la Policía de Caminos, lo habían rebautizado: “el negro que tenía el alma blanca”. Un ciudadano íntegro y bondadoso a quien adoraban sus soldados, como pude comprobar muchas veces. La esposa del médico -su padre- le había costado los estudios de muchacho. Cuando ingresó voluntario en el ejército, inició la carrera de leyes obteniendo más tarde su título de Abogado.

Al general Tamayo le gustaban con locura las señoras y hasta una escoba con faldas, lo atraía como si fuera un imán. Esa era su debilidad... Pero para esa debilidad tenía un formidable antídoto: su esposa. Estaba casado con una muy guapa árabe terriblemente celosa. Cuando se le hinchaba la vena de los celos, las palabras rituales en este caso, salían en tropel de aquella linda boca en castellano, árabe y mexicano nativo, y “bañaban” literalmente a mi buen amigo lo mismo en la intimidad del hogar que en plena calle.

Un día en que los visitaba me “tocó” ver y oír como lo maltrataba desde una ventana de su casa estando él fuera, en la calle. Por algún motivo relacionado con faldas “le sacudía el polvo” con las más lindas “palabrotas” en todos los idiomas que conocía. Por la acera de enfrente pasaba, en ese momento, un respetable señor de la vecindad que se reía escuchando el discurso de la señora Tamayo. Avergonzado, el general le dijo, señalándome a mí que estaba parado en la acera de enfrente disfrutando de aquel lindo ramillete de piropos femeninos:

- ¡Eso... que... usted... está... oyendo... D. Fulano, no va conmigo sino contra el señor... -y me señalaba con el dedo-, porque quiere cobrarle una factura que ella... dice que le pagó! . . .

Todos los presentes rieron la salida del general y hasta la señora paró en seco la lluvia de insultos.

Ascendió mi amigo a General de Brigada, y fué nombrado Jefe del 5.º Regimiento de Caballería con base en la zona petrolera de Poza Rica, Veracruz. Allí le regalaron sus propios soldados un pequeño ranchito cerca de la ciudad y puerto de Tuxpan. Me llamó por teléfono para invitarme a conocer su rancho y para que le ayudara a organizarlo sabiendo mi afición por el agro. Y estando allí, se produjo en el noroeste de México un terrible terremoto que asoló los estados de Sonora, Sinaloa y Nayarit. Al general le ordenaron fuera con su gente al lugar del siniestro y me invitó a ir con él. Entonces tuve la oportunidad de ver actuar al Ejército Mexicano. Eran varios regimientos los enviados y trabajaban sin distinción de categorías las veinticuatro horas del día con los consecuentes relevos. Enterraban cadáveres; repartían comida y medicinas; daban servicio médico; reconstruían viviendas, etc... Las cocinas de campaña, estratégicamente distribuían

das, daban de comer a los damnificados. Un comando central distribuía trabajo y medios de transporte como si fuera una operación bélica. El elemento civil que acudió voluntariamente, se unió a la brega sujetándose a las órdenes que impartían los militares. Por la noche, Tamayo regresó a su campamento con las ropas rotas y sucias de barro y ollín. Cenando comenté con él mi asombro ante aquella conducta cívica de unos y otros. Entonces me dijo:

- Nuestro ejército no sólo tiene la función de defender al país en caso de ataque con las armas que el pueblo nos ha confiado, sino también prestar nuestra cooperación en casos como éste. Cada soldado aquí es un profesional a sueldo y así también desquitamos lo que nos paga la nación.

De regreso a su base, se celebró el cumpleaños del General en el ranchito ya acondicionado, con una sabrosa “barbacoa”, cerveza fría y tequila bien administrado, mariachis del propio regimiento, etc. . . .

Al terminar el convivio y mientras se tomaba el clásico café de olla se inició la tertulia consiguiente. Un coronel, de la misma unidad, sacó a relucir la estrategia alemana a la que él era muy adicto, pues su padre había sido un aristócrata teutón y su madre también de muy buena familia criolla. El coronel, con monóculo, cabeza rapada y cabello corto, hacía sonar sus espuelas de plata al cuadrarse dando el clásico taconazo, gesto que repetía con harta frecuencia y sin venir a cuento. Un poco fátuo o engreído de su ascendencia la sacó a relucir una y otra vez hasta que cansado de escucharle el General Tamayo le dijo:

- ¡Caramba mi coronel!, no sé a que viene tanta presunción de sus orígenes familiares. Aquí me tiene usted a mí, que

desciendo de reyes y ni presumo de ello ni lo comento.

- ¡Perdón mi general! -y en tono dubitativo- ¿Dice usted que desciende de reyes? . . .

- ¡Claro que sí, mi coronel!... Sepa usted que mi tatarabuelo, según los pergaminos que obran en mi poder, era rey de una tribu de antropófagos del centro de Africa . . .

El general D. Alberto Salinas Carranza, descendiente de canarios, sobrino de uno de los más famosos presidentes de México, D. Venustiano Carranza, era un hombre más bien bajo de estatura, ojos azules, cabello rubio, modales de hombre de mundo y de una gran cultura. En su casa de veraneo, en Cuernavaca, disponía de una magnífica biblioteca que yo utilicé más de una vez. Durante la Revolución luchó al lado de su tío y fué uno de los pioneros de la aviación militar, en la que se distinguió notablemente ocupando puestos de confianza.

Siendo descendiente de canarios, de lo que él se vanagloriaba, se le invitó a las fiestas del centenario de la fundación de la ciudad de San Antonio, en Texas -que, como se sabe, fué fundada por familias canarias- y pidió se me invitara a mí también. Así que fuimos a San Antonio juntos. Recuerdo esos días como una pesadilla.

Después de la ceremonia del desfile magnífico, el General Salinas me invitó a comer y nos metimos en un restaurante lujoso situado en la mejor calle de la ciudad. El General vestía su uniforme del Ejército Mexicano. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana que daba a la calle para presenciar el paso de la multitud. Acudió a atendernos un “mesero” y tomó el pedido que encabezamos con un aperitivo.

Pasado un tiempo prudencial y en vista de que no se nos atendía llamé al camarero de nuevo y le pregunté qué pasaba, por qué no nos traían lo pedido.

- ¡Señor! -me dijo nervioso. El dueño de este restaurante se niega a que se le dé servicio a esta mesa mientras esté sentado a ella este señor militar- y señalaba al General Salinas.

- ¿Por qué? -le pregunté indignado y también confuso- el señor es un cliente como otro cualquiera y va a pagar . . .

- ¡Dígaselo al dueño! Me ha dicho que en su establecimiento no se le ha servido nunca a un mexicano y que esa es su norma . . .

Temblando de coraje el General se puso en pie y me invitó a salir de allí. Le pedí que me esperara un momento y llamé telefónicamente al Ayuntamiento. Puesto al habla con el Alcalde, nuestro anfitrión, le conté lo sucedido.

- ¿Pero cómo es posible?... ¡Le ruego diga al general que no se mueva del restaurant, que voy para allá enseguida! . . .

Minutos después entraba junto con el Jefe de la Policía municipal, se sentó en nuestra mesa y ordenó a su subordinado que llamara al dueño . . .

Este compareció inmediatamente y a las preguntas del Sr. Alcalde, que le increpó duramente haciéndole notar que el General era un invitado de la ciudad y que lo que había hecho era lo más vergonzoso que le había ocurrido durante su mandato municipal, exigiéndole presentara disculpas en nombre de los vecinos de San Antonio.

- ¡Sr. Alcalde! -dijo aquel energúmeno-, este restaurant es de mi propiedad y yo doy servicio a quien quiero, o no, según mi

único criterio. Y yo he decidido, para conservar el prestigio de mi negocio, que no daré nunca de comer en él a ningún negro o mexicano . . .

- ¡Sabe usted muy bien -dijo el Alcalde- que tengo motivos para cerrarle a usted el restaurant y no sólo por esta majadería!...

- ¡Haga usted lo que crea más conveniente!, pero yo no esperaré su orden de clausura de mi negocio sino que, en uso de mi derecho procedo a cerrarlo ahora mismo.

Y dicho y hecho, pidió a la clientela que desalojara el local y cerró sus puertas ante la rechifla del público que se había estacionado frente al restaurant desde que empezó el escándalo.

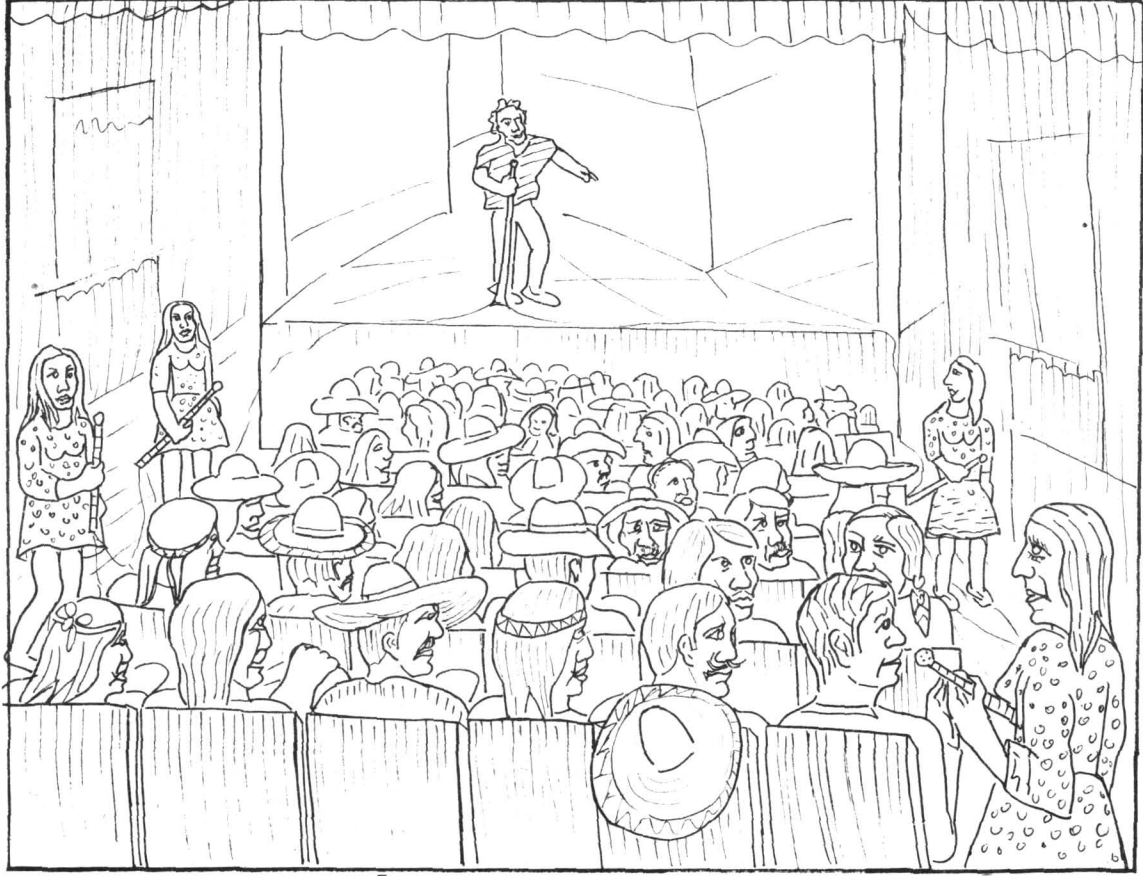
Pocas veces en mi vida he sentido la vergüenza de llamarme hombre como aquel día. Por primera vez conocí un miembro activo del tristemente famoso Ku-Klux-Klan, norteamericano.

EL DOCTOR I. Q.

En una de las radioemisoras más importantes de México D.F. se transmitía, semanalmente, un programa comercial originado en salas de espectáculos de todo el país, transmitido en cadena por la más importante estación Radiofónica, X.E.W. y patrocinado por poderosas empresas ya que su costo era muy alto.

Se llamaba dicho programa "El Dr. I.Q." y consistía en un concurso con premios en metálico a los espectadores que contestaran acertadamente a preguntas culturales formuladas por el Maestro de Ceremonia y responsable del mismo -Dr. I.Q.- Los interrogados eran elegidos al azar por sus ayudantes que, desparramados por la sala ponían el micrófono portátil ante la dama o el caballero seleccionado.

El locutor, que asumía el papel de interrogador, había de tener la palabra fácil, muy rápida y clara, aspecto distinguido y atrayente y una definida simpatía personal. Como casi todos los programas comerciales, se originó, en principio en los Estados



Unidos y las siglas I.Q. correspondían a las primeras letras de unos “test” que empleaba el ejército americano para elegir a ciertos oficiales e incorporarlos a servicios especiales de las fuerzas armadas: Intelligent Quality.

Nuestra compañía había lanzado un nuevo producto al mercado y como Jefe de Publicidad propuse la contratación de ese programa. Aceptada mi propuesta visité a la Empresa Publicitaria concesionaria del programa y lo pedí oportunamente.

El locutor que hacía el papel de Dr. I.Q., era un excelente amigo, D. Jorge Marrón, uno de los pioneros de la radiodifusión mexicana. Hombre de edad madura, agradable presencia, gran cultura y arrolladora simpatía. Se presentaba siempre vestido de negro, con la clásica toga y la cabellera totalmente blanca y alborotada; de ademanes idóneos y rápidas e ingeniosas contestaciones cuando el desparpajo de los interrogados lo hacía preciso.

La técnica del programa era la siguiente: por todo el local, gradas y butacas, se repartían cuatro ayudantes (cuatro guapísimas señoritas) dos a la derecha y dos a la izquierda con sendos micrófonos portátiles, que elegían a petición del Dr. I.Q., un caballero o una dama. El Dr. I.Q. a gran velocidad pero muy claramente, hacía la pregunta. Si era contestada con acierto, la señorita entregaba el premio en el acto. Caso contrario, el locutor lo lamentaba y daba al público la respuesta correcta. A veces ayudaba al interrogado con algún dato que le permitiera acertar la contestación. Lo hacía, especialmente, con las señoras o con algún sujeto que se prestara para hacer sabrosos comentarios y alegrar así la media hora que duraba el programa.

Hacía los formularios de preguntas él mismo y procedía de acuerdo con la persona interrogada. Cuando le presentaban una

que por su aspecto, creía él que podía contestar con cierta facilidad, aumentaba el premio y dificultaba la respuesta. Al final sometía al público a un cuestionario de varias preguntas relacionadas entre sí. Si el interrogado dejaba de contestar alguna el premio era acumulado para el siguiente programa. Con ello, llegaba a veces, a ofrecer una fuerte cantidad atrayendo al cine o teatro a mucha mayor cantidad y calidad de concursantes.

Con este espectáculo recorrí casi todo el país pues actuaba de supervisor constatando personalmente el auditorio que acudía, aparte del “rating” de ámbito nacional que provocaba semanalmente en todo el país. De estas correrías anoté algunas anécdotas interesantes y graciosas. Las presento en cuatro viñetas:

- 1.^a -

En una ciudad petrolera del Golfo de México famosa por sus mariscos, y en uno de los mejores y más grandes cines, abarrotados de público el Dr. I.Q. pidió a una de sus ayudantes:

- ¡Abajo a mi derecha! . . .

- Aquí tenemos una dama doctor.

- ¡Doscientos pesos serán para usted, señora, si me dice quien fué la mamá de Moisés!

Contestación de la dama sin inmutarse:

- ¡La Faraona, doctor! . . .

- ¡Señora, lo siento muchísimo! Pero Moisés fué hallado en una cesta que flotaba en el río Nilo por la Faraona y sus doncellas . . .

- ¡Eso fué lo que dijo ella, doctor! -interrumpió fulminantemente la dama-

Carcajada general y aplausos. Pero el Dr. I.Q., aplaudiendo también dijo entre la alegría del público:

- ¡Muy bien contestado, señora! ¡Duplico su precio y la felicito por su magnífica intuición! . . .

- 2.^a -

Se hacía el programa en un cine de la ciudad de México, muy cerca de donde se encuentra el complejo hospitalario del Seguro Social, que está considerado, por cierto, como uno de los centros médicos más importantes de América Latina; con magníficos pabellones para cada una de las múltiples especialidades de la medicina; con una población de profesionales increíblemente grande. Por esa circunstancia se presumía, con razón, que asistirían muchos galenos, enfermeras y hasta enfermos.

- Dr. I.Q.: -¡Arriba a mi izquierda! . . .

- Ayudante: - Aquí tenemos un caballero, doctor . . .

- Tengo para usted un billete de cien pesos si me dice, con la mayor rapidez, en qué lado del pecho tenemos el corazón . .

Instantes de duda y el interrogado dice:

- ¡Creo que en la derecha Dr.!

- Lo siento, créame que lo siento!... El corazón no está a la derecha ni a la izquierda; el corazón está en el centro del pecho... Su nombre y profesión . . .

- Fulano de tal, ¡médico! . . .

- 3.^a -

Esta viñeta pertenece a uno de los programas más celebra-

dos en todo el país. Tuvo lugar en una ciudad del centro-sur, en un Estado donde la clase media habitual era de un nivel bastante bajo. Se desarrolló así.

- Dr. I.Q.: ¡Abajo a mi izquierda! . . .

- Ayudante: - Una dama Dr.

- Tengo para usted un buen premio y quiero que lo gane. Dígame el nombre común del cloruro de Sodio y le daré, ahí en su asiento 300 pesos.

- No sé doctor, -dijo la señora tristemente-

- ¡Vamos, señora, le voy a ayudar un poco! El cloruro de sodio se usa mucho en la cocina y en la mesa; es de color blanco y se le echa a las comidas... dá buen sabor a la sopa . . .

- ¡No sé doctor...! -Su tono era lastimero-

- ¡Vaya, cuánto lo siento! Pero le voy a dar otra oportunidad. Ponga atención y verá que es muy fácil. ¿Qué le pone usted a su marido en los huevitos cuando se levanta por las mañanas a desayunar?

Con radiante sonrisa y casi a gritos, se apresuró a contestar:

- ¡TALCO, DOCTOR! . . .

- 4.ª -

Esta última viñeta ocurrió en un pueblo del estado de Veracruz, famoso por su pescado y mariscos y por ser la gente mexicana más mal hablada de toda la República. Se trata de Alvarado, a orillas de la laguna de su nombre y en la desembocadura del río Papaloapan. Sus habitantes son gente brava dedicada a la pesca y a la navegación. Su pintoresco hablar está salpicado de

todas las palabrotas que les enseñaron nuestros ancestros y todas las que ellos, de su cuenta y riesgo, han inventado para rubricar sus afirmaciones, negaciones e insultos entre sí y los forasteros que por allí llegan a comer sus famosos ostiones y oír sus “tacos” cuando hablan. Las palabrotas brotan de su boca de manera normal, sin ánimo de ofender y entre la gente nativa nadie se molesta porque en el curso de la conversación o discusión le “recuerden” a alguien muy querido en la familia adornándolo con rotundos adjetivos, de color rojo pimienta.

Finalizaba ya el programa cuando Marrón (Dr. I.Q.) la organizó para oírlos hablar desde dentro del teatro. Antes, previno al ingeniero de sonido, para que a una señal cortara la transmisión a fin de que no salieran “al aire” las palabras gruesas que allí se iban a decir.

- Dr. I.Q.: - ¡Abajo a mi izquierda! . . .

- Ayudante: - Un caballero, Dr.

El Dr. I.Q. hizo la señal convenida al ingeniero de sonido.

- Dr. I.Q. - ¡Cien pesos para usted si me dice rápidamente quien es el más “pendejo” de todos los que estamos aquí dentro! . . .

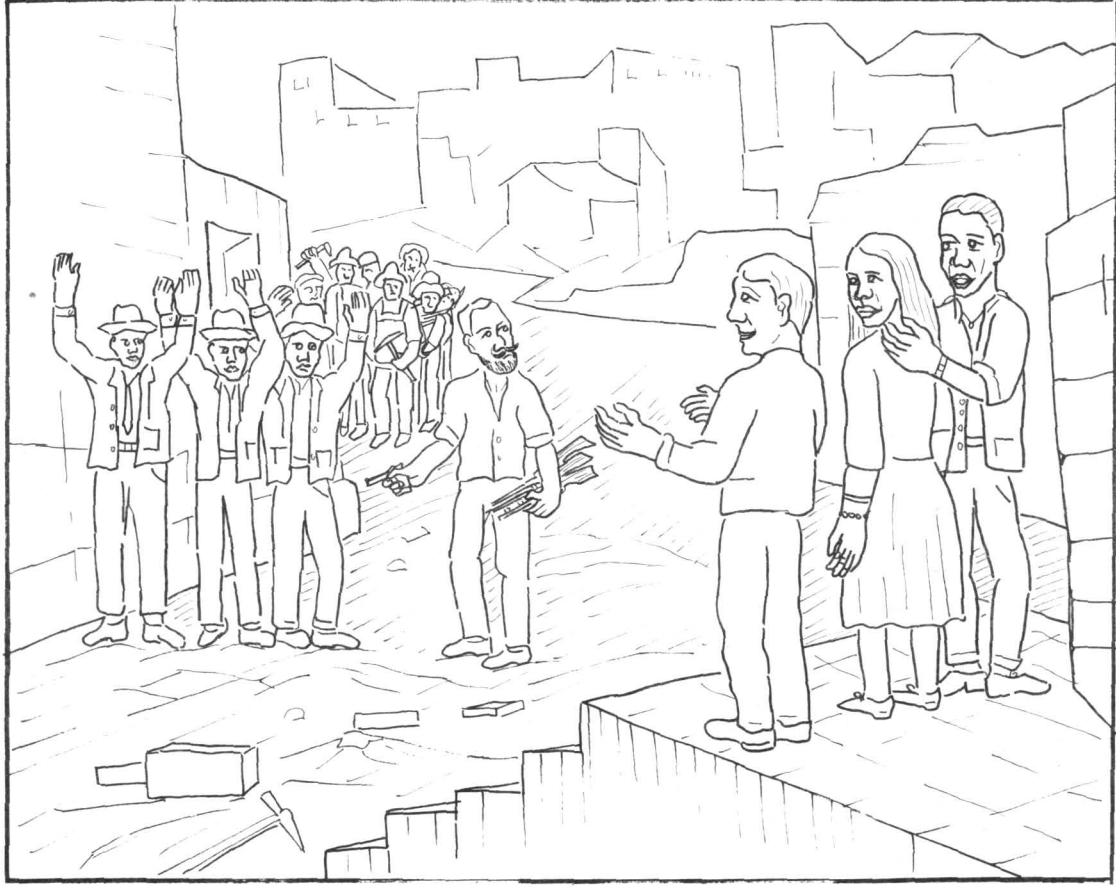
Concursante (sin pensarlo ni pestañear)... ¡Usted Doctor!...

Carcajada general y aplausos.

Dr. I.Q.: - ¡Muy bien contestado! Aquí están sus cien pesos y por su clarísima repuesta le corresponden otros cien para que vaya a chin... a su mamacita.

El jolgorio se hizo general y estrepitoso.

¡Lo que yo no sabía era que D. Jorge Marrón, (alias Dr. I.Q.) era también nativo de Alvarado! . . .



EL GUARDIA CIVIL

Un judío suizo nos traspasó su céntrica oficina con muebles y teléfono y nos dedicamos a vender artículos diversos que la segunda guerra mundial hizo necesarios para abastecer de ciertas materias a los compradores americanos que acudían al país.

Deseo aclarar que la guerra mundial dió importante impulso a un tipo de actividad remunerativa que se combinaba muy bien con nuestro carácter, una lógica ambición y la necesidad de ganar algún dinero que nos permitiera, si era posible, establecer algún negocio por cuenta propia. Esta actividad era la de “Agentes de Ventas” que en América forman legión. Toda la técnica de ventas norteamericana se basa en una habilísima y, en algunos casos, cortísima campaña publicitaria, apoyada por una plaga de agentes vendedores que invaden el comercio con el producto objeto de la publicidad y en muchos casos hasta las casas particulares, buscando consumidor. Esta labor no suele ser pagada con sueldos sino a comisión. Si el Agente vendedor es un po-

co listo, algo simpático y muy “caradura” no hay ninguna otra profesión (exceptuando la de político o banquero) que permitía ganar tanto dinero.

En un anuncio de la prensa diaria se solicitaban vendedores para Casas Prefabricadas. Ofrecían muy buena comisión, ayuda técnica a través de equipos de ingenieros, delineantes y maestros de obras experimentados que apoyarían proyectos y presupuestos. Sin oposición, ganamos los primeros puestos y aprovechando nuestra flamante oficina empezamos a trabajar con entusiasmo. Conseguimos un terreno en céntrica avenida e hicimos construir en él dos casas prefabricadas como muestra. Instalamos allí grandes pancartas anunciando la construcción rapidísima de estas casas ofreciendo un precio muy asequible para todo el mundo. Acudía mucha gente a informarse y conseguimos buenos pedidos. Entre las personas que por allí pasaban, dos señoras bajaron de un lujoso automóvil manejado por chófer de uniforme. Después de las consabidas explicaciones, una de ellas me entregó una tarjeta rogándome fuera a verla en su despacho al día siguiente. Cuando ví su nombre en la tarjeta, me dí cuenta que la señora era familiar del Jefe del Estado, viuda reciente y con mucho dinero.

Acudí a la cita acompañado del Ingeniero Director de la factoría. Explicó que quería hacer a orillas de una laguna cercana a la Capital, un balneario. Y ella pensaba que con nuestro sistema podría fabricarse el tipo de “bungalows” adecuado para ese objetivo y quería conocer nuestros precios y tiempo de entrega de determinada cantidad. Se le hicieron proyectos y presupuestos y algunos de ellos fueron aprobados, lo que me convirtió en contratista obligándome a legalizar una Compañía Constructora para poder efectuar el trabajo pedido que incluyó además piscina,

muelle sobre la laguna y un hotel central, de construcción clásica.

Ya comenzadas las obras, se suscitó en la Capital un mayúsculo escándalo alrededor de esta señora, del que se hicieron eco todos los medios informativos del país. Sus familiares más cercanos, los hijos, querían obligarla a repartir su enorme herencia pues ella trataba de contraer segundas nupcias con un actor de cine, buen mozo, joven y especialmente bravucón al que acusaban de “gigolo”, “cazador de fortunas” y otras lindezas y se creían con derecho a participar de la herencia que había dejado su padre.

El escándalo llegó hasta el atentado personal contra el actor del que me tocó ser testigo presencial pues había llevado unos planos a su oficina, por orden de la señora, para que él los examinase. Al salir de esa oficina fuí a guardar los planos en mi automóvil, cuando oí los disparos que le hacían en el momento en que se acercaba al suyo. Gravemente herido lo subimos a su camioneta y me pidió que lo llevara al Hospital más cercano donde fué operado inmediatamente consiguiendo salvar la vida.

Algún tiempo después, y ya recuperado, se casó con la viuda.

Mientras estas cosas ocurrían, la señora me ordenó otro trabajo. Se trataba de hacer un edificio de apartamentos en céntrica calle y tuve necesidad de comprar maquinaria, equipo de construcción y cubrir los cargos técnicos con personal idóneo. Junto al terreno de la construcción alquilé un lote vacío para hacer el almacén donde guardar materiales y herramientas, puertas, ventanas y equipos de baños y cocinas. Pero me hacía falta un hombre de confianza que se quedara a dormir allí mismo trabajando como “velador” nocturno y jefe del almacén para evitar,

en lo posible, los robos. Por recomendación vino a verme un compatriota que estaba sin trabajo y acababa de llegar procedente de Lisboa, con mujer e hija.

Era extremeño y procedía de un pueblo de la provincia de Cáceres. Alto, enjuto, nervudo, de cerrada barba, gran bigote, nariz aguileña y ojos vivos y penetrantes bajo cejas muy espesas. Su aire marcial y respetuoso me causó buena impresión. Lo acepté de inmediato y se le ayudó a levantar en el lote vacío, junto al almacén, unas habitaciones y servicios provisionales, de madera, donde pudiera vivir.

Una mañana me comunicó que les habían robado a los bajadores del enyesado varias herramientas, niveles y palas especiales, que para ellos, eran importantes y costosas. Rogué a Manuel, que así se llamaba el encargado, que tratara de averiguar quien pudo ser el autor de ese robo y me comunicase el resultado de su indagación. Algunas horas después ya habían sido descubiertos los autores del robo y obligados a devolver los objetos robados a sus dueños. Intrigado y complacido por la solución del problema le pedí me explicara como lo había logrado y me dijo:

- ¡Muy fácil! No son profesionales, sino gentes necesitadas. Los reuní a todos en uno de los pisos en construcción y les fui preguntando uno por uno, donde habían estado esa mañana y qué habían hecho. De las respuestas pude deducir quienes, a mi juicio, eran los culpables y me dediqué a “ablandarles” con preguntas adecuadas hasta que ellos mismos se acusaron unos a otros. ¡Fácil, muy fácil! . . .

Me lo quedé mirando sorprendido. Sin darle tiempo a pensar la respuesta, le dije:

- Manuel, ¿usted fué guardia civil!, ¿no? . . .

Cambio de color y a su vez me preguntó, alarmado, quien me lo había dicho.

- ¡Nadie Manuel, nadie me lo ha dicho! Pero soy hijo del Cuerpo y desde el primer momento en que habló usted conmigo, noté algo que yo ya había olvidado y que caracteriza a cualquier miembro de la benemérita que haya pertenecido a ella durante algún tiempo: habilidad para interrogar, aspecto marcial y exagerado pundonor.

Ya tranquilizado, me contó su historia:

- Ingresé en el Cuerpo después que terminé el servicio militar obligatorio y al estallar la sublevación de los militares contra el Gobierno legítimo de la República, me incorporé a las fuerzas leales junto con un grupo de compañeros de las provincias de Badajoz y Cáceres. Al terminar la contienda me fuí con la guerrilla a la Sierra de Gata y allí estuve luchando hasta hace pocos meses. Acosados por las fuerzas fascistas nos internamos en territorio portugués y con documentación de ese país y nombre supuesto, logré conectar con la embajada mexicana en Lisboa hasta conseguir salir para esta tierra.

Después del atentado contra el ahora esposo de mi cliente me avisaron que ella quería venir a dar un vistazo a las obras, naturalmente protegidos por escolta policiaca. Nadie debería saberlo pues podrían cometer un nuevo atentado. El día señalado aparecieron varios automóviles en los que venía el matrimonio y tres policías secretos armados de sendos fusiles. Mientras ellos dos veían la fachada y la comentaban, los “guaruras” entraron por la portada del lote vecino, supongo que para hacer una inspección del lugar. De pronto vimos salir uno a uno desarmados y con los brazos en alto a los tres policías y a mi “velador”, el

bueno de Manuel, que traía los tres fusiles debajo del brazo y les apuntaba amenazador con la pistola que yo le había comprado para su servicio nocturno y detrás de él, un grupo de trabajadores con herramientas en plan agresivo.

Casi no pude contener la carcajada. Explicué a Manuel, que aquellas personas formaban parte de la escolta de los propietarios que estaban conmigo. Les entregó sus armas y pidió perdón disculpándose de que él no sabía quienes eran y como los vió entrar de aquella manera pensó en un asalto.

Todos los visitantes le miraban asombrados ante la faena del desarme, tan rápida y limpiamente ejecutada, y me preguntaron de donde había sacado aquella alhaja . . .

ELECCIONES PRESIDENCIALES EN MEXICO (Estampa)

Al llegar a México en 1.939 ostentaba la presidencia el General Lázaro Cárdenas del Río y terminó su mandato al siguiente año: o sea en 1.940. Fueron las primeras elecciones presidenciales en las que tomamos parte los españoles exiliados. Y digo tomamos, porque de una manera u otra intervenimos o estuvimos a punto de intervenir. Unos, porque ya se habían nacionalizado y otros, ante la amenaza de los partidarios del candidato de la oposición, Andreu Almazán (también general), que habían circulado la noticia de que si ganaba este último todos los refugiados españoles serían devueltos a su país de origen. Nos comprometimos a colaborar con la candidatura oficial, la del General Manuel Avila Camacho. Así que el Partido tenía incondicionalmente a sus órdenes, oficiales y soldados aguerridos para lo que hiciera falta. Caer indefensos en las manos de los sayones del generalísimo, energúmenos, que diariamente estaban fusilando compatriotas por el sólo delito de haber defendido la



indiscutible legalidad republicana; cuando, por otra parte, la prensa mundial publicaba el fusilamiento del Presidente de la Generalitat de Cataluña, Luis Companys o la del periodista y ex-ministro Julián Zugazagoitia vil y cobardemente entregados al verdugo por los asesinos alemanes de Hitler, era llevar al extremo la desesperación de los exiliados y puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que todos, absolutamente todos, hubiéramos empuñado las armas en favor del candidato oficial, aunque realmente nadie tenía ganas de más pelea.

Nos dispusimos, pues, a observar el curso de aquellas primeras elecciones vividas en México. Visitamos a nuestros jefes militares, Miaja, Llano de la Encomienda, Rojo, Estrada, Revuelta y otros, y asistimos a las reuniones que se celebraban en los cafés populares y locales de los partidos, etc., y poco a poco nos fuimos convenciendo de que el “bulo” corrido quién sabe por quien, del peligro que nos amenazaba era totalmente falso. El propio general opositor, hizo declaraciones en contra de esa difusión y garantizó que, en caso de ganar él las elecciones, la emigración apadrinada por Cárdenas sería respetada.

Días antes de las elecciones y acompañado por el periodista “Júbilo” de “El Universal Gráfico”, diario de la tarde, que tenía a su cargo una columna política diaria, nos acercamos a las concentraciones de indígenas que se estaban haciendo en las afueras de la ciudad, preparándose a desfilar en las manifestaciones electorales de los candidatos. Y estuvimos hablando con sus líderes. Ese día los centenares de indios que concurrirían a la manifestación llevaban pancartas y banderas con el nombre del candidato de la oposición, Juan Andreu Almazán y daban gritos adecuados y repetían “slogans” sobre el tema de la tierra, sobre Zapata, sobre Pancho Villa con un fervor desconocido para mí en-

tre aquellas personas.

Al día siguiente me volvió a invitar el amigo “Júbilo” y los mismos manifestantes del día anterior iban a desfilan en favor del candidato oficial, General Manuel Avila Camacho. Cambiados los nombres del candidato los manifestantes gritaban las mismas consignas y daban los mismos vivas como si todo aquello estuviera preparado en ese momento. Pregunté y me confirmaron mi presunción. Los del día anterior ganaban 2 pesos cada uno por acudir a la manifestación en favor de Almazán y al día siguiente ganaban otros dos pesos por gritar en favor de Avila Camacho. Además eran obsequiados con ricos “tacos” de “barbacoa”.

Las elecciones eran pues un teatrillo montado de tal manera que, a los ojos del exterior del país, México aparecía como una democracia muy avanzada. Y eso era así, pese a quien pese. En México se respiraba un liberalismo “sui géneris”: era “una democracia a la mexicana”. Lo que podía ser muy bien una dictadura de seis años se convertía en un gobierno prudente, tranquilo y de muy moderna estructura. ¡Revolucionario a su manera!

Esta es la postura gubernamental de cada momento electoral: después “El mexicano podía decir y hacer lo que le viniera en gana, pero eso sí, no se permitía a nadie obstruccionar el libre desenvolvimiento de sus planes y obras encaminadas sin duda alguna a hacer del país una nación estable y de leyes armónicamente encaminadas al bienestar social y político del futuro”. “Todo el mundo puede despotricar en México contra el Gobierno, publicar libros, panfletos, editar prensa escandalosa y majadera, siempre y cuando no atente contra la estructura implantada por la Revolución del 10 y las conquistas obtenidas desde entonces”.

En la Televisión se dice de todo. Se exhiben los defectos de los gobernantes; en la radio, cada una de las cuatrocientas estaciones que lanzan al aire sus ondas pueden opinar como quiera. Repetimos, todo lo que no se dedique a destruir lo ya conseguido en materia de avances sociales y derechos conseguidos por los trabajadores, etc. es permitido y tolerado. Ello no obsta para que los líderes obreros sean dirigidos desde el gobierno elegido bien o mal en las urnas. Esa fuerza incontenible está maniobrada hábilmente por los propios gobernantes, que así garantizan a su pueblo las conquistas obtenidas desde 1.910.

En la firma de los oficios de carácter legal o gubernamental, al terminarlos, se pone siempre la frase: “SUFRAGIO EFECTIVO NO REELECCION” en vez del hipócrita: DIOS GUARDE A USTED MUCHOS AÑOS, que usamos en España cuando finalizamos un oficio o comunicación y que rara vez encarna el deseo del comunicante.

¡Seis años de Gobierno! Nadie puede ni debe estar montado en la dirección del vehículo nacional más de ese tiempo: No puede ser tampoco reelecto. Se termina así el deseo de perpetuarse que tienen los gobernantes de otras naciones y que acaban por patearnos el colodrillo más de cuarenta años sin la lógica consulta que debe ser hecha oportunamente al ciudadano.

Hay en el país, una élite, que maneja las elecciones con el motivo expuesto aquí: “No ir nunca contra las corrientes de mando y organización formuladas en las Asambleas o Congresos organizados al iniciarse la actual Revolución”. A esa élite pertenecen los presidentes que ya están fuera del poder, y todas aquellas personalidades dentro del Partido que hayan destacado en actividades relacionadas con la gobernación del Estado. Sólo esa

gran preocupación y la vigilancia constante ha logrado impedir que capitalistas, industriales, banqueros y otras fuerzas retrógradas se hayan apoderado hasta hoy de las riendas del poder en este país.

Un día que se celebraban elecciones presidenciales en Estados Unidos, reunidos en la cafetería del Canal 6 de San Diego, un grupo de amigos y colaboradores del Canal 12 de Tijuana, comentaban los resultados que ya empezaban a saberse de las elecciones americanas. Uno de los concurrentes, yanqui él, aseveró en tono irónico y petulante:

- “En los Estados Unidos cuando hay elecciones nacionales el pueblo americano conoce los resultados una hora después de haber votado el último elector. Nuestros magníficos medios de comunicación, nuestra organización, casi perfecta, nos lo da en muy poco tiempo. En México se tarda más de 48 horas en saberse el resultado... ¡es una vergüenza el tiempo, que nos hacen perder a los periodistas! . . .

Y uno de los mexicanitos, presentes, socarrón e inteligente periodista, le contestó:

- ¡Tú estás equivocado, viejo! Nosotros estamos mucho más adelantados en esa materia. ¡Nuestros medios de comunicación detectan, con un año de anticipación, quien va a ser el próximo Presidente de México! . . .

LA PULQUERIA (Estampa)

El pulque es una bebida muy popular en México. Que yo sepa, sólo se hace en México. Realmente es la bebida del pueblo, en especial del indio, aunque no se exime de beberla también el mestizo que aún no ha pasado a formar en las filas de la clase media, en su más bajo estamento.

Se obtiene como todos los alcoholes, de la destilación del zumo o agua miel que se produce al hacerse una incisión en las pencas de la pitera o pita como se llama aquí y conocida con el nombre de maguey. (De la misma planta sale el tequila, pero obtenido de las raíces sometidas a un tratamiento especial).

El pulque es bebida muy barata, de baja graduación, pero que al ser ingerida en grandes cantidades produce una borrachera agresiva y sorprendente: el borrachito se siente muy feliz y muy macho hasta que cae, deshecho por el alcohol, durmiéndose en cualquier parte. Se expende en jarras de uno o más litros y, como en las cantinas, no se deja entrar al sexo femenino, -que



también lo bebe abundantemente,- es por lo que las pulquerías tienen una ventana a la calle para venderlo a las mujeres y, desgraciadamente también a los niños, a quienes sus padres mandan a comprarlo.

Estos centros expendedores de pulque, en general, no son nada limpios y el olor que despiden es bastante ingrato, olor producto del pulque en sí y del habitual consumidor que, normalmente, está reñido con el agua y el jabón. A la puerta de tales expendios no es raro ver durmiendo la mona a más de un parroquiano de aspecto andrajoso, sólo o en amable compañía de alguna dama, no menos estropajosa, cantando sin ton ni son uno de esos corridos sentimentales en los que suele alardear un bellaco tirador, que mata a su rival o a su novia a tiros, pero que se disculpa, versificando aquello de que “no más tres tiros le dió” . . .

En un barrio cercano a la estación de ferrocarriles -ya desaparecida- había una pulquería famosa por su nombre y por los muchos hechos delictuosos de sus habituales clientes. El dueño debió de haber sido una persona de fuertes convicciones políticas revolucionarias, pues bautizó a su “honorable” pulquería con el siguiente nombre pintado en un enorme tablero de fondo negro y en letras color blanco que ocupaba los diez metros que tenía el establecimiento de frente:

“LOS CABALLEROS DE COLON”

Pulquería

Ni que decir tiene que los afiliados a esa sociedad, especie de Ku-Klux-Klan en decadencia, organizada, al parecer, por los

descendientes del quinto botón de la chupa de Pelayo que aún pululan por aquellas revolucionarias tierras aztecas, estaban fuertemente indignados contra el letrero y su dueño. Y habían hecho todas las gestiones posibles para que lo retirara y lo cambiara por otro que no hiciera alusión a la desacreditada prosapia de los fundadores, nietos y bisnietos de aquellos alevines de la analfabeta aristocracia española que vinieron a servir de apoyo a virreyes empeñados en hacer de México un feudo europeo.

Muchas debieron ser las gestiones y propuestas de los ricos componentes de la secta aristocrática, pues, al fin el dueño de la pulquería accedió a cambiar el dicho letrerito, según se dice, por una fuerte cantidad de pesos-oro que la grey “caballeril” apoquinó . . .

El trato fué cambiar el nombre a la pulquería. Y así se hizo. Nuestro hombre mandó pintar toda la fachada, puertas y ventanas y quitó el ofensivo letrero sustituyéndolo por el siguiente del mismo tamaño y con los mismos colores del anterior:

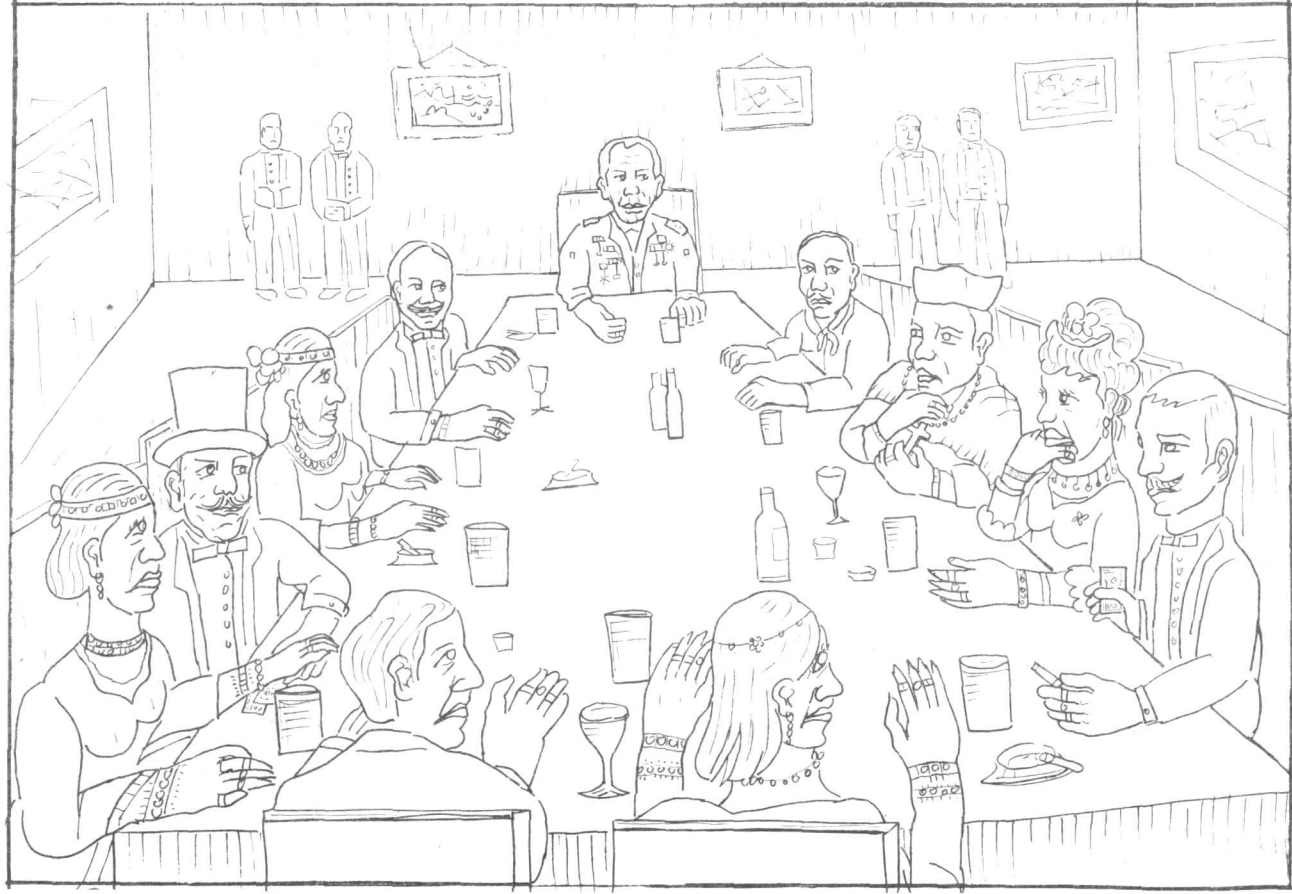
“LAS MULAS DE DON CRISTOBAL”

“PULQUERIA MODERNA”

VIVIR FUERA DEL PRESUPUESTO ES VIVIR EN EL ERROR

A unos mil metros menos de altura y como a ochenta kilómetros de distancia de la Ciudad de México D.F., está una de las ciudades más bellas y acogedoras del país: Cuernavaca. Capital del estado de Morelos, esta urbe de clima semitropical, fértiles tierras y lluvias abundantes; rodeada de altas montañas, y con un cielo azul permanentemente despejado, Cuernavaca atrae al turismo extranjero que, por carretera, tiene que pasar por ella para llegar al ya legendario Acapulco. Hoteles de primera clase, jardines increíblemente hermosos junto a la variedad de plantas y la fragancia de sus flores, la convierten en el paraíso de los afortunados propietarios de las residencias que conforman sus barrios y colonias, y de los cansados ciudadanos de la Capital azteca que la llenan los fines de cada semana en busca de aire puro, deambulando por sus típicas calles, plazas y ocupando cientos de cafés y restaurantes, en un bullicio reconfortante y placentero.

Sentados en la terraza de “Villa Marisa”, -pequeña granja



de la familia-, nos refréscabamos con sendas cervezas heladas, mientras se “hacía” la paella a la valenciana con que habíamos invitado a un viejo amigo, escritor y periodista mexicano, recién llegado de Colombia, donde prestó sus servicios de Embajador de México por varios años. A la sazón, disfrutaba de vacaciones forzadas en espera de ocupar un nuevo cargo diplomático. Nuestro invitado el señor Garizurieta, y mi cercano pariente, rememoraban la estancia de ambos en la capital de Honduras, Tegucigalpa, en ocasión de ser el uno, Embajador de México en aquella república y el otro director de la instalación y posterior puesta en marcha de la primera estación de televisión hondureña.

A ambos, les había sorprendido allí una de esas revoluciones de opereta acostumbradas en las pequeñas repúblicas de centroamérica, que hasta la fecha subsisten bajo la tutela de las grandes transnacionales norteamericanas. (En estos momentos Nicaragua, El Salvador y Guatemala luchan bravamente por su independencia y libertad).

Honduras tenía entonces un presidente de turno, impuesto por la política “gringa” a quien sus paisanos apodaban irrespetuosamente “Pajarito”, y que estaba a punto de terminar su período de Gobierno. Los “generalitos” jugaban a la guerra civil en apoyo de su candidato preferido para sustituir a “Pajarito”. Los americanos de la United Fruit Co. decidirían, más tarde, a quien se le entregaría la “silla” después de juzgar cual de los dos disponía de mayor número de fuerzas. Las víctimas no tenían importancia; ¡unos soldaditos más o menos! . . .

Por aquellos días la Embajada Mexicana debía celebrar el día de la Independencia de aquel país: el 15 de Septiembre. El Embajador Garizurieta, organizó la fiesta de rigor invitando al

Cuerpo Diplomático acreditado en Honduras. Se invitó, también, al Sr. Presidente, “Pajarito”, al mismo tiempo que se le solicitaba acordara una tregua en la lucha civil para que los invitados pudieran concurrir al edificio de la Embajada sin peligro. Fué otorgado este “alto el fuego” y, ¡como no!, asistió el Sr. Presidente a quien encantaban el tequila y los tacos mexicanos de exquisita barbacoa que, desde México, le enviaron al señor Embajador. Y ya de madrugada, al retirarse el “Pajarito” a sus habitaciones particulares, se reanudó la guerrita civil, pero los Diplomáticos de otros países y sus familiares tuvieron que dormir hasta por la mañana en la Embajada anfitriona.

El señor Garizurieta, hombre feo como pocos, -le apodaban el chango Garizurieta,- era encantador. Su pluma, valiente y fácil, se consideraba temible en la polémica periodística, pero en la conversación con los amigos destacaba su peculiar gracejo, a veces sardónico, resaltando el hombre culto, prudente, diplomático, pero siempre oportuno y de viva inteligencia. Su famosa frase: “VIVIR FUERA DEL PRESUPUESTO ES VIVIR EN EL ERROR”, se podría hoy acuñar en nuestra democrática monarquía, y le quedaría a la medida a más de uno de nuestros políticos que, al ser destetados de las ubres franquistas, se han amoldado, con singular diligencia y maestría, a los pechos del presupuesto para “no vivir en el error”.

Garizurieta estaba en ese momento, fuera del presupuesto, pero con frase feliz, “luchaba denodamente por reincorporarse” y prestar al país sus indiscutibles dotes de diplomático.

De regreso de Colombia, nos contaba su encuentro con el con el señor Arzobispo de aquella república, con ocasión de asistir a un banquete del Cuerpo Diplomático.

- Fué la primera vez que asistí a un banquete que celebraba el honorable Cuerpo Diplomático acreditado en Colombia. En la distribución de los puestos a ocupar en la mesa, me tocó sentarme a la derecha del Sr. Arzobispo que era además el decano del Cuerpo en cuestión. De edad proveya, rubicundo rostro, voz melíflua y ademán sosegado, vestía sus ropas talaras y portaba sobre su pecho una gran cruz de oro y diamantes -verdadera joya- que acariciaba con su mano izquierda mientras que con la derecha acentuaba sus palabras. Iniciado el banquete el Sr. Arzobispo mantenía coloquio con la dama sentada del otro lado, de lo que yo me congratulaba, pues el buen señor tenía fama de ser muy impertinente. Pero ya casi al final del yantar y cuando menos me lo esperaba, se volvió hacia mí diciéndome con pausada voz:

- ¿Conque es usted el embajador de México? . . .

- ¡Así es, Eminencia! -contesté de igual manera-.

- ¡Caramba, caramba!... Señor Embajador: tenía muchas ganas de conocerle... Amo mucho a su bello país... pero ¡que pena!... ¡que pena!... Ustedes los mexicanos no se merecen la inefable suerte de tener la venerada imagen de la Virgencita de Guadalupe porque su gobierno no respeta a la Santa Madre Iglesia Católica. La guerra de los cristeros, que tantas vidas ha cobrado a estas fechas; la prohibición de nuestras sacrosantas procesiones en la calle; la indudable falta de moral de sus paisanos mancillando el santo sacramento del matrimonio en el contubernio de las llamadas "casas chicas", sin ningún respeto por sus legítimas esposas y perpetuando el horrendo pecado de la lujuria... ¡No, señor Embajador! En México no se respeta la presencia de la Virgen de Guadalupe reina de toda América . . .

Y así continuó largo rato.

Le dejé hablar, sin alterarme, mientras mis compañeros nos miraban en espera de mi respuesta, que surgió al aprovechar una pausa:

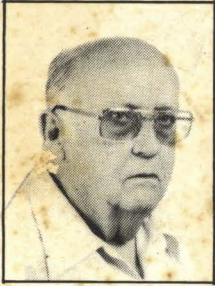
- ¡Sr. Arzobispo!, -dije calmadamente- se ha estado usted quejando durante buen rato de nuestro pueblo, de nuestro Gobierno, acusándonos de falta de respeto hacia el sagrado vínculo del matrimonio, del pecado de lujuria, de inmoralidad y de otras lindezas por el estilo, y por último de falta de respeto hacia la Virgen de Guadalupe... ¡Creo que no tiene usted razón para ello, Sr. Arzobispo! Si no, vea: La Virgen de Guadalupe se instaló en el “ayate” del indio Juan Diego, hace muchos, muchos años y sin embargo Sr. Prelado, ¡la Virgen ha seguido siendo virgen hasta ahora!... ¿qué más quiere usted? . . .

INTRODUCCION	1
PALABRAS LIMINARES	10
"EL ENRIQUE"	15
EL CONQUISTADOR CANARIAS EN MEXICO	20
LA ODISSEA MEXICANA	25
EL DEBATE FRANCIS FRANCO Y MUSSOLINI	30
EL KABAJO	35
EL CANTO	40
EL FANATISMO	45
EL FUEGO POR FUEGO	50
EL MATEROS	55
EL A-TTE	60
EL J	65
EL ...	70
EL ...	75
EL ...	80
EL ...	85
EL ...	90
EL ...	95
EL ...	100
EL ...	105
EL ...	110
EL ...	115
EL ...	120
EL ...	125
EL ...	130
EL ...	135
EL ...	140
EL ...	145
EL ...	150
EL ...	155
EL ...	160
EL ...	165
EL ...	170
EL ...	175
EL ...	180
EL ...	185
EL ...	190
EL ...	195
EL ...	200
EL ...	205
EL ...	210
EL ...	215
EL ...	220
EL ...	225
EL ...	230
EL ...	235
EL ...	240
EL ...	245
EL ...	250
EL ...	255
EL ...	260
EL ...	265
EL ...	270
EL ...	275
EL ...	280
EL ...	285
EL ...	290
EL ...	295
EL ...	300
EL ...	305
EL ...	310
EL ...	315
EL ...	320
EL ...	325
EL ...	330
EL ...	335
EL ...	340
EL ...	345
EL ...	350
EL ...	355
EL ...	360
EL ...	365
EL ...	370
EL ...	375
EL ...	380
EL ...	385
EL ...	390
EL ...	395
EL ...	400
EL ...	405
EL ...	410
EL ...	415
EL ...	420
EL ...	425
EL ...	430
EL ...	435
EL ...	440
EL ...	445
EL ...	450
EL ...	455
EL ...	460
EL ...	465
EL ...	470
EL ...	475
EL ...	480
EL ...	485
EL ...	490
EL ...	495
EL ...	500

INDICE

INTRODUCCION	11
PALABRAS LIMINARES. Patricio Pérez Moreno	13
“EL MEXIQUE”	17
EL SR. CONSUL DE CANARIAS EN MEXICO	27
UN GRAN PERIODISTA MEXICANO	35
EL “CUATE” DE HITLER, FRANCO Y MUSSOLINI (Estampa)	43
BUSCANDO TRABAJO	47
¡TIEMBLA!	55
¡OH LA PUBLICIDAD!	63
PICARESCA Y FANATISMO	69
¡DEME USTED FUEGO POR FAVOR! (Estampa)	77
ECHANDO TOMATEROS	83
COQUITO DE ACEITE	89
EL COMPADRE	99
PELEA DE GALLOS	107
LA MORDIDA (Estampa)	113
DOS GENERALES AMIGOS	119
EL DOCTOR I. Q.	127
EL GUARDIA CIVIL	135
ELECCIONES PRESIDENCIALES EN MEXICO (Estampa)	141
LA PULQUERIA (Estampa)	147
VIVIR FUERA DEL PRESUPUESTO ES VIVIR EN EL ERROR	151

Esta Primera Edición se terminó de imprimir el día 31 de Agosto de 1.984 en los Talleres de COFIMA (Sociedad Cooperativa de Imprenta y Material de Oficina) sita en Las Palmas, calle Enrique Sánchez núm. 46.



J. Vega Yedra, teldense, Maestro Nacional egresado de la Escuela Normal de Las Palmas en 1.928, periodista, colaborador, en esa época, de "El Tribuno", "La Provincia", "El País", "Hoy", "Avance", "La Voz Obrera"; director de "El Maestro Proletario" editado por la F.E.T.E. en Las Palmas y, actualmente, Director de "RUMBOS" revista del Círculo de Estudios Sociales de Canarias.

Destinado por oposición a la provincia de Madrid en 1.933 y como miembro desde 1.930 del P.S.O.E., juega su rol en la contienda civil en 1.936. Terminada la guerra se exilia a México donde vive hasta 1.975 en que regresa a Las Palmas. En este libro nos ofrece una visión anecdótica de aquel país -"su segunda patria"-... "transcurridos los años, este Juan Vega fogoso, arriscado, henchido de savia juvenil, soñador de acres aventuras políticas desde su México del exilio, nos trae un puñado de escenas y episodios, en que nos relata sorprendentes avatares, cobrados en el largo distanciamiento de la tierra natal"

"Y cuando cabía esperar de su pluma fácil y ardiente, un libro cáustico, de amargura y desencanto, de violencia antigua, nos pone en las manos unas páginas donde campean, por la mayor parte, el humor y los recuerdos agradables, escritas con estilo sencillo y ameno, sin arambes retóricos..."
"En las páginas de estos recuerdos, los retratos de personajes singulares y las descripciones de tierras, ciudades y paisajes se suceden, atrayentes. Resalta aquí su vena de narrador conspicuo, de agudo veedor de la realidad -tanto física como espiritual-".